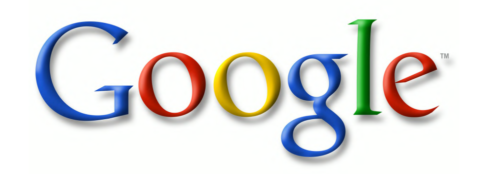
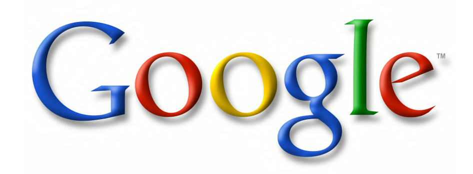
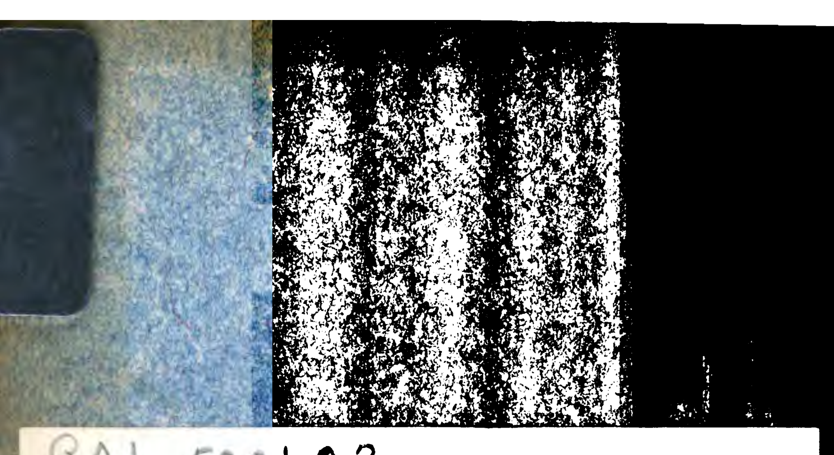
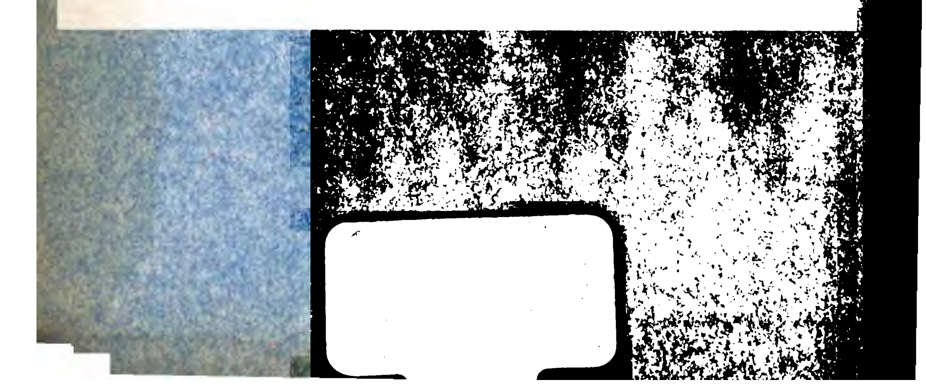
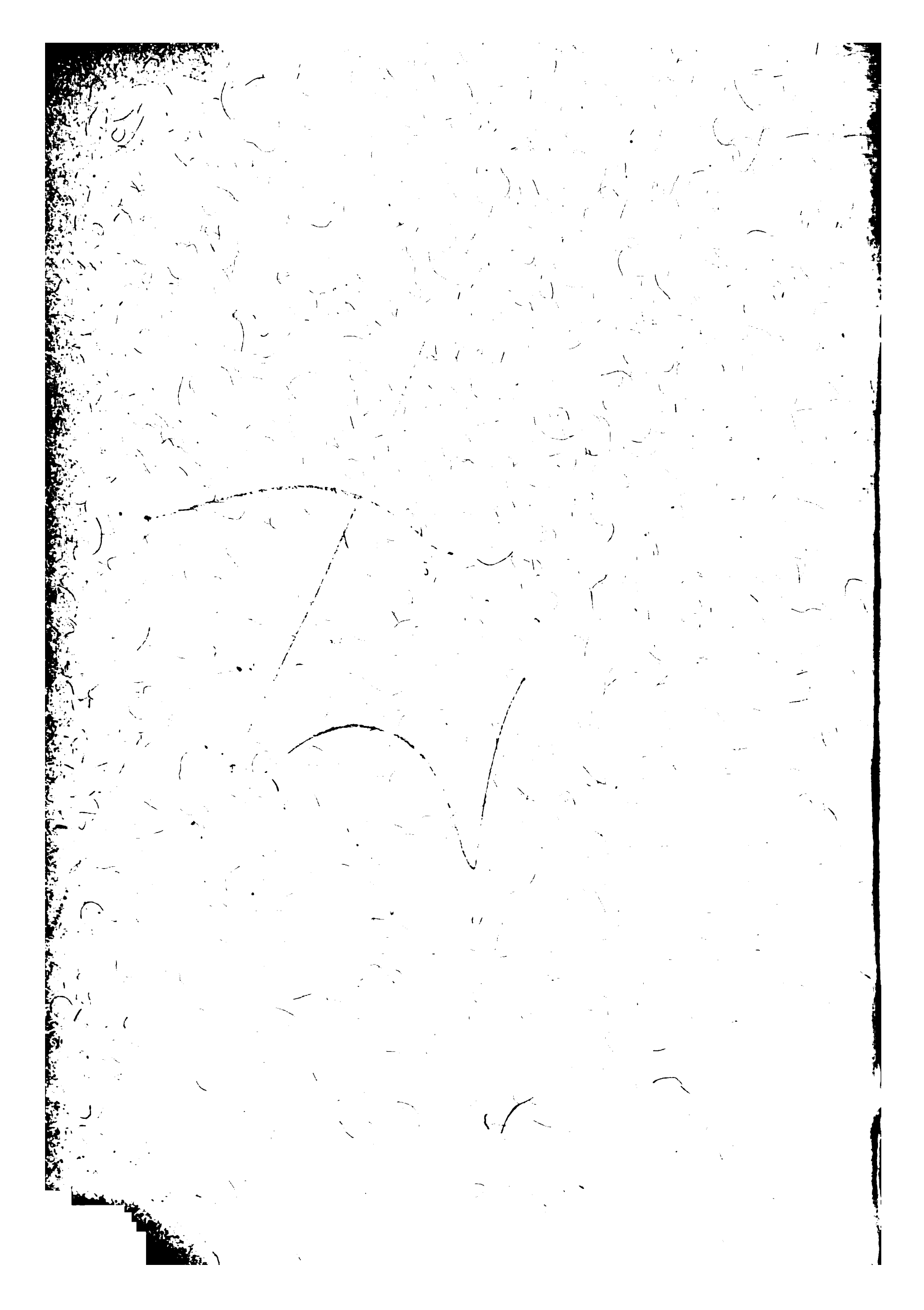












POESÍAS

Librería, Imprenta i Encuadernacion de Guillermo E. Miranda,
SANTIAGO DE CHILE, AHUMADA 51

PEDRO A. GONZÁLEZ

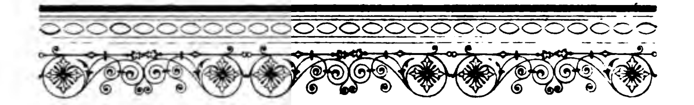
POESÍAS

SANTIAGO

Guillermo E. Miranda, Editor
51, AHUMADA, 51

1905

NOCTÁMBULAS



Pentálogo

—×—

I

La Pintura:

—Yo soi la hermosa i opulenta Reina
que viste de flotantes arreboles;
i que sus bucles peina
bajo un nimbo de soles.
Yo hago brotar de las hirvientes linfas,
bajo la tenue bruma,
inmaculadas ninfas
con túnicas de espuma.
Es el pincel mi cetro soberano.
Yo llevo, como norma,
la visión del arcano,
el ritmo de la forma.

Es el éter azul mi vasto imperio.
Besa las orlas de mi réjia gasa,
desde el hondo misterio,
cada estrella que pasa.
Llevo en mi frente que arde
i en mi pupila que sonríe i llora,
las sombras de la tarde,
los rayos de la aurora...

II

La Escultura:

—Yo soi la Reina de brillante clámide
i de pálido rostro pensativo.
Es la eterna pirámide
mi trono primitivo.
En mi culto se alternan
las edades veloces.
I sus frentes olímpicas prosternan
los Jenios i los Dioses.
Yo soi ante la aurora,
bajo el cielo infinito,
resurreccion sonora,
grandiosa apoteósis de granito.
Es mi cetro el escoplo.
Es mi nimbo la yedra.
Yo hago, bajo mi soplo,
bullir el bronce, palpitar la piedra.
Bajo el éter que oscila

me saluda el gran Sol desde el Oriente:
llevo la majestad en la pupila;
llevo la eternidad sobre la frente...

III

La Música:

—Yo soi la Reina de celeste cuna
que en el misterio de las noches solas,
en un rayo de luna
se columpia en las olas.
Con el alba sin tules
i el pálido crepúsculo, converso.
Yo tengo alas azules.
Yo lleno con mi soplo el universo.
Yo alzo hasta Dios en mi ondulante jiro
la escala de mis sones.
En las auras suspiro;
rujo en los aquilones.
Soi undívaga fibra.
Soi clarin de batalla.
Soi ósculo que vibra.
Soi cólera que estalla.
Soi como los querubes:
vuelo con raudos, luminosos rastros,
mas allá de las nubes,
mas allá de los astros.
Sé todo lo que encierra

la estrella melancólica.
Yo no soi de la tierra.
Yo soi la misteriosa Reina eólica...

IV

La Poesía:

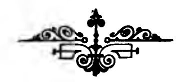
—Yo soi la Reina májica que labra
el oro de la idea;
i en el carro triunfal de la palabra
sus águilas pasea.
Yo lanzo hácia lo léjos
con mi fúljido cetro de topacio,
cascadas de reflejos
que inflaman el espacio.
Mi carro cristalino
la excelsa cumbre del Olimpo salva;
i esmalta su camino
con las perlas del alba.
Cuando baten al viento mis corceles
sus raudas crines bellas,
florecen los laureles,
florecen las estrellas.
Yo describo sin calma
fantásticas eclípticas.
Yo hago brotar del alma
alas apocalípticas.
Cuando a mi soplo ruje

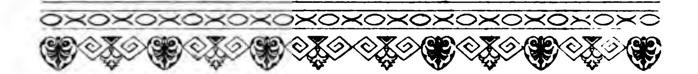
la formidable tempestad del verso,
con estrépito cruje
sobre su eterna base el Universo...

V

LA RAZON:

—Cesen ya vuestras odas.
Adoradme i amaos.
Yo soi la luz. Sin mí vosotras todas
sois pálidos fantasmas. Sois el cáos!





Arte

Alerta, soñador! Mide tu anhelo.
Tu juicio flota en un delirio estraño:
sed de la Tierra i éxtasis del Cielo.

Guillermo Matta.

A ENRIQUE OPORTUS

I

Oh jóven! Tú que sientes
el ansia eterna de un afan profundo,
habla; toma el buril; pulsa la lira.
Da paso a los relámpagos potentes
que iluminan el mundo
que en lo infinito de tu mente jira.

II

Asómate al abismo
de tu sér, conmovido i ajitado
bajo la gran mirada de Dios mismo.
Ese mundo sin nombre,
es un mundo que Dios te ha revelado.
Es tiempo ya de que a la cumbre vueles.
Es tiempo ya de que tambien tú al hombre
ese mundo jigante le reveles!

III

Quizás, desconocido peregrino,
la planta errante, la mirada incierta;
sin pan, sin tener dónde
doblar la frente fatigada i mustia,
prosigues en silencio tu camino,
sin llamar nunca ante ninguna puerta,
porque nadie responde
al triste acento de tu amarga angustia.

IV

Acaso los imbéciles que eleva
la arbitraria fortuna,
cruzan, ¡ai! junto a tí sin que conmueva
la inmensidad de tu dolor sombrío

con emocion alguna
su miserable corazon vacío.

V

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
Ahoga en tí la queja
con que tu ardiente corazon suspira.
Deja en la Tierra para siempre escrito,
fijo en la Tierra para siempre deja
tu ideal infinito.
Sea tu voz la voz del sacerdote;
tu dogma el ideal; tu culto el arte.
El resplandor de Dios de tu alma brote.
Si el mundo no te escucha desde luego,
al fin acabará por escucharte:
tu ideal es de fuego!

VI

Tú que tienes las alas poderosas
del águila atrevida,
sondea el grande abismo de las cosas,
sondea el grande abismo de la vida.
No es posible que calles
la gran mision para que Dios te nombra.
No es posible que sueñes i batalles
a solas en la sombra.

VII

Mezcla tu voz potente i soberana
al cántico magnífico i risueño
que ante Dios, que lo escucha,
alza el ave a la luz de la mañana,
la casta vírjen al primer ensueño,
i al porvenir la humanidad que lucha.

VIII

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
No importa que con burlas te responda
la turba vil de imbéciles que jira
sin que tras su envoltorio de materia,
—que arrastra apénas,—otra cosa esconda
que el hálito del fango i la miseria.

IX

Rompe tu cárcel. La mirada espacia
sin miedo, sin desmayo.
Surca la luz con la potente audacia
del águila caudal que rauda sube
a despertar el formidable rayo
que duerme en las entrañas de la nube.
No es tu patria la Tierra.
Es tu espléndida patria cada mundo

que en sus eternos ámbitos encierra
el espacio profundo.

X

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
La inmensidad sondea.
La gran mirada con que Dios te mira
tu libro eterno sea.
Notas i formas i colores bellos
la inmensidad te ofrece
para que encarnes para siempre en ellos
el mundo azul que en tu alma resplandece.

XI

Saluda reverente el sol del dia
que soberbio i magnífico se eleva,
rasgando el manto de la noche umbría;
que en sus rayos ardientes
adondequiera de la vida lleva
las fecundas corrientes:
que turba de los bosques el reposo
con proféticos ruidos,
haciendo de ternura i alborozo
en el follaje palpitar los nidos:
que desde el alta cima,
a impulsos de su llama misteriosa,

el universo anima,
dando un ritmo inmortal a cada cosa.

XII

Acércate al santuario
de la cándida vírjen soñadora:
oirás el coloquio solitario
de su alma con la aurora.
Es que ensaya el idioma sin rumores
que, absortas i arrobadas,
con la pálida luna hablan las flores
en las noches calladas.
I verás desprenderse de su seno
lágrimas misteriosas
que mueren en mitad de su camino,
sin alcanzar con su raudal sereno
a salpicar los lirios i las rosas
de su rostro divino.
Es que ha sentido las estrofas bellas
de agreste aroma de los vientos vagos;
las estrofas de luz de las estrellas;
las estrofas de espuma de los lagos.
Es que ha sentido para siempre rota
una fibra escondida.
Es que ha sentido la primera nota
del himno de la vida!

XIII

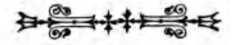
Sacude, pues, la inercia que te abate;
sacude, pues, tu abrumador desmayo.
Aprèstate al combate.
Habla; toma el buril; fulmina el rayo.
Haz temblar de pavor al retroceso.
Haz temblar de pavor a la mentira.
Señala nuevos rumbos al progreso,
que a lo infinito, que a lo eterno aspira.

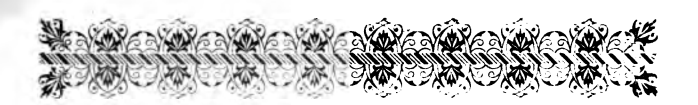
XIV

Tambien proscrito del feliz palacio,
i azotada la frente
por el furor de la tormenta recia,
cruzó las soledades del espacio,
llenando el orbe con su voz potente,
el poeta más grande de la Grecia.
El Dios Homero careció de un lecho
en donde hallar consoladora calma,
en donde hacer enmudecer el pecho,
en donde hacer enmudecer el alma.
El Dios Homero tuvo sed i frio
en su negra jornada de aquí abajo.
I no halló ni una gota de rocío,
ni un miserable andrajo.

XV

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
Al alto pensamiento,
al exelso ideal que Dios te inspira,
no falta ni una sola
de las cadencias múltiples del viento,
de las notas jígantes de la ola;
no falta ni uno solo de los rayos
con que al viejo pontífice levítico,
entre asombros, i espantos i desmayos,
hizo temblar el Verbo sinaítico.





El Álbum



I

Oh, cuántas veces no me dijo a sólas:
—Por qué está siempre tu semblante adusto?
Hallas a Dios para contigo injusto?
No amas el bien, la luz, la creacion?
No tienes corazon ni pensamiento?
Heredó para siempre tu alma estraña
la salvaje aridez de la montaña
donde meció tu cuna el aquilon?

Tus comprimidos, macilentos labios
nunca dan paso a una fugaz sonrisa.
Por tus pupilas nunca se divisa
un dulce rayo de pasion vagar.
Tú pareces un náufrago sin rumbo

que adondequiera que a estrellarse vaya,
sin fe en el porvenir, sin fe en la playa,
se deja por las olas arrastrar.

Tú cruzas por la Tierra como cruza
la noche pavorosa por el Cielo.
Horror, silencio, oscuridad i hielo
es lo que tú derramas donde estás.
Tú no sueñas, no luchas. Tú no albergas
ni una sola ilusion. Tú no ambicionas
ni oro, ni amor, ni aplausos, ni coronas.
Como un fantasma por el mundo vas.

II

Un dia en que su labio, como siempre,
junto a mi oido murmuró lo mismo,
mi corazon se estremeció en su abismo,
i la sangre a mi frente se agolpó.
Temblando entónces le pedí una pluma.
I su acero bruñido i trasparente,
al vivo impulso de mi fiebre ardiente,
sobre su Álbum, vibrando, resbaló.

III

No sé lo que escribí. Me acuerdo apénas
de que en ritmos diversos,
i con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos.

De que canté la abnegacion sublime
del corazon que olvida
la inmensidad de su dolor profundo
para enjugar el llanto con que jime
la orfandad desvalida
que sin pan ni vestido cruza el mundo.
De que alcé un himno a la primer mirada
que a un mismo tiempo de dos almas brota
i en un mismo volcan sus alas quema;
que, tornando la noche en alborada,
de un corazon hace una dulce nota
i de dos corazones un poema.
De que alcé un himno a la esperanza mia
de hallar un ánjel que con fe me adore:
un ánjel dulce que conmigo ria,
un ánjel tierno que conmigo llore...
No sé lo que escribí. Me acuerdo apénas
de que en ritmos diversos,
i con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos...

IV

Dejé la pluma i me quedé sombrío...
El moribundo Sol, ya desde léjos,
en sus mustios i lánguidos reflejos
enviaba al mundo su postrer adios.
Ella tomó con loco afan el Álbum.
I dando fin a sus amargas mofas,

leyó mis melancólicas estrofas,
en la vaga penumbra, a media voz.

Palideció de súbito su frente.
Huyó la risa de sus labios rojos.
Brilló una lágrima en sus grandes ojos.
I triste i silenciosa me miró.
I desde entónces ¡ai! siempre que a sólas,
siempre que a sólas a su lado me hallo,
Ella se pone roja, i yo me callo;
Ella se turba, i me estremezco yo.





Lucrecia Borjia

TRIPENTÁLICA

A Ricardo Prieto Molina

I

Era la noche.—Sembraba el miedo con el desmayo
la cauda oscura de un pavoroso, fatal querube,
Zumbaba el noto, rujia el trueno, vibraba el rayo,
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza,
fué a reclinarse junto a su lecho de oro i caoba.
I hundió sus grandes ojos azules en lontananza
por la ventana medio entreabierta de su ámplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones,
se alzó de pronto con un estraño vaiven satánico.
aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones
formidable, vertijinoso soplo huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas
que retumbaron en los lejanos, vagos confines,
como las locas notas de plata de las cascadas,
como los rejios compases de oro de los clarines.

I entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias
que dilataron por la siniestra noche sombría
sus arrebatos, i sus trasportes i sus demencias,
miéntras inmóvil, tras las tinieblas, Satan reia...

II

—Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego,
por los soberbios. resplandecientes, vastos salones,
dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego,
hechos pavesas, hechos cenizas, los corazones.

Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas.
Yo toco apénas con mis piés raudos la muelle alfombra.
Yo me deslizo tras los compases, tras las escalas,
como un querube, como un ensueño, como una sombra.

El foco de oro de las arañas lanza a porfía
sus claras ondas, llenas de ritmos, llenas de efluvios,
como una rauda, trémula lluvia de pedrería,
sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

Yo lo soi todo, porque soi bella. Yo soi satánica.
Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca;
yo llevo el soplo de la candente llama volcánica
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepulcros i los ocasos
sombras que crecen, i que se empujan i que batallan.

Yo deparramo con mis miradas, ante mis pasos,
dudas que lloran, odios que rujen, celos que estallan.

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido i tierno;
i allá a lo léjos mostrarle el fondo de un paraiso;
i en sus trasportes, en vez de un cielo, darle un infierno.

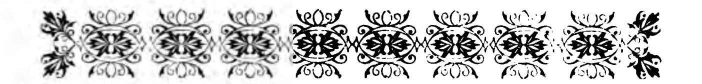
Cuando entro al templo como una reina, como una Diosa,
tiemblan las novias que se desposan en las altares;
se pone blanca como la nieve su tez de rosa;
se bambolean sobre su frente los azahares.

Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo estraño;
i herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías;
i en las tinieblas crepusculares del desengaño,
contar a sólas, una por una, sus agonías.

Oh negra Noche! Yo te bendigo cuando tú velas.
Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas.
Somos amigas, somos hermanas, somos jemelas:
tú arrojas sombras en los abismos, i yo en las almas.

Las dos cruzamos con unos mismos, lódregos pasos,
robando al astro i a la esperanza sus rayos pulcros:
tú por el cielo, como la esfinje de los ocasos;
yo por la tierra, como la esfinje de los sepulcros.





Triunfal

—○—

I

Voi en pos de las Islas de Esmeralda
donde los bardos, en excelso coro,
pulsan, ceñidos de inmortal guirnalda,
arpas de plata en horizontes de oro.

Donde flotan balsámicos efluvios,
i hebras de luz las odaliscas peinan;
i los ensueños, bajo nimbos rubios,
baten las alas, i los bardos reinan.

Donde los valles i los bosques bellos,
en el idilio que en el aura sube,
trémulos llaman a posarse en ellos
al arco íris i a la blanca nube.

Donde el golfo, i el rio i la laguna
tañen la lira de sus verdes ondas,
i cantan en sus playas a la Luna
versos de lánguidas espumas blondas.

Donde núbiles vírjenes sin tules
danzan al pié de rumorosas palmas,
i en pálidos crepúsculos azules
florecen las estrellas i las almas.

Donde convidan a soñar despierto,
bajo follajes de inefable aroma,
sobre el rítmico seno descubierto,
castas Evas de cuello de paloma...

II

I una vision azul de alas de nieve
flota ante mí bajo la parda bruma,
alzando al roce de su peplo leve
brillantes chispas de ópalo en la espuma.

Es la mística vírjen de ojos bellos
que iluminó mi soledad sombría,
i unjió mis huracánicos cabellos
con efluvios de olímpica ambrosía.

La que da desde lo alto de su solio
al laurel de las selvas flores i hojas,

i al cisne de los lagos ritmo eolio,
i miel al beso de las bocas rojas.

La que danza a compas del áureo plectro
sobre alfombras de rosas i alelíes;
la que en rejios alcázares de electro
lleva en la frente fúljidos rubíes.

La de rápidos piés i hombros gallardos;
la que descuella por sus gracias todas;
la que proclaman sin rival los bardos
en dulces silvas i en ardientes odas.

La de ondulante cabellera de oro
que preside a los bardos como un astro,
i les escancia en el festin sonoro
néctar de fuego en copas de alabastro...

III

I yo, embriagado con la hirviente copa
del licor de los éxtasis supremos,
tras la vision azul, de pié en la popa,
bato sin tregua los gallardos remos.

I la barca triunfal resbala altiva
por entre sirtes de áspero cascajo,
bajo la estrella que florece arriba,
sobre la espuma que florece abajo.

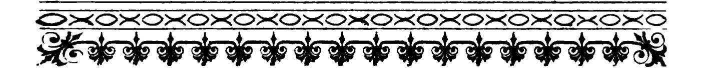
I en el verde cristal, como una cuna,
el céfiro columpia sus estremos;
i chispean los rayos de la Luna
en las olas rasgadas por los remos.

Cantamos a compas en mi odisea
con el mar, que del ábrego se mofa:
el mar pone la nota, i yo la idea;
el mar pone la lira, i yo la estrofa.

Ensayamos los himnos de alas de oro
que, ceñidos de olímpica guirnalda,
en orjías de luz cantan en coro
los bardos de las Islas de Esmeralda.

I entre dulces i lánguidos desmayos,
vuelan al cielo azul las rimas bellas.
I en su cáliz de pétalos de rayos
las recojen las pálidas estrellas...





Meditacion

I

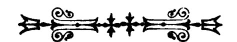
Ora la inmensa Creacion.—Arriba
trémula engarza su arjentino broche
la estrella pensativa
entre los negros bucles de la noche.
Ora la inmensa Creacion.—Abajo
el límpido arroyuelo,
sobre su áspero lecho de cascajo,
copia el pálido cielo.
Hai un solo Satan. Con ansia inquieta
siente la voz con que la duda zumba.
Hai un solo Satan. Es el Poeta.
Medita ante una tumba.

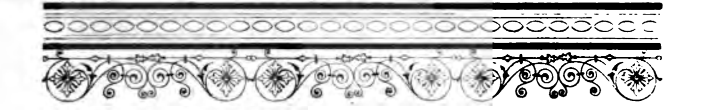
II

—Oh cráneo sombrío
que con tu cavidad, desierta i vana,
proclamas el vacío
de las grandezas de la vida humana!
Cuántas veces tambien tú sentirias
rujir en lo interior de tu caverna,
ya para siempre solitaria i muda,
las tormentas bravías
del delirio del dogma, en lucha eterna
con el sarcasmo de la eterna duda!
Quizas tú fuiste el místico palacio
de un apóstol sublime
para quien la estension del mismo espacio
fué lóbrega prision, cárcel que oprime.
Pero si fuiste el templo por Dios hecho
para el autor de un dogma soberano,
por qué dentro de tí se siente estrecho
el mísero gusano?
Quizas tú fuiste el bizantino trono
del déspota más vil de que hai memoria,
de cuantos con su torpe i negro encono
provocaron los rayos de la Historia.
Pero si fuiste el pedestal sangriento
de un autor de cadenas,
por qué alza un himno en torno tuyo el viento
i brotan azucenas?

III

Del hondo cáos que al poeta espanta
se alza una voz profunda que le grita:
—Poeta melancólico! levanta
hácia el ámbito azul tu alma infinita!
El gran globo que surca el vasto abismo
donde mi eterna actividad yo esplayo;
donde yo digo: *Sea!*
i brotan a mi voz, a un tiempo mismo,
del viento el soplo, de la nube el rayo,
del mar la espuma, de tu sér la idea:
el globo apocalíptico que mece
en el ámbito azul su ardiente masa,
puede ménos que tú! Pues él carece
del pensamiento audaz; del dón bendito
de escrutar lo que pasa
en sus mismas entrañas de granito.
Hai algo, pues, en tí que vive aparte
de tu misma materia,
que por el fango vil suele arrastrarte;
algo que te engrandece; que te alumbra,
en medio de tu noche i tu miseria;
algo que, desde el fondo que devoras,
sobre alas huracánicas te encumbra,
i hace estallar sobre tu frente auroras!





Lord Byron

MONÓLOGO PUESTO EN BOCA DEL POETA INGLES

A Eduardo Grez P.

I

Reina la noche ya! Suspira el lago.
Sueña la selva. Ruje el mar profundo.
Oigo el acento misterioso i vago
de otro hogar, de otra patria, de otro mundo.

II

Cuán bella estás! Circula sin sosiego
por tus arterias fecundante savia;
tu sangre ardiente guarda intacto el fuego
del blanco Sol del cielo azul de Arabia.

Brotan a un tiempo de tus labios rojos
cantos de ánjel i risas de Satan.
Brotan a un tiempo de tus negros ojos
rayos de Luna i llamas de volcan.

Suelta tu pelo al céfiro de Europa
en torno de tu cuello alabastrino.
I dame un beso, i lléname la copa.
Yo tengo sed de amor i sed de vino.

III

Por qué tiemblas? Qué bárbaro martirio
turba sin compasion tu alma serena,
que la profunda palidez del lirio
se desparrama por tu faz morena?

No tiembles. Ten valor. Nada te asombre.
Quiero beber, soñar, desvanecerme.
Es mi ancha copa el cráneo de un hombre
que es mas feliz que yo porque él ya duerme.

Yo desde niño dilaté los ojos
por dondequiera con ardiente anhelo,
sin hallar en la tierra mas que abrojos,
sin hallar mas que sombras en el cielo.

No temas, nó, los fúnebres crespones
de los arcos de triunfo de esta sala.

En sus lóbregos pliegues, las visiones
del vino i del amor baten el ala.

IV

Bebamos, pues. Ya el Chipre cristalino
con sus hirvientes olas nos convida
a detener en su veloz camino,
entre los brazos del amor, la vida.

Bajo aquel tul que al aire libre ondula,
no ves un ancho tálamo desierto
que con sú forma ríjida simula
un sepulcro glecial recien abierto?

En él irradiaremos sin medida,
i riendo a carcajadas de la suerte,
tú, la fiebre del alma, que es la vida;
yo, la fiebre del cuerpo, que es la muerte.

V

¡Ai! Es tan bello ver cernerse al borde
de los sepulcros la fragante rosa;
i escuchar del festin el dulce acorde
cuando en silencio el corazon solloza.

Es tan bello soñar sobre las ruinas
de uń rejio alcázar cuando el cierzo zumba;

i con frases ardientes i divinas
jurarse eterno amor sobre una tumba!

VI

Para que arda la vírjen esperanza,
une al mio tu labio abrasador.
Ven! Jiraremos en alegre danza
despues del vino i ántes del amor.

Dancemos, sí. Qué nos importa el mundo?
Dancemos, sí. Dancemos sin sosiego:
tú, retratada en mi mirar profundo;
yo, calcinado en tu mirar de fuego.

Quiero ver tu jentil i esbelto talle
cimbrarse al viento perfumado i vago,
como se cimbra el lirio sobre el valle,
como se cimbra el cisne sobre el lago.

Dancemos, sí! Contra el fatal martirio
potente bálsamo la danza encierra.
La danza es fiebre, vértigo, delirio,
vuelo del alma léjos de la tierra.

VII

Cuán bella estás! Jamas mujer alguna
iluminó la noche de mi vida

con la divina claridad de luna
del éter de tus ojos desprendida.

Cuán bella estás! Jamas en mis afanes,
sobre mi senda de ásperos abrojos,
llegó hasta mí la luz de los volcanes
como llegan los rayos de tus ojos.

Huríes de satánicos hechizos
me han estrechado con delirio ardiente;
mas con las hebras de tus negros rizos
jamas ninguna coronó mi frente.

VIII

Siento el efluvio del eden. Te adoro!
Qué dulce languidez! Qué afan tan dulce!
Es tiempo ya de que las cuerdas de oro
del arpa vírjen del amor yo pulse.

IX

Amor! Jigante amor! Tú con tu llama,
tú con tu aliento abrasador, fecundo,
alimentas el foco que derrama
las ondas de la vida en cada mundo.

A tu alto impulso, con rumor que alegra,
rauda desciende la copiosa lluvia,
del ancho seno de la nube negra,
sobre el capullo de la espiga rubia.

A tu impulso inmortal, con embeleso,
rompe el tosco boton la agreste malva;
i estalla entre relámpagos el beso
con que estremece al cielo azul el alba.

A tu impulso inmortal, el hombre escucha,
cuando lo abate la borrasca fiera,
un hondo acento que le dice: *Lucha!*
un hondo acento que le dice: *Espera!*

A tu impulso inmortal, el torpe ensayo
de las frájiles alas se hace vuelo;
i la pálida idea se hace rayo;
i la lóbrega tierra se hace cielo.

A tu impulso inmortal, flotan querubes
en el misterio de la tarde á solas;
suben las olas a besar las nubes,
bajan las nubes a besar las olas.

A tu impulso inmortal, el dia vago
en brazos de la noche se desmaya;
i azahares de espuma esparce el lago
en los bucles de junco de la playa.

A tu impulso inmortal, entre dos bocas
de boton recien roto de cerezo,
desplegando a la luz las alas locas,
se desposan dos almas en un beso.





El Monje

FRAGMENTO PRIMERO

I

Noche.—No turba la quietud profunda
con que el claustro magnífico reposa,
mas que el rumor del aura moribunda
que en los cipreses lóbregos solloza.

Mustia la frente, la cabeza baja;
negro fantasma que la fiebre crea;
cadáver medio envuelto en su mortaja,
un monje por el claustro se pasea.

De cuando en cuando de sus ojos brota
un súbito relámpago sombrío:

el trájico fulgor del alma rota
que jime i se retuerce en el vacío.

No lo acompaña en su mortal desmayo
mas que la luna que las sombras ama;
que una lágrima azul en cada rayo
sobre las frentes pálidas derrama...

II

Es jóven. Es su edad la del alegro;
la del himno, el ensueño i el efluvio;
en que es terso azabache el bucle negro;
en que es oro bruñido el bucle rubio.

Sin conocer placeres ni pesares,
se alejó del hogar, siendo mui niño.
I fué a poner al pié de los altares
un corazon mas puro que el armiño.

Algun recuerdo de la infancia acaso
rompe tenaz su místico sosiego;
i desata en su espíritu a su paso
huracánicas ráfagas de fuego.

Acaso las borrascas de la tierra
traspasan las barreras de su asilo;
i van con ronco estrépito de guerra
a desgarrar su corazon tranquilo...

III

Un dia vió en el templo, de rodillas,
desde un triclínio del solemne coro,
una vírjen de pálidas mejillas,
de pupilas de cielo i trenzas de oro.

I su gallarda imájen tentadora
lo persiguió con incesante empeño;
turbó su dulce paz hora tras hora,
en el recreo, i la oracion i el sueño.

Cuántas veces, orando en el santuario,
no veia flotar en su ánsia viva,
envuelta en la espiral del incensario,
su fantástica sombra fujitiva!

Cuántas veces, con hondo desvarío,
allá en sus noches de nostaljia loca,
no despertaba, trémulo de frio,
buscando el beso ardiente de su boca!...

IV

De súbito interrumpe su paseo.
I lívido i estático se queda.
I mira con estraño devaneo
la blanca luna que a lo léjos rueda.

I en la cúpula azul de pompa fídica
del templo secular de estilo májico,
ensaya el ritmo de su voz fatídica
el ave de Satan, el cuervo trájico.

I los cipreses lóbregos se quejan.
I al vaiven de sus copas que se alcanzan,
sus siluetas se acercan i se alejan
como espectos fantásticos qne danzan.

I tras los horizontes de occidente
la luna melancólica se escombra.
I allá en su corazon el monje siente
crecer la soledad, crecer la sombra!...



FRAGMENTO SEGUNDO

I

Por qué, por qué, sin fe para el combate,
el alma alada que a la cumbre vuela,
olvida que es espíritu i se abate
cuando la frájil carne se rebela?

Por qué, ludibrio de borrasca loca,
la conciencia vacila, i jime i calla,

cuando el brutal instinto la provoca
a sostener con él recia batalla?

Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta
i tiñe el éter de ópalo i de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas ¡ai! El monje en su nostaljia muda
oye solo zumbar el ala incierta
con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruinas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario
de su austera i flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo:
huye mas léjos cuanto mas le busca!

III

Despues de orar al borde del abismo,
siempre sin esperanza, siempre en vano,
i de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazon a un monje anciano.

Lleno de santa uncion i amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque en el piélago del mundo
solo en la cruz su salvadora tabla.

¡Ai!—le dice—del alma que blasfema,
i que se olvida de su excelso rango,
i que arrastra su fúljida diadema
i sus cándidas alas por el fango!

El alma que a sí misma se abandona,
i que entre el mal i el bien, el mal prefiere,
rompe el lazo que al cielo la eslabona:
vive para Satan; para Dios muere!

IV

I él le oye. I en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
a compas de una lúgubre plegaria,
verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
i de dolor su carne se retuerce,
i roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego.
I a traves de las sombras del delirio,
él ve flotar una vision de fuego.

Es la vision de la mujer que adora:
que con su carne pone su alma en guerra;
que lo acosa tenaz hora tras hora;
que lo hace al cielo preferir la tierra!

FRAGMENTO TERCERO

I

Tiende la noche sus flotantes tules,
i se envian los astros desde lejos,
a traves de los ámbitos azules,
dulces besos de amor en sus reflejos.

I hunde el monje en el éter infinito
los tristes ojos con afan profundo:

acaso escruta lo que Dios ha escrito
allá en el corazon de cada mundo.

I bajo el nimbo de su luz risueña,
la blanca luna en cada rayo esclama:
—«Soi una vírjen pálida que sueña,
soi una vírjen que se arroba i ama!»

I ensaya el aura tibia sin sosiego,
en las trémulas copas de los álamos,
ritmos lejanos de ósculos de fuego
de bocas que se encienden en los tálamos,

II

Hace instantes no mas. Con qué inocencia,
la rubia vírjen pálida que adora,
le abrió ante el tribunal de la conciencia
por la primera vez su alma de aurora!

Hondas huellas de horror en él dejaron,
los recios golpes de la lid sin nombre
que en su lóbrego espíritu trabaron
el ministro del cielo con el hombre.

Cada revelacion que ella le hacia
era un tremendo vendaval deshecho
que sin piedad crispaba i retorcia
las recónditas fibras de su pecho.

III

Padre,—le dijo,—perdonad mi queja.
Siempre que caigo ante el altar de hinojos,
mi pensamiento del altar se aleja,
i se llenan de lágrimas mis ojos.

Al mismo altar con una audaz porfía
que hace que los sentidos se me arroben,
sigue mis pasos, tras la sombra mia,
la sombra melancólica de un jóven.

Busco la soledad. I en ella vago,
i de amor cada cosa me habla en ella:
me habla de amor la música del lago;
me habla de amor el ritmo de la estrella.

Dadme, pues, padre mio, algun consuelo.
Es ya inútil luchar. Estoi vencida.
No es verdad que el amor brota del cielo?
No es verdad que sin él no hai sol, no hai vida?

IV

I él esclamó:—No es este un gran problema:
Dios manda que ame cuanto sér existe.
I su mandato es una lei suprema
a cuyo imperio ningun sér resiste.

Pero el amor su fin tan solo alcanza
cuando con la conciencia se concilia;
cuando es su aspiracion i es su esperanza
fundar el santo hogar de una familia.

Mas el amor que ofende a la conciencia,
dando pábulo a instintos que la oprimen,
deja de ser sagrado, i es demencia;
deja de ser sagrado, i es un crímen!

V

I el monje suspendió súbitamente
su evanjélica plática sencilla,
i una lágrima trémula i ardiente
resbaló sin rumor por su mejilla.

La vírjen núbil, por su rostro mudo,
desde el humilde sitio de su alfombra,
ver rodar esa lágrima no pudo,
porque esta lágrima rodó en la sombra.



FRAGMENTO CUARTO

I

Tarde estival.—El cielo se dilata
por el jigante piélago sonoro,
como una inmensa túnica de plata
cuajada de soberbias flores de oro.

Habla todo de Dios: la limpia onda
que su albo nimbo por la playa tiende;
la casta estrella que en la bruma blonda
del pálido crepúsculo se enciende.

II

Cubierto el monje con su tosca saya,
murmurando en silencio: «Dios lo exije,»
hácia una agreste aldea, por la playa,
bajo el sol que ya muere, se dirije.

Él allá en sus salvajes horizontes
olvidará tal vez sus ágrias penas;
respirará la brisa de los montes;
recobrará la sangre de sus venas.

III

Sirve la humilde aldea un cura anciano
que cumple su mision con santo anhelo;
que en cada feligres ve un tierno hermano
que Dios le ordena conducir al cielo.

Mas ya no puede soportar la carga
de su labor de apóstol i profeta.
El peso de la edad ya lo aletarga.
Ya toca el linde de su vida inquieta.

IV

Le dice al monje:—Serás tú el baluarte
de la grei que Dios puso a mi cuidado:
tú empuñarás el místico estandarte
que yo abandono, porque estoi cansado.

I el monje le oye, i le obedece i calla.
I con fervor a la labor se entrega.
I mayor goce en la lábor él halla,
miéntras mayor abnegacion despliega.

V

Allá cuando a lo léjos ya declina
el blanco sol entre celajes rojos,

el monje hácia la playa se encamina,
trémulo el paso i húmedos los ojos.

Sus olas a sus pies el mar prosterna
con ritmo a un tiempo unísono i diverso.
I le habla sin cesar del alma eterna
que difunde la vida al universo.

Del alma que es efluvio en la laguna;
i en la undívaga brisa ritmo eólico;
i en la serena, temblorosa luna,
lágrima azul del cielo melancólico.

Del alma que es vision que canta i vaga
allá en la nube trémula i bermeja;
i que en la mustia estrella que se apaga
es recuerdo que llora i que se aleja!...

FRAGMENTO QUINTO I ÚLTIMO

I

En la capilla de la aldea tosca
denso jentío, de entusiasmo lleno,
se ajita como el piélago que enrosca
a la luz del relámpago su seno.

Ante el altar el monje se dibuja,
lívido el rostro, la mirada triste,
estraño al gran tumulto que se empuja;
estraño a todo cuanto en torno existe.

II

Avanzan al altar con pié seguro,
i reflejando en la pupila el cielo,
un apuesto doncel de traje oscuro
i una niña jentil de blanco velo.

El monje los contempla un corto instante
con el hondo i supremo paroxismo
de quien se ve de súbito delante
de la inmensa pendiente de un abismo.

En la diáfana tez de nieve i rosa,
i los bucles aurinos i sedeños,
i el talle de palmera de la esposa,
él descubre a la vírjen de sus sueños.

En su fatal, desgarradora cuita,
en vano, en vano, en su interior batalla
con el volcan de su pasion que grita,
con el volcan de su pasion que estalla!

III

Se absorbe. Se trasporta. I a lo léjos,
desde el místico altar al lecho cálido,
ve marchar bajo un nimbo de reflejos
una novia jentil i un novio pálido.

I oye entre raudos i variados jiros
de misteriosas i arjentinas brisas,
aleteos de besos i suspiros,
i músicas de arrullos i de risas.

I ve jugar, bajo la luz eterna,
al umbral de un hogar, lleno de efluvios,
sobre el regazo de una madre tierna,
un enjambre auroral de ánjeles rubios.

IV

I tiende a otro horizonte la mirada,
i allá en el pálido confin divisa
un lóbrega celda abandonada
donde una triste lámpara agoniza.

Forman su techo que jamas se alegra,
ásperas tablas de nudosos troncos,
siempre cubiertas por la noche negra,
siempre azotadas por los cierzos roncos.

I a la luz de la lámpara que oscila
ve arrodillarse un monje en el vacío.
Lo ve enjugarse á sólas la pupila,
i en su abandono tiritar de frio!

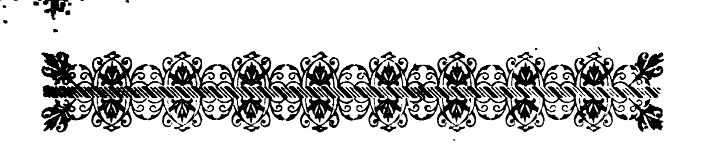
V

I domina su bárbaro tormento
i la hiel de sus lágrimas devora.
I a un hombre que no es él, con dulce acento.
desposa él mismo la mujer que adora.

I al soplo del dolor con que está en guerra,
siente su sangre trasformarse en hielo;
huir veloz bajo sus piés la tierra;
sobre su frente derrumbarse el cielo.

I entónces, ¡ai! a su pupila asoma
la noche allá en su espíritu escondida.
I al pié del ara santa se desploma,
rijido el cuerpo, la razon perdida!





Hetairica

—○—

I

Vírjen báquica i tísica, bebe:
cobrará tu alma azul el sosiego;
tendrá rosas tu cútis de nieve,
i tu sangre latidos de fuego.

Melancólica, i lívida i brava,
sin que nadie a tu espíritu llame,
tú cien veces, con pasos de esclava,
has marchado hácia el tálamo infame.

No has perdido tu olímpico rango:
a pesar de tu insomnio estás bella:
si en tus plantas hai gotas de fango,
en tus sienes hai rayos de estrella.

Tu cabello es undívago i rubio;
i tu voz es un coro de escalas;
i tu aliento es un diáfano efluvio;
i tus hombros son jérmenes de alas.

Tu magnífico talle gallardo
lleva en torno el vapor de una nube,
donde flota el perfume del nardo
i el ensueño auroral del querube...

II

Vírjen báquica i tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la esperanza;
hará estelas de luz tu pié breve
bajo el raudo compas de la danza.

Son un arpa divina tus nervios.
Para tí son los rejios coriambos;
los dactilos ardientes, soberbios;
los triunfales, pindáricos yambos.

Ni qué mórbida Vénus fantástica,
ni qué huríes, ni qué bayaderas:
nadie tiene la música plástica
de tus rítmicas i anchas caderas.

Tu alma azul bate el ala i suspira
cuando escucha el adónico cálido,

que en la olímpica i sáfica lira
canta el bardo neurótico i pálido.

Eres diosa que huellas coronas
cuando el talle gallardo i apuesto
al vaiven de la danza abandonas,
bajo el soplo del raudo anapestc...

III

Vírjen báquica i tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la alegría.
Eres hija del Sol, eres Ebe:
sé la estrella auroral de la orjía.

Hierbe el vino en las copas de plata,
i su espuma, con ritmo sonoro,
desde el fondo hasta el borde dilata
sus burbujas de púrpura i oro.

Él hará que tú dances i ondules
a compas del ardiente deseo,
bajo un nimbo de ensueños azules,
ante el ara del gran Jineceo.

Él hará que mas bella que un astro,
entre aromas de rosa i de malva,
a tu lecho oriental de alabastro
marches tú bajo el nimbo del alba.

Él hará que los labios cerezos
de tu boca de vírjen enferma,
tengan risas, i arrullos i besos
cuando el bardo en tus brazos se duerma...





Confidencias

I

Me preguntas por qué mi pobre lira,
mi pobre lira que jamas reposa,
en lugar de reir siempre suspira,
en lugar de cantar siempre solloza.

Con el dolor en perdurable guerra,
sin gozar nunca del menor encanto,
perdido en el desierto de la Tierra,
marco mis huellas con acerbo llanto.

En busca de las fuentes de la vida,
para calmar la sed que me devora,
surco la inmensidad desconocida
a traves de una noche sin aurora.

Oigo con ansiedad los rítmos vagos
de la infinita, misteriosa queja
que brota de las selvas i los lagos,
cuando ya del espacio el Sol se aleja.

Contemplo con pavor la fuerza estraña
con que, juguete de sus iras locas,
el piélago se estrella en la montaña
que desgarra su espuma con sus rocas.

II

Yo tambien tuve instantes halagüeños,
en que batieron con rumor sonoro
raudos enjambres de brillantes sueños
en derredor de mí sus alas de oro.

Sí. Yo tambien con íntimo embeleso,
en dulces horas de apacible calma,
me dormí muchas veces bajo el beso
de los sueños que cruzan por el alma.

Sí. Yo tambien cuando la Luna asoma,
i arjenta con serenos resplandores
las tibias brumas de la parda loma,
deliré con fantásticos amores.

Con un amor sin fin que ante mis ojos
hizo jirar sin tregua, sin sosiego,

una mujer fatal de labios rojos,
de talle ondulador i ojos de fuego.

III

Tambien yo puedo en mi dolor profundo
volver hácia el pasado la mirada,
i evocar con mis lágrimas un mundo
que para siempre ya se hundió en la nada.

Mas, ¡ai! Yo dejo que ese mundo duerma
con el sueño letal del polvo frio.
Él no puede llenar de mi alma enferma
el insondable, sepulcral vacío.

IV

Cada murmullo con que el viento zumba
me parece el acento dulce i tierno
con que en su lecho el ánjel de la tumba
me convida a dormir el sueño eterno.

Nada me importa ya que en lo infinito
reine la Noche ni que el Sol irradie.
Sólo sé que en el mundo en que me ajito
nadie me entiende ni yo entiendo a nadie!





Siquis

TRIPENTÁLICA

A Pedro Nolasco Préndez

I

Yo soi la diosa del bardo excelso de alas inquietas
que como el cóndor bate i empuja los huracanes.
Yo enciendo arriba las nebulosas i los planetas:
yo enciendo abajo los corazones i los volcanes.

Yo tiño de oro, de ópalo i nieve las mariposas
de las riberas, de las colinas i los oteros.
Yo abro i despliego, para los nimbos de las esposas,
los azahares de que se cuajan los limoneros.

Yo hago aurorales con la lejana, trémula orquesta
e los olivos, de los laureles i de las palmas;
on el perfume de los miosótis de la floresta;
on la miel rubia que el primer beso vierte en las almas.

II

Oh bardo mio!—Yo abro tus alas, yo las esplayo.
Yo hago a mi soplo bullir tu sangre, vibrar tus nervios;
i como audaces águilas raudas que aman el rayo,
brotar sin tregua de tu arpa de oro versos soberbios.

Son el gran templo de mi gran culto las lejanías;
i son mis aras inmaculadas los montes rubios;
i son mi coro los golfos roncos de olas bravías,
i son mi veste las nieblas vagas llenas de efluvios.

I es mi incensario cada entreabierto, pálido lirio;
i es mi tributo la yema vírjen de cada brote;
i es cada estrella de rayos de oro mi sacro cirio,
i es cada bardo de alas de fuego mi sacerdote.

III

Oh bardo mio!—Tú amas las blondas vírjenes pálidas
de ojos azules, túrjidos senos, mórbidos músculos.
Tú les envias epitalamios de estrofas cálidas
sobre las alas del aura errante de los crepúsculos.

Yo trazo i fijo, bajo su peplo de aurino tizne,
en sus caderas, llenas de ritmos i de aleteos,
i en los contornos de su garganta de blanco cisne,
las raudas curvas enjendradoras de los deseos.

Yo desparramo sobre tus sienes, oh bardo mio!
toda la espuma del arjentino lago castálico,
cuando tú arrancas,—en tu nostaljia de Dios sombrío,—
de tu arpa de oro las notas locas del tripentálico.

IV

Yo soi la Diosa de las azules, diáfanas calmas;
yo soi la Diosa de las tremendas, pálidas iras:
lanzo a mi antojo rayos i sombras sobre las almas;
ráfagas de auras i de huracanes sobre las liras.

Yo soi la Diosa de la Esperanza.—Yo dicto al bardo
idilios dulces, silvas ardientes, himnos risueños,
llenos de aromas de almendro i rosa, de malva i nardo,
cuando florece la blanca estrella de los ensueños.

Yo soi la Diosa de la Nostaljia.—Yo soi neurótica.
Yo dicto al bardo versos que rujen como aquilones,
cuando la noche del desengaño,—noche caótica,—
cubre su frente de Dios proscrito con sus crespones.

Yo, silenciosa, cuando de su alma se va el sosiego,
toco sus labios, los enmudezco, los aletargo;
i esparzo en ellos soplos de orjía, llenos de fuego;
i los inflamo con sed divina de ajenjo amargo.

V

Oh bardo mio!—Yo soi la Diosa que amante puebla
de apariciones de blancas alas tu alma sombría,
cuando en los golfos de sus azules mares de niebla
el sacro ajenjo pasea en triunfo tu fantasía.

Orlan la espuma del sacro ajenjo los soles blondos
que entre las sombras crepusculares del cielo opaco,
surcan al ritmo de misteriosos compases hondos,
como bandadas de cisnes de oro, por el zodiaco.

En torno tuyo,—como un enjambre de ájiles garzas,—
hace su espuma danzar al ritmo de alegres liras,
deslumbradoras, vertijinosas, raudas comparsas
de bayaderas, i de bacantes i de hetaíras.

Y tú embriagado llamas al Númen. Cantas la copla
del coro inmenso del himno eterno de los edenes.
Brotan estrellas dentro de tu alma. Desciende i sopla
un viento estraño de apocalípsis sobre tus sienes!





Alta mar

A Luis A. Frias

I

Sobre raudas estelas,
por entre negras sirtes de granito,
bate i empuja el huracan las velas
de la barca sin norte del proscrito.
Salvajes cánticos de ronca espuma
alzan al golpe de sus grandes tumbos,
hácia la inmensa bruma,
las vastas olas en sus vastos rumbos!
Cómo ruedan i pasan!
Cómo al cárdeno rayo se coloran!
Cómo se despedazan!
Cómo rujen i lloran!...

II

Con qué fatal imperio,
bajo la opaca Luna,
ve flotar el proscrito en el misterio
la sombra de la patria i de la cuna!
Con qué dolor, bajo su afan que cunde,
se reconcentra a solas,
i la hiel de sus lágrimas confunde
con la hiel de las olas!
Crece su amarga angustia.
I su alma pensativa
se queda absorta i mustia,
con las alas abiertas hácia arriba!...





Canta!...

I

Alza tu acento! Déjame escucharte,
bella sacerdotisa
de la sublime relijion del Arte.
Siempre que pulsas tu laud sonoro,
una diáfana brisa
bate las hebras de tus bucles de oro.
Siempre que cantas, brota
de tu voz de ánjel un rumor de cuna;
i en el cristal de tu pupila flota
un rayo azul de luna.
No es mas dulce el rumor, lánguido i vago,
con que al abrir su inmaculado broche,
cuenta el lirio a la estrella, junto al lago,
su tierno amor en la callada noche.

Alza tu acento al cielo azul. Tú exhalas
notas de luz i efluvios,
gorjeos de vision, susurros de alas
de querubines rubios.
No es mas dulce el rumor con que la onda
del viento fujitivo
besa la vírjen cabellera blonda
del sauce pensativo...

II

Yo busco en vano, en vano,
entre los sueños que mi fiebre crea,
un sueño cuyo encanto soberano
con tus encantos comparable sea.
Dios puso en el cabello
que tu serena i casta frente ciñe,
los trémulos reflejos del destello
con que de oro el crepúsculo se tiñe.
I en la sonrisa que en tu labio oscila
puso el dulce perfume de la malva.
I en el éter azul de tu pupila
puso la luz del alba.
I puso perlas en tu boca breve;
i en tus mejillas puso frescas rosas;
i en tu garganta puso fuego i nieve.
I puso en tu alma tierna
las múltiples visiones misteriosas
de la belleza eterna!

III

Cuántas veces tambien, con loco empeño,
sobre las alas de oro
del ideal jigante con que sueño,
yo no vuelo a los ámbitos profundos
para escuchar el cántico sonoro
que alzan a Dios, desde la luz, los mundos!
Con qué embriaguez en la solemne calma
de vasto abismo, lleno de arreboles,
yo no siento vibrar dentro del alma
el rimo de los soles!
Mi ideal es la luz. La luz inmensa
que en raudas ondas fluye
del fondo del misterio, que comienza;
del fondo del misterio, que concluye.
Yo vuelo hácia la cima
porque una voz recóndita me llama;
porque un algo inmortal mi sér anima;
porque hai un algo en mí que sueña i ama!

IV

Tu laud me revela en cada nota
que al cielo azul envia,
que el radiante ideal que en tu alma flota
es el mismo ideal del alma mia.
Mas tu laud divino

le canta el himno de la fé i el gozo;
i mi triste laud de peregrino,
el himno de la duda i el sollozo.

V

Feliz yo, si piadosa tú rasgaras
mi eterna noche, cada vez mas densa;
i a surcar me invitaras
las vastas ondas de la luz inmensa!
Temblorosos los dos, los dos ardientes,
grabáramos a un tiempo nuestros rastros
en las pálidas frentes
de los callados, pensativos astros.
I en la armonía universal i eterna
que de los mundos brota,
tú serias la nota dulce i tierna,
i yo la ronca i delirante nota.

VI

Déjame oir tu voz. Cuando la escucho,
siento rasgarse el velo
de las sombras eternas con que lucho!
Tú voz es una música del cielo!
Siempre que a las rejiones infinitas
en ondas de armonía el alma exhalas,
parece que te ajitas
con misteriosos movimientos de alas.



Calidoscopio

—○—

En un Álbum

I

Noche negra.—No hai fuego en la carpa.
Entumece el hielático cierzo
las olímpicas cuerdas del arpa,
las intrépidas alas del verso.

Tengo sed, tengo frio, tengo hambre:
siento un recio, profundo trastorno:
veo alzarse un fatídico enjambre
de siniestros fantasmas, en torno.

Desfallezco,—mirando a las cimas,—
en mi mesa tripódica i rara,
desde donde se alzaban mis rimas
como se alzan las hostias del ara.

Soi el lóbrego cóndor proscrito
de la luz que las cúspides hiere;
soi el trájico bardo maldito;
soi el pálido cisne que muere.

El hielático cierzo no cesa;
yo, mirando a las cimas i enfermo,
en mi rara i tripódica mesa
con la frente en las manos me duermo...

II

I la noche hiemal i sombría
me amortaja en sus lóbregos tules.
Pero audaz mi febril fantasía
vuela en pos de los mundos azules.

I ante mí veo entónces abiertas,
bajo el arco de rayos del Este,
la bruñidas i fúljidas puertas
de un soberbio palacio celeste.

I en sus altos i rejios umbrales,
nueve vírjenes blondas, en coro,
cantan sáficos himnos triunfales,
pulsan diáfanas cítaras de oro.

I ceñidas de sacros citisos,
a compas de su voz baten ellas

sus flotantes i undívagos rizos
salpicados de rayos de estrellas.

I a su alcázar con ellas penetro,
i a su lánguido amor me abandono.
I yo empuño en su alcázar un cetro.
I yo ocupo en su alcázar un trono.

III

I presido el banquete divino
de las rítmicas vírjenes blondas.
I en los cálices de oro i platino
hierve el néctar de fúljidas ondas.

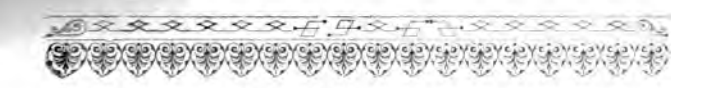
I bebemos, reímos i amamos.
I vestidos de galas nupciales,
al gran Sol a compas le cantamos
un excélsior azul de Aurorales.

Porque Apolo sus alas despliega,
i bendice las místicas bodas;
i con su arpa de luz nos entrega
sus idilios, sus silvas, sus odas.

I arde el íris temblante i sereno
de las rojas anémonas cálidas,
en las túrjidas curvas del seno
de las rítmicas vírjenes pálidas.

I despunta a lo léjos el día
de los locos i dulces desmayos.
I en mi frente de esfinje sombría
vierte el alba perfumes i rayos.





A solas

I

Léjos del mundo, de su pompa léjos,
yo mi salvaje soledad bendigo:
baño mi corazon en tus reflejos;
me trasporto contigo.

II

Tu sombra azul halaga mas mis ojos
si en torno mio sin testigo jira;
si cuando yo ante tí caigo de hinojos,
tan solo Dios nos mira.

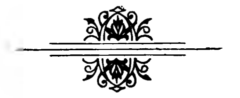
III

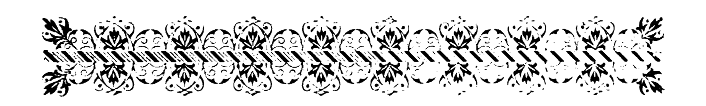
Cuando ya el sol se aleja pensativo
en su góndola de oro al Occidente,

tu májico recuerdo fujitivo
    canta sobre mi frente!

IV

Cuando ya con estático embeleso
la Luna riela la desierta playa,
tu imájen plega el ala i me da un beso;
    i tiembla i se desmaya!





Mi Musa

Yo de las Musas amo la que inspira
los cánticos patriotas,
i arranca de la lira
relámpagos i notas.

Yo de las Musas amo la que truena,
al par de la metralla,
sobre la roja arena
de la ardiente batalla.

Yo de las Musas amo la que sopla
i enciende los olímpicos enconos;
i empuña la manopla
i hace astillas los tronos.

Yo de las Musas amo la que grita
dentro del corazon i la cabeza:
—¡Viva la lei proscrita!
—¡Viva la Marsellesa!



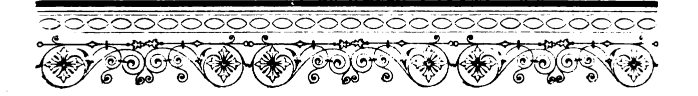


Óyeme

Vírjen! Óyeme atenta.
Yo tengo alas; yo vuelo.
Yo sé lo que se cuenta
la Tierra con el Cielo.
La Musa azul que columpió mi cuna
me dicta versos vagos:
versos como los rayos de la Luna,
versos como la espuma de los lagos.
Yo te haré, vírjen bella,
estrofas lejendarias,
de arreboles de estrella,
de alas crepusculárias.
Una ráfaga estiva
a la Tierra me trajo.
Sé que cantan los ánjeles arriba

lo que sueñan las vírjenes abajo.
Yo desprecio las mofas.
Yo adoro los laureles i las palmas.
Yo amo la luz i el ritmo. Yo hago estrofas
que desposan las almas.





Al Mar

A Santiago Escuti Orrego

I

Cuánto me place, oh Mar, en tu ribera
ir por la tarde a meditar a sólas!
Desplegas no sé qué grandeza fiera,
al par de no sé qué melancolía,
en el fragor de tus jigantes olas,
cuando detras del pavoroso velo
de la noche sombría
se confunde la Tierra con el Cielo!

II

Veo temblar en tu brillante espuma
las imájenes bellas
que a traves de tu inmóvil, densa bruma
proyectan las estrellas.
I siento impulsos de llorar. I lloro.
Lloro contigo. Riego
tu ancha ribera de esmeralda i oro
con lágrimas de fuego.
Lloro el adios de las alegres horas
de sacrosanta calma
de mi niñez azul, desvanecida.
Entónces, sonrosados como auroras,
yo vi temblar en el cristal de mi alma
los primeros ensueños de la vida.

III

Hoi plaño junto al cauce
de la turbia corriente de los años,
como el fúnebre sauce
en cuya mustia copa el viento zumba
con los ritmos estraños
del monólogo eterno de la tumba.

IV

Oh Mar! Tú no descansas.
Ludibrio inmenso de tus mismas iras,
siempre siniestro a tu ribera avanzas.
Tan presto rujes, como ya suspiras.
Hai en tu voz un no sé qué del grito
que, ante cada esperanza que se escombra,
al Dios de lo infinito
alza el alma inmortal desde la sombra.

V

Cuántas veces las roncas tempestades
no sacuden tus lóbregas entrañas,
i ensordecen tus vastas soledades,
i convierten tus olas en montañas!
Así tambien el pensamiento humano
los inmóviles dogmas bambolea
cuando empuña su cetro soberano
i vibra el rayo de la eterna idea!

VI

Oh Mar! En vano en tu dolor sombrío
contra tu cárcel de granito invocas
el huracan bravío.
El huracan bravío no te escucha.

Si él lucha con tu cárcel de agrias rocas,
es contra el mismo Dios contra quien lucha.

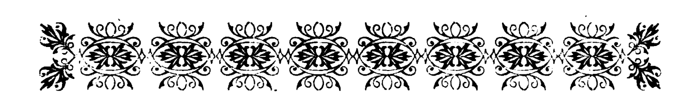
VII

Tambien la Humanidad ruje i solloza.
Ella tambien estalla.
Piensa. I es un misterio cada cosa.
Anda. I es cada paso una batalla.
Pero rasga la sombra, i marcha inquieta.
Nada resiste al ímpetu rehacio
con que hace su ancho trono del planeta,
i su imperio infinito del espacio.

VIII

Oh Mar! Quizas el formidable acento
con que tú rujes en la noche a sólas,
es la voz con que cuentan tu tormento
a sus sombras, tus olas.
Es inútil tu afan, oh Mar profundo!
Nunca escuchó la indiferencia muda
de la noche i el mundo
el grito de dolor i el de la duda!





Excelsior

Amémonos los dos como se adoran
los astros que a lo léjos se levantan,
i que las negras nubes evaporan,
i que la gloria de los mundos cantan.

Pero que nuestro amor sea mas fuerte
que la roca en que el piélago retumba;
que triunfe de las sombras de la muerte;
que haga estallar la losa de la tumba!

Que remonte sus alas de topacio,
desparramando efluvios i arreboles;
que sea en los abismos del espacio
un Sol que apague los mas grandes soles!

Que ciña de laureles i de palmas
nuestras frentes olímpicas i bellas;
que arrebate i empuje nuestras almas
mas allá de las últimas estrellas!





Nostaljia

A una Poetísa

I

Feliz, felíz el bardo del ensueño
que con el ritmo diáfano i sonoro
de su laud risueño,
despierta el ritmo celestial que encierra
la dulce lira de oro
de un ánjel, como tú, sobre la tierra!

II

Pero infeliz el bardo de la duda,
que caminando sin saber a dónde,
que siempre envuelto en un crespon sombrío,
a sólas llora sobre su arpa muda,

porque a su voz ninguna voz responde,
porque su voz se pierde en el vacío!...

III

Si al bardo melancólico le oyera
el ánjel por quien jime,
el bardo melancólico sintiera
los ímpetus del águila sublime.
Volara léjos de la tierra, léjos,
por los inmensos horizontes rubios,
cantando la cancion de los reflejos,
cantando la cancion de los efluvios.
Él escalara un trono de alabastro;
i pulsara la lira de la aurora;
i por nimbo nupcial pusiera un astro
en la frente del ánjel por quien llora...

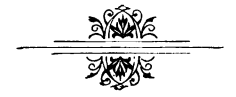
III

Ánjel! Remonta sin temor el vuelo
a la rejion sin límites del Arte;
haz que acudan la Tierra con el Cielo
de laurel i de luz a coronarte!

IV

Ánjel! No importa, nó, que miéntras tan
el bardo que en sus vértigos te nombra,

a sólas llore con amargo llanto
su quimera imposible allá en la sombra.
No importa, nó, que su quimera ardiente
lo arrastre hasta el abismo del delirio!
Él será grande! Llevará en la frente
la corona sublime del martirio!





Estival



I

Noche azul.—Todo es ritmo i efluvio.
Canta el aura en la linfa al mecerla;
i en el lánguido pétalo rubio
deja un beso i esparce una perla.

Puro el éter sus golfos dilata.
I mas puro que el éter sin tizne,
a traves de sus golfos de plata
bate el verso sus alas de cisne.

II

Vírjen blonda de pálidas sienes,
sé que un hondo dolor te devora:

calmaré la nostaljia que tienes
con el himno triunfal de la aurora.

Bate al viento tus bucles sedeños;
bate al viento tus cándidos tules:
soi el bardo que arrulla los sueños
en las límpidas noches azules.

Es mi patria el gran Sol soberano;
es mi verbo el gran Ritmo sonoro:
llevo una arpa de plata en la mano,
i en la frente un relámpago de oro.

III

Mas por qué, vírjen núbil i pura
que entre todas las vírjenes brillas,
brotan rosas de fuego en la albura
de tus castas i tersas mejillas?

Vírjen núbil, escúchame en calma:
soi el barde del arpa sonora;
yo respeto las rosas del alma;
canto el himno triunfal de la aurora.

IV

Oh gran Sol! A tu trono tú subes,
mas pomposo que Jove i Osíris,

sobre el rejio escabel de las nubes,
bajo el arco de triunfo del íris.

Cuando orlado de rayos tú asomas,
ámbar de oro destilan las palmas;
vierte el loto inefables aromas;
canta un cisne divino en las almas.

I en la pálida i húmeda niebla,
el pontífice alado del nido
de armonías eglójicas puebla
el santuario del bosque florido.

I se tiñe de púrpura el Este;
i en la márjen estallan las ondas;
i se enciende la sangre celeste
de las pálidas vírjenes blondas...

Oh gran Sol! Tú la Tierra fecundas
con tus ráfagas rítmicas i helias;
i a Saturno de anillos circundas;
i a la pálida Luna de antelias.

La eucarística novia tú igualas
con el cisne del lago arjentino,
que hace un arco triunfal con las alas
cuando canta en su idioma divino.

Saturados de rosas i de álamos,
de albos lirios i almendros cerezos,

haces tú florecer en los tálamos
aurorales i rítmicos besos.

Cuando léjos tu disco declina,
se aproxima la madre a la cuna,
i preludia con voz columbina
una dulce romanza a la Luna...

Oh gran Sol! Por el ámbito opaco,
que a tu fúljido cetro sujetas,
surcas tú como un dios el Zodiaco
con tu corte de rubios planetas.

En el arpa del bardo tú pones
las ardientes i dulces escalas
con que baten las blancas visiones,
en las noches azules, las alas.

I la vírjen de cándida veste
al fantástico bardo provoca
a beber el efluvio celeste
de su fresca i purpúrea boca.

I en un lánguido beso risueño,
ébrios de ámbar i orlados de nardo,
ante el ara de luz del ensueño
se desposan la vírjen i el bardo.



Tú i yo

I

Miéntras tú por el mundo vas rodando
cual mustia flor que el huracan violento
de su tallo derrumba,
yo tambien la existencia voi cruzando,
estinguido el volcan del pensamiento,
helado el corazon como una tumba.

II

Tú naciste feliz. Con tierno halago
derramó su sonrisa
el ánjel de la luz sobre tu cuna.
Fué tu niñez un lago
de ondas azules que rizó la brisa,
i que arjentó la luna.

III

Despues tú amaste con la fe con que ama
la casta vírjen que por vez primera
en el misterio del amor se abisma.
Tu amor no halló con qué nutrir su llama;
i entónces, ¡ai! su formidable hoguera
te devoró a tí misma.

IV

Yo allá en la noche, en un fatal desierto,
abrí, llenos de lágrimas, los ojos.
I con mortal desmayo,
desde que dí mi primer paso incierto,
bajo mis plantas ví brotar abrojos,
sobre mi frente ví cernerse el rayo.

V

Ya que ninguno de los dos podemos
cantar el himno del amor i el gozo,
sé tú mi amiga, i yo seré tu amigo.
Sobre unas mismas ruinas lloraremos.
I en el fúnebre idioma del sollozo
tú me hablarás, i yo hablaré contigo.



Natalicio

A la señorita E. R. C.

I

Melancólica vírjen morena
de magníficos bucles castaños,
i de pálida tez de azucena:
yo saludo tus bellos quince años.

Junto a tí pulsan hoi sin sosiego,
en alegre i espléndido coro,
blancos ánjeles de alas de fuego
sus eólicas cítaras de oro.

Al jardin de la aurora tú subes
en un carro de mirtos i rosas;

i en el tálamo azul de las nubes
con el dios de la luz te desposas.

De tus lábios de pétalos rojos
brotan ritmos de brisas en calma:
i del negro cristal de tus ojos
brotan rayos que abrasan el alma.

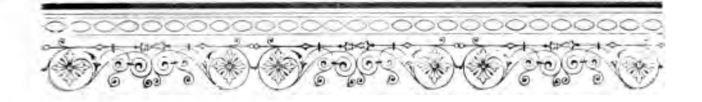
II

Vírjen griega de olímpica frente
i de cuello de terso alabastro,
i de talle de palma de oriente:
tú bajaste a la Tierra de un astro.

Cada undívago rizo florido
de tus rítmicos bucles sedeños,
es el májico, edénico nido
de un enjambre de cándidos sueños.

Cada vago arrebol que colora
tus lozanas i frescas mejillas,
es un beso de amor de la aurora
donde flotas, i cantas i brillas.

Sueña, sueña en los cielos estraños
donde el éxtasis tu alma dilata.
Yo saludo tus bellos quince años,
i a tus piés pongo mi arpa de plata.



Ultra tumba

I

Ánjel! Yo siempre allá en la tarde vago
por la desierta, silenciosa orilla
del trasparente lago
que vió rodar nuestra niñez sencilla,
I siempre entónces despertarse siento
en la solemne, relijiosa calma
del vasto firmamento,
tu imájen melancólica en el alma.

II

Aun la linfa murmurante i loca,
al soplo de los céfiros inquietos,

me habla de tí, junto a la eterna roca
que oyó nuestros recónditos secretos.
Mas hoi, deshecha en lágrimas, se aleja
de sus ásperos flancos de granito;
i en su estela fugaz vibrando deja
un sollozo infinito!

III

Ánjel! El lago sordamente jime,
buscando en vano el impalpable rastro
de tu lánguido pié sobre la playa,
allá cuando temblando el Sol sublime
desciende de su trono de alabastro
i en brazos de la Noche se desmaya.

IV

Del hondo abismo azul de tu pupila
brotaba un vago resplandor profundo:
algo como la excelsa luz tranquila
de otro Sol, de otro espacio, de otro mundo.
Palideces de estrella melancólica
bañaban tu serena faz sin tizne.
I despedia tu garganta eólica
dulces ritmos de cisnes.

V

Mas yo, pobre mortal, no comprendía
que el ideal bendito
que el fondo de tu sér estremecia,
era el alto ideal de lo infinito.
Por eso me escuchabas, loca, inquieta,
cuando de pié sobre los agrios montes,
yo entonaba los himnos que al poeta
le inspiran los lejanos horizontes...

VI

Era una tarde azul de fondo vago.
Víctima de un dolor que no se nombra,
yo me ajitaba en derredor del lago,
como una errante sombra.
En vano, entónces, con sollozos hondos
te llamaba la dulce brisa cálida
para jugar con tus cabellos blondos
sobre tu frente pálida!

VII

La negra noche dilató su imperio
por la ribera muda.
I sobre el mundo descendió el misterio.
I sobre mi alma descendió la duda...

Acaso alegre i tierna
tú evocabas la imájen de algun hombre;
i en el abismo de la nada eterna
arrojabas mi nombre!...

VIII

Ánjel, perdon! De súbito en mi oido
vibró un profundo, fervoroso acento:
algo como un jemido
que fué a perderse en la rejion del viento.
Era la voz con que la paz tranquila
del pálido crepúsculo turbaba
la monótona esquila
que en nuestra aldea sin cesar doblaba.

IX

Turbada el alma por infausta idea,
i con el corazon hecho pedazos,
a nuestra triste aldea
yo me lancé con presurosos pasos.
Ai! Cuál no fué mi bárbaro martirio
cuando vi destacarse, al rayo incierto
de un vacilante cirio,
en la capilla, tu cadáver yerto.
Sentí bajo mis piés temblar la Tierra,
i dejar de rodar i quedar fria;
i cuantas sombras el dolor encierra
amontonarse sobre el alma mia!...

X

Al calor de las ondas del aliento
de tu labio divino,
yo me sentia valeroso i fuerte
para triunfar del huracan violento
con que al hombre, en las rocas del camino,
sin compasion suele estrellar la suerte.

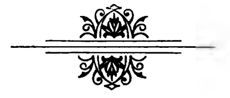
XI

Cada vez que a tu lado
el arpa de oro del amor pulsaba,
algo grande i sagrado,
algo de Dios mi espíritu ajitaba.
Mi rauda fantasía sin sosiego
heria con sus alas las estrellas.
I a sus ardientes ósculos de fuego
tras su manto de luz temblaban ellas.

XII

Todo acabó! Desde tu cruel partida,
mi arpa dulce i sonora,
del árbol del olvido suspendida,
ni canta dichas ni tristezas llora.
Siempre meditabundo,
busco tan sólo la perpetua calma.

Vago como un autómata en el mundo,
envuelta en noche sin aurora el alma.
Murió mi juventud! El ronco cierzo
jime en los sauces del sendero mio!
Ya no me alumbra el Sol del universo!...
Ánjel! Dónde estás tú? Yo tengo frio!...







Alba



I

Pálida vírjen! Tú te paseas junto a los lagos;
i das al viento de la alborada las trenzas blondas;
i ávida bebes en la ribera los sumos vagos
de los rosales enmarañados sobre las ondas.

II

Yo soi el bardo que rasga el viento con las canciones
que oyes absorta junto a los lagos, en los rosales;
miéntras que bogan los blancos cisnes, como ilusiones,
bajo la gloria del arco íris, en los cristales.

Para cantarte—como a las diosas cantan los dioses,—
mis AURORALES de enamorado bardo neurótico,
le pido efluvios, le pido ritmos, le pido voces,
al arpa de oro del bosque vírjen i el mar caótico.

Yo hago canciones dulces, i vagas i misteriosas,
de arrobadoras, inimitables, raudas escalas.
I en sus endechas con las estrellas rimo las rosas,
i engarzo versos que son ensueños que abren las alas...

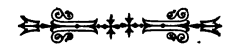
III

Tú te desciñes en la ribera los leves tules;
i te abandonas sobre los lagos, bajo la bruma;
i pulsan ellos sus arjentinas arpas azules,
i orlan tu frente de arcos triunfales de blanca espuma.

El raudo ambiente de la montaña cierne sonoro
entre las ondas,—májicas musas de la ribera,—
como una nube de vagorosos contornos de oro,
sobre tu cuello de esbelta garza, tu cabellera.

Bajo los cielos matutinales, de calma llenos,
sobre la nieve de las espumas estrepitosas,
tus encendidos, i virjinales i castos senos
surjen, i tiemblan i resplandecen como dos rosas.

I tus caderas rasgan las linfas i se modelan
con la brillante palidez pura del alabastro;
i dejan raudas, bajo la niebla, por donde rielan,
efluvios de ánjel, ritmos de ensueños i estelas de astros...





El último canto

A Alejandro Parra M.

I

Copia el mar las estrellas en sus olas
con salvaje ternura.
I en el satuario de la noche a sólas,
entre dulces desmayos,
sobre los golfos de la costa oscura
canta versos de espumas i de rayos.

II

Sueña la Tierra vírjen. Ella siente
sumerjirse sus montes
en los albores de oro de otro Oriente,
en otros horizontes.

Ella siente brotar estremecida
de su seno fecundo,
orlada con la antelia de otra vida,
la larva cristalina de otro mundo...

III

El poeta inmortal, dios del planeta,
ante el ánjel que adora
pulsa con hondo afan, con ansia inquieta
el arpa de la aurora.
El cántico divino que él ensaya,
ora murmura el lánguido delirio
con que el aura del valle se desmaya
en el cáliz del lirio;
ora vibra el magnífico arrebato
con que, rasgando la flotante bruma,
el piélago insensato
alza montañas de brillante espuma.

IV

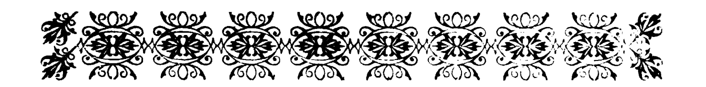
El canta al Verbo cuya eterna llama,
de lo alto desprendida,
por dondequiera sin cesar derrama
las ondas de la vida.
Él canta al Verbo cuyo arcano encierra
el secreto bendito
del beso de los astros a la Tierra,

del beso de la Tierra a lo infinito.
Él canta al Verbo cuyo excelso nombre,
como una inmensa nota,
estremeciendo el corazon del hombre,
del corazon del universo brota.
Él canta al Verbo perdurable i solo,
que al lago azul hace copiar la Luna;
i jirar a la aguja sobre el polo;
i a la vírjen soñar con una cuna.

V

Pero el Poeta-Dios que sin sosiego
pulsa el arpa brillante de la aurora,
súbitamente calla.
Es que en los labios de hálitos de fuego
del ánjel que él adora,
la carcajada de la burla estalla!





Odisea

Mar sereno. Crepúsculo en calma.
Lejanías profundas i bellas.
Aleteos de alondra en el alma.
Arreboles. Efluvios. Estrellas.

I la barca al gran viento sonoro
desplegó los undívagos tules,
recamados de púrpura i oro,
de sus rítmicas velas azules.

Iba el bardo a la ignota camarca
donde el alba dilata su imperio;
i de pié, como un dios, en la barca,
desafiaba el inmenso misterio.

Fué despues cada estrella apagando
su sagrado fulgor poco a poco;

i en la niebla bogando, bogando,
él siguió por el mar como un loco.

I batieron las olas bravías
en la inmóvil, caótica bruma,
como airadas esfinjes sombrías,
su siniestra melena de espuma.

I la barca del bardo rodaba,
describiendo soberbias estelas,
bajo el ronco huracan que entonaba
la cancion del abismo en sus velas.

I él de pié desafiaba su ira,
arrojando del alma el desmayo:
vió su cetro de dios, en su lira!
vió su nimbo de dios, en el rayo!...





A la Noche

I

Oh noche! Cuántas cosas
no guardas tú bajo el silencio mudo
con que en la eterna inmensidad reposas.
Tú contemplas el duelo acerbo i crudo
que sin cesar empeña
en el gran torbellino de la vida,
contra la duda el corazon que sueña,
contra el recuerdo el corazon que olvida!

II

Tú escuchas el fragor, siempre sonoro,
con que en alas del vértigo infinito

jiran en torno de sus ejes de oro
los formidables mundos de granito.
Tú escuchas la esplosion, siempre fecunda,
con que allá en su ancho seno, entre arreboles,
siente estallar la nébula profunda
los jérmenes de fuego de los soles.

III

Tú oyes latir con ritmo soberano
el recóndito anhelo
con que hasta Dios el pensamiento humano
audaz remonta el vuelo.
El pensamiento humano! Las edades
por entre cuyas sombras él camina,
con regueros de eternas claridades
a su paso ilumina!

IV

Tú has visto al Dios Homero
cruzar la inmensidad, muda i desierta,
sin patria, sin hogar, sin derrotero.
Tú lo has visto vagar sin pan ni abrigo
de ciudad en ciudad, de puerta en puerta,
como un triste mendigo!
Tú has visto descender entre desmayos,
al Ave Seus, de hálitos de fuego,
a coronar de rayos

las olímpicas sienes del Dios griego.
Él vibró en su abandono
el Verso-Verbo de la Estrofa-Joya,
en cuyo ritmo audaz, desde su trono,
cada edad que en la historia se destaca
oye, temblando, el estertor de Troya,
i el són del remo del bajel de Itaca.

V

Cruzar tú has visto, al dulce centelleo
del cielo heleno, siempre cristalino,
las playas de esmeralda del Ejeo
a Platon, el divino.
El Dios del Ática vagaba a sólas,
escuchando con éxtasis profundo
en la música eterna de las olas
el monólogo eterno de otro mnndo.

VI

Tú has visto, bajo el cielo de Judea,
que orla a trechos la bruma,
ir siempre al Dios de la mas grande idea,
ir siempre al Dios que iluminó el Calvario,
a rociar su ancha túnica en la espuma
del Jordan solitario.

VII

Tú has visto orar a Hipatía de rodillas
bajo el sagrado tilo
que el céfiro columpia en las orillas
del misterioso Nilo.
Hipatía vírjen, cuando el sol se escombra,
iba siempre a verter lágrimas tiernas
bajo tu inmensa sombra,
al pié de las pirámides eternas.

VIII

Tú has visto al gran Dios Dante
hacer, desde el Adriático al Tirreno,
de su alto númen, fúljido derroche;
hacer brotar de su laud jigante,
con el ritmo del trueno,
el Verso-Dia de la Italia-Noche.

IX

Llorar tú has visto en agrio cautiverio
al gran Dios Milton, cuya voz sublime
tiene el apocalíptico misterio
del Dios Satan que jime.
Tú has visto descender a los querubes
en melodioso coro

a disipar sus tenebrosas nubes
con las notas de luz de su harpa de oro.
Al Dios de Albion el bárbaro destino
hizo en vano brotar en su camino
sombras al Cielo, zarzas a la Tierra.
Sobre sus raudas alas de topacio
lo arrebató la excelsa poesía
hácia los horizontes de otro espacio,
hácia los resplandores de otro dia.

X

Ir tú has visto al Dios Byron, sin ventura,
a vibrar desde el trono de granito
de los montes de Albion i Caledonia,
el ai! de su recóndita amargura
con el ritmo infinito
del harpa hebrea i de la lira jonia.
Él luchó contra todo.
Él luchó contra un siglo que dudaba
de cada nueva aurora que nacia;
de cada etapa con que desde el lodo
iba sin tregua cada raza esclava
a la conquista de la luz del dia.

XI

Luchar tú has visto contra el dogma aleve,
sin tregua, sin desmayo,

al primer Dios del siglo diezinueve.
Tú has visto al gran Dios Hugo
hacer temblar de espanto bajo el rayo
ante su misma víctima, al verdugo.
Él tuvo las concojas
i las ánsias de luz de Prometeo;
i las cóleras rojas,
i las visiones del profeta hebreo.
Fué un Dios claro-vidente
que señaló en la Tierra su odisea
con formidables rastros;
que lanzó desde lo alto de su frente
hácia los horizontes de la idea,
todos los resplandores de los astros!

XII

Oh Noche! tú has oido
vibrar los ósculos de amor i alegro
de cuantos seres el amor ha unido
bajo tu cielo negro.
Quizás el triste ritmo con que jime
bajo el ala del viento el sauce inerte,
no es mas que el eco de su adios sublime
bajo el ala sombría de la muerte.

XIII

Tú contemplas flotar en tu santuario
la aparicion risueña
que vela junto al lecho solitario
de la cándida vírjen, cuando sueña:
la aparicion que, cuando duerme, evoca
la vírjen inocente
con la dulce sonrisa de su boca,
con la casta pureza de su frente.

XIV

Tú escuchas el sollozo
que de la amante esposa rasga el pecho.
cuando al soñar con su inefable esposo
que inmóvil duerme en el sepulcro frio,
de súbito despierta allá en su lecho,
i lo encuentra vacío!...

XV

Oh Noche! Nada, nada
sobre la faz del universo queda
oculto a tu mirada.
Al borde mismo del eterno ocaso
adonde el hombre tras el hombre rueda,
la humanidad tú sigues paso a paso.



Crepuscular

I

Murmura epitalamios
el piélago sonoro.
Baja el sol los olímpicos andamios
de su palacio de oro.
Tras él la Tierra cálida
rueda en su raudo coche,
como una novia pálida,
hácia el tálamo inmenso de la noche.
Abren sus cándidas corolas bellas,
bajo nimbos risueños,
arriba las estrellas,
abajo los ensueños,
El bosque melancólico
deja que el lirio i el laurel tremolen

bajo el céfiro eólico
que lleva el ritmo, el ósculo i el pólen...

II

Oh vírjen! Cruzan nubes de alabastro
el crepúsculo en calma.
El astro dice al alma: Tú eres astro.
El alma dice al astro: Tú eres alma.
Yo amo las nitideces
de tu garganta hermosa.
Yo amo las morbideces
de tus senos de Diosa.
Yo amo la curva oscura
de tus grandes ojeras.
Yo amo el raudo vaiven de tu cintura
el ritmo temblador de tus caderas.
Yo amo con embeleso
el éter vago de tus negros ojos.
Yo amo la miel del beso
que solo saben dar tus labios rojos...

III

Oh vírjen inocente!
todo canta i adora.
Todo lleva en el alma i en la frente
un cielo i una aurora.
Ya bajo el tul del tálamo sin fondo

de la noche serena,
se acarician a sólas el Sol blondo
i la Tierra morena.
Yo te amo porque tienes
la májica atraccion de los imanes,
la llave de los místicos edenes,
la diadema triunfal de los Satanes.
Ya preludia su orquesta
la copa melancólica del álamo.
Vírjen! En la floresta
ya nos aguarda el tálamo...
Tiemblas? No te sonrojes.
Yo te amo como pocos.
Virjen! Eres un ánjel. No te enojes!
Yo soi el bardo de los cantos locos...



TEMAS



A Manuel Antonio Matta

I

A tu tumba magnífica yo llego
para cantar de pié los himnos grandes
que inspiran los espíritus de fuego,
los ínclitos caudillos de los Andes.

II

La roca secular se bambolea
al recio embate con que el mar la labra.
Es roca el dogma, pero es mar la idea,
i es ola sin riberas la palabra.

La vieja Roma de los odios bravos,
en nombre de sus dogmas, ya caducos,

levantó contra tí turbas de esclavos,
levantó contra tí turbas de eunucos.

Te armaste con la cólera del verbo;
te armaste con el rayo del profeta.
I al fanatismo imbécil i protervo
le arrancaste la hipócrita careta.

III

Fuiste proscrito de tu patria. Ibas
de rejion en rejion, de zona en zona,
i tus ínclitas sienes, siempre altivas,
irradiaban la luz de una corona.

Baldon para los déspotas que oprimen!
Baldon para la estúpida canalla!
Himno! Fulmina ante esta tumba el crímen!
Pídele rayos al volcan, i estalla!

Ante esta tumba, pídele al Pacífico
las cóleras tremendas del Atlántico.
I serás vengador: serás magnífico!
Serás apoteósis: serás cántico!

IV

Fuiste un grande adalid! Siempre la auro
vió alzarse en el palenque tu alta talla;

i brillar en tu frente vencedora
el formidable casco de batalla.

Al recio embate de pujanza homérica
del firme ariete de tu pluma altiva,
tubo el verbo de Chíle ante la América
el triunfo abajo i el hosana arriba.

Al recio embate de perenne gloria
de tu pluma inmortal de esplendor helio,
tubo el verbo de Chile ante la historia
la inmensa irradiacion de un evanjelio.

Libertadora de la idea esclava,
tu palabra de fuego, eterna i una,
henchida de relámpagos, vibraba,
en el gran Sinaí de la tribuna.

Vibraba con el ritmo i el empuje
con que en las rocas del Tabor resuena
el rayo vengador de un dios que ruje,
el rayo vengador de un dios que truena.

V

Fuiste un grande adalid! Siempre el pro-
te vió triunfar, desde su eterno solio; [greso
i arrastrar el pendon del retroceso
por la arena del Circo al Capitolio.

Hizo audaz contra tí brutal derroche
de torpe rabia la canalla impía.
No pudo en torno tuyo hacer la noche:
llevabas tú sobre la frente el dia.

Desafiaste la estúpida canalla
delante de las cumbres, de luz llenas,
y sellaste tu triunfo en la batalla
con pedazos de yugos i cadenas.

Enmudeció ante tí la turba loca
que ultimó en el Tabor al Dios hebreo;
que encadenó sobre siniestra roca
en el Cáucaso azul a Prometeo.

El tremendo huracan que vuela i brama,
i troncha robles i derrumba aludes,
no empuja las arenas de Atacama
como empujabas tú las multitudes.

VI

Fuiste un grande adalid! Siempre la Amé-
vió rodar a tus piés el dogma falso [rica
sin la careta de la fé quimérica
que impone con la hoguera i el cadalso.

Alzaste audaz, ante su roto imperio,
sobre las mismas ruinas sin mañana

de la vieja Bastilla del misterio,
arcos de triunfo a la conciencia humana.

La libertad vió en tí su gran piloto:
contigo desafió las tempestades:
te erguías tú sobre su barco roto,
i enmudecia el ronco Tiberiádes.

Pregonaba el clarin la lid titánica.
I en la lid tú sembrabas el desmayo,
lanzando hácia la ráfaga huracánica
desde la arena la cancion del rayo.

Al escuchar tu voz tembló Sodoma:
al escuchar tu voz tembló el perverso.
Arrojaste de Chile al Dios de Roma:
mostraste a Chile el Dios del universo.

VII

Fuiste un grande adalid! Siempre la idea
te vió irradiar la fé que no vacila;
i ocupar en la lucha ciclopea
el primer puesto en la primera fila.

Despues de alzar su enseña inmaculada,
i de batirla al viento de la gloria,
i de ser el primero en la jornada,
huiste del festin de la victoria.

A tu acento de apóstol i profeta
se levantó de su ataud estrecho,
armado con el gladio del atleta,
el Lázaro jigante del derecho.

La oscura multitud se abrió camino:
lanzó sus falsos ídolos al lodo.
I tomó posesion de su destino,
i despues de ser nada lo fué todo.

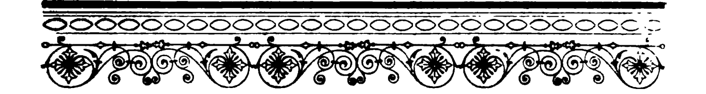
Desde su apocalíptica eminencia
vieron entónces fulgurar los Andes
la aurora de un gran sol en la conciencia
de un pueblo grande entre los pueblos grandes.

VIII

Descansa en paz, caudillo lejendario!
Duerme el gran sueño azul ante el gran dia!
En torno de tu espléndido santuario
se cierne el alma de la patria mia!

A tu tumba magnífica de piedra
vendrá el bardo a pulsar su arpa sonora;
i el mártir a colgar arcos de hiedra;
i el sabio a saludar la eterna aurora.

Ella será la cátedra jigante
desde cuyo sitial, con voz robusta,
siempre en pos del gran sol, siempre ade-
a Chile empujará tu sombra augusta! [lante



A Cuba

EN SU REVOLUCION EMANCIPADORA DE 1895



I

Salve, Cuba inmortal, a tus titanes!
Ellos de pié despliegan tu bandera,
al soplo de tus roncos huracanes,
sobre cada peñon de tu ribera!

Ellos cantan de pié tu himno guerrero
sobre cada peñon de tus confines.
I hacen temblar el despotismo ibero
con la marcha triunfal de sus clarines.

Salve, Cuba inmortal, a tus titanes!
Ellos baten de pié sobre la arena,

al sangriento fulgor de tus volcanes,
bajo la tempestad, su ancha melena.

Ellos de pié tu inspiracion reciben.
I con el alfabeto de la gloria
sobre tus rocas de granito escriben
la pájina mas grande de tu historia!

II

Cuba inmortal! El cóndor de la América,
a traves de tus vastos horizontes,
remonta el vuelo con pujanza homérica
sobre las cumbres de tus agrios montes.

Bajo el lóbrego manto de la bruma,
sobre tus riscos ásperos, a sólas,
sacude con estrépito la espuma
con que sus alas salpicó en las olas.

El raudo cóndor de los altos Andes
anhela contemplar cómo batallan
en el palenque de los dogmas grandes
los pueblos indignados cuando estallan.

Está contigo el sacrosanto Verbo.
Ya es tiempo de que enciendas tus enconos
i al orbe pruebes cómo un pueblo siervo
rompe cadenas i derrumba tronos!

III

Cuba inmortal! La fiera tiranía,
sin oir tus recónditos suspiros,
durante cuatro siglos de agonía
ha saciado en tu sangre sus vampiros.

Las llanuras de límites remotos
donde hoí la espada del derecho esgrimes,
están cubiertas de cadalsos rotos
i de tumbas de mártires sublimes.

Cada lóbrego monte solitario
donde hoi flamean tus pendones fijos,
evoca el cruento, bárbaro calvario
de tus mas grandes, mas ilustres hijos!

Hace ya cuatro siglos que desmayas,
devorando tus lágrimas a sólas.
Hace ya cuatro siglos que en tus playas
rujen de rabia i de dolor tus olas!

IV

Cuba inmortal! Al huracan deshecho
entona el himno de la lucha homérica.
Es tu causa el gran dogma del derecho.
Ponte de pié. Contigo está la América!

Tú grito audaz la Amérjca conmueve
de montaña en montaña soberana.
Es la gran voz del siglo diezinueve.
Es la gran voz de la conciencia humana!

Ya es tiempo de que enciendas tu odio bra-
i de que el rayo de tus iras vibres; [vo
i al orbe pruebes cómo un pueblo esclavo
empuña el cetro de los pueblos libres.

Si el destino es adverso, no te asombres.
Siempre en las jigantescas odiseas,
al rodar con estrépito los hombres,
forman constelaciones las ideas.

Si el golpe rudo del destino adverso
tu lejion de titanes hoi derrumba,
verá brotar mañana el universo
una lejion de dioses de su tumba!

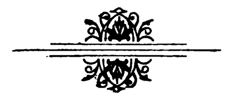
V

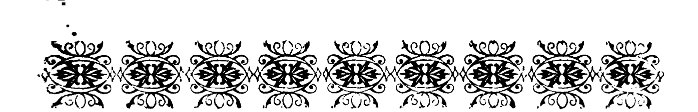
Salve, Cuba inmortal! Faltaba solo
el episodio que tu lucha encierra
a la epopeya que de polo a polo
la América escribió sobre la tierra.

Sólo tu voz faltaba a los cantares
que en su ancha senda de brillantes rastr

la América en la lira de sus mares
entona al porvenir bajo los astros.

Cuba inmortal! La libertad sagrada
es el gran sol que el universo anima.
Los pueblos que saludan su alborada,
la saludan de pié desde la cima!





Un libro

"LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACION" DE VALENTIN LETELIER



A Alejandro Aguinet

Lo leí. Lo hallé audaz. Lo hallé soberbio.
La idea estalla. La palabra quema.
Es todo vibracion. Es todo nervio.
Es doctrina. Es protesta. Es anatema.

Es música i relámpago. Es magnífico.
Hai algo en él de los empujes grandes
de las olas hirvientes del Pacífico,
de los volcanes rojos de los Andes.

Hai algo en él del jigantesco choque
entre la evolucion i el retroceso.
Hai algo en él del formidable toque
de la gran marsellesa del progreso.

Él, sin careta, la verdad pregona
para que rauda i triunfadora vibre,
i empuñe el cetro, i ciña la corona,
i haga del alma esclava una alma libre.

Es la ciencia inmortal su fe mas bella,
porque la ciencia hará, por donde avanza,
que miéntras en el cielo haya una estrella,
haya sobre la tierra una esperanza.

En las pálidas noches sin alegros
en que apuré sus pájinas altivas,
yo me olvidé de mis ensueños negros,
yo me olvidé de mis nostaljias vivas.

Envano insulta la caduca secta
que unje tiranos i verdugos nombra
i hace del alma augusta un alma abyecta,
sus pájinas de luz desde la sombra.

Ella en vano le grita: *¡Vade retro!*
desde la noche de su triste ocaso.
Él lleva la corona. Él lleva el cetro.
I el siglo diezinueve le abre paso.

Es la ciencia el gran sol. En su odisea
la ciencia hará que entre jigantes odas,
juntas comulguen una misma idea
al pié de un mismo altar, las razas todas.





Derecho i Fuerza

En la Contra-manifestacion del Club Radical a la celebracion del Centenario de Portales



I

No es la Fuerza brutal el dios que lucha
por la luz del cerebro que concibe!
Es el Derecho! América lo escucha!
Es el Derecho! América lo escribe!

II

Sinaí de la idea,
ella levanta sus eternos montes
entre nubes i rayos i huracanes.
América rodea
de una aurora sin fin sus horizontes
con sus apocalípticos volcanes.

III

No es la Fuerza brutal la gran conciencia
de un pueblo varonil, de un pueblo bravo.
Ella es la gran demencia
de un pueblo sin honor, de un pueblo esclavo.
Es el Derecho su conciencia augusta.
Es el Derecho su fecundo verbo.
Él hace soberana, él hace justa
la cólera del siervo!

IV

Hoi una secta alborotada i loca,
al ver que su poder ya se derrumba,
para salvarlo evoca
la fantástica sombra de una tumba.

Hoi una secta, con audacia impía,
—la vieja secta de misal i cirio,—
alza la piedra de una tumba fria,
i hace un dios de una sombra en su delirio!

V

Ne es el santo respeto a la memoria
de un hombre ilustre el móvil que hoi la ll
delante de la tumba que profana.

Ella teme a la historia.
La historia es juez que humilla i juez que ele-
I ella será el gran reo de mañana! [va.

VI

El móvil que hoi la lleva ante una tumba,
es el anhelo insano
de que a un viejo ideal que se derrumba
le cante *Hosanna!* un pueblo soberano.

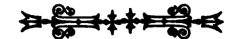
VII

América no ha escrito en su ancha ruta
que Chile cante i vibre
la apoteoósis de la Fuerza bruta!
Chile es pueblo inmortal! Es pueblo libre!
Es la patria del cóndor de los Andes!
Es el obrero de la eterna idea!
Marcha en las filas de los pueblos grandes!
Su anhelo a lo infinito,
en cada etapa audaz de su odisea
está con cien relámpagos escrito!

VIII

Chile inmortal! No temas! Adelante!
Harás polvo el obstáculo a tu paso,
bajo el hacha jigante

de tu robusto, formidable brazo.
A un tiempo dogma i voz, doctrina i hecho,
tú vencerás en el combate rudo!
Tú vencerás porpue será el Derecho
tu metralla, tu lábaro i escudo.





A Pasteur

I

Fué ruda tu batalla: fué jigante!
pero tu alma fué audaz: fué ciclopea!
Te empujaron en triunfo hácia adelante
los grandes huracanes de la idea!

En vano la fatídica ignorancia
despertó de su estúpido marasmo;
i esgrimió con insólita arrogancia
la burla imbécil i el brutal sarcasmo.

No pudo con sus golpes derribarte,
i en cambio tú la derribaste entónces:
era la fé tu escudo i tu baluarte:
tú tenias el temple de los bronces.

Tu victoria titánica de Sabio,
a fuerza de ser grande fué quimérica;
escucharon el verbo de tu labio
muda la Europa, atónita la América!

II

Tú cruzaste el magnífico proscenio
del formidable siglo diezinueve,
vibrando los relámpagos del jenio
que en jigantescas órbitas se mueve.

Con fé que abisma, con valor que pasma,
seguiste al cósmos en su vasta elípsis:
ibas en pos del colosal fantasma
de una nueva i grandiosa apocalípsis.

Oiste palpitar la Vida informe
en otro centro múltiple i diverso,
como una oscura nebulosa enorme,
allá en la inmensidad de otro universo.

Tenias la pujanza lejendaria
de las soberbias águilas inquietas.
Tenias la vision crepuscularia
de la pupila audaz de los profetas!

Tu palabra lumínica i sonora
dilató por los ámbitos su imperio;

i estalló como un trueno i una aurora
sobre la vasta noche del misterio!

Delante de tu espíritu profundo
se alzó del hondo arcano el microcósmos,
como un mundo del fondo de otro mundo,
como un cósmos del fondo de otro cósmos!

III

De nacion en nacion, de labio en labio,
en una tempestad de aplausos grandes,
trajo la fama tu blason de Sabio
del raudo Sena a los inmensos Andes.

Pero trajo tambien, de coro en coro,
en el soberbio, poderoso treno
de su clarin titánico i sonoro,
como un emblema, tu blason de Bueno.

El anciano i el niño ante tu paso
demandaron con fé siempre creciente,
doblando la rodilla, alzando el brazo,
la bendicion de Dios sobre tu frente.

Fuiste jenio i apóstol. Fué tu norma
disputar palmo a palmo el hombre enfermo
a la tétrica muerte, que transforma
la tierra en tumba i el hogar en yermo.

Cruzaste bajo el sol que brilla en calma
como un nuevo Mesías el abismo,
en profundo monólogo con tu alma,
en diálogo sublime con Dios mismo.

No hai grandeza mayor que la que encierra
la mision que da paz, que da consuelo:
enjugar una lágrima en la tierra
es mostrar una aurora allá en el cielo!

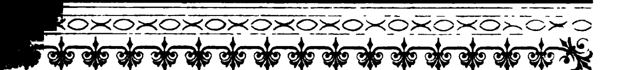
IV

Cesó ya su mision fecunda i noble;
te disparó la muerte su guadaña.
Caiste ya. Caiste como el roble
que al rodar bambolea la montaña!

Cesó ya la mision fecunda i bella.
Volaste léjos de la vil escoria.
Volaste a constelar como una estrella
el inmenso horizonte de la historia!

Salve a tí que alumbraste el gran proscenio
del siglo diezinueve en cada rastro!
Salve a tí que aquí abajo fuiste un jenio!
Salve a tí que allá arriba eres un astro!

Tú serás inmortal miéntras que ruja
i encienda los crepúsculos profundos,
el viento apocalíptico que empuja
sobre sus vastas órbitas los mundos!



A la Mujer

I

Levántate, oh Mujer! Alza la frente!
Vuela en pos de los mundos
del espacio del Arte i de la Ciencia.
Ya puedes desafiar omnipotente
sus misterios profundos
en alas de tu audaz intelijencia!

II

Ya victorioso desgarró el progreso
la noche secular que te envolvia.
No es ya tu dios el dios del retroceso.
Es ya tu excelso dios el dios del dia.

III

Hoi no eres ya la sierva vil que jime,
la esclava que ante el amo se prosterna.
Hoi eres ya la intérprete sublime
de la armonía universal i eterna!

IV

Arrastró ya tu fúnebre sudario
en las ondas de luz de su corriente,
el progreso inmortal, que nunca cesa!
de par en par ya tienes el santuario
donde bullir i palpitar se siente
el alma de la gran naturaleza:
Alma desconocida,
siempre en actividad, siempre fecunda;
que sin cesar hace brotar la vida
en la nada profunda!
Alma ardiente, jigante, creadora,
que hace estallar con ritmo soberano
en el caos la aurora,
i el pensamiento en el cerebro humano!

V

Levántate, oh Mujer! Anda. No temas.
No existe ya la fiera tiranía

que fulminó con torpes anatemas
la eterna lei de tu derecho al dia.
El gran dios del progreso
ya derribó, como una sombra vana,
al dios del retroceso
del santo altar de la conciencia humana.

VI

A traves de radiantes claridades,
dondequiera se escucha
estrépito de sordas tempestades,
fragor de recia, formidable lucha.
Es el ritmo del yunque poderoso
donde, cumpliendo su inmortal tarea,
el pensamiento humano, sin reposo,
elabora los rayos de la idea!

VII

A los golpes suprémos
con que todo a su paso lo estremece,
desde su centro el orbe a sus estremos
palpita, resplandece.
No lanzan a la faz de lo infinito
relámpagos mas grandes
los volcanes que horadan el granito
de los eternos Andes.

VIII

Levántate, oh Mujer! Ya en tu camino
no hai tinieblas de muerte
que oscurezcan el sol de tu destino.
Con el gran porvenir de las naciones
ya para siempre confundió tu suerte
la lei de la eternas mutaciones;
eterna lei de redencion que ha hecho
de este siglo de gloria
el siglo de la luz i del derecho,
el siglo mas jigante de la historia!





Requiem

EN LA ESCOMUNION ARZOBISPAL CONTRA EL DIARIO "LA LEI"

A Marcial Cabrera Guerra

I

Oh Dogma! Duerme en paz. No te sacudas.
No turbes el banquete que en tu arcano,
allá en tu noche de tinieblas mudas,
celebra en tu cadáver el gusano.

Duerme en paz! No acontezca que el pro-
alzando tu cadáver de la escoria, [greso,
lo haga comparecer a tu proceso,
clavado en el banquillo de la historia.

No sea que el Progreso que fulminas
evoque tus ridículos vestiglos;

í alzando tu cadáver de las ruinas,
lo esponga ante la mofa de los siglos.

Ayer tú, con hipócritas asombros,
te armaste con la tea de tu infierno,
reduciendo a fátidícos escombros
el templo augusto del Progreso eterno!

Hoi el rayo de tu odio sin empuje
describe en vano tenebrosas curvas,
haciendo sólo, cada vez que ruje,
reir a carcajadas a las turbas!

II

Duerme en paz! Ya el altar de tus falsías
al peso del error se desmorona.
El Progreso inmortal es un Mesías:
cuando lo insultas tú, Dios lo corona.

Resígnate a tu trájico destino
dentro de tu sárcofago de barro.
No insultes al Progreso en su camino:
empuja Dios las ruedas de su carro.

Hunde tus locas; impotentes iras
bajo tu roto casco de batalla.
No provoques a Dios con tus mentiras,
porque el rayo de Dios al fin estalla.

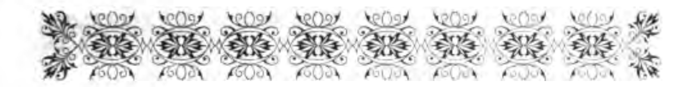
III

Duerme en paz! No interrumpas la tarea
de las vastas i audaces muchedumbres
que leen en la biblia de la idea
la inmensa apocalípsis de las cumbres.

Ellas marchan en triunfo a los confines
del horizonte azul del penzamiento,
con el verbo inmortal de los clarines,
con la bandera de la luz al viento.

Marchan al porvenir entre arreboles,
a traves de los ámbitos profundos,
saludando a su paso nuevos soles,
tomando posesion de nuevos mundos.

La ruta que entre roncas tempestades
bajo el dedo de Dios prosiguen ellas,
comienza mas allá de las edades,
termina mas allá de las estrellas!



A la juventud radical

En la inauguracion del "Club Atlético Social Manuel Antonio Matta"

A Ramon Liborio Carvallo

I

Salve a tí, Juventud, que altiva clavas
bajo el fragor del huracan deshecho,
sobre las cumbres bravas,
la enseña del derecho!
Jamas te vió el dios Marte
abandonar enclenque
tu glorioso estandarte
sobre la ardiente arena del palenque.
Siempre te vió en la brecha,
luchando sin desmayo;

i respondiendo al golpe de la fleeha
con el golpe titánico del rayo!

II

Hoi solloza la patria bajo el peso
con que audaces la oprimen
los eternos verdugos del progreso,
los eternos apóstoles del crimen!
Son ellos los que insultan su alto rango,
i escupen sus altares,
i arrastran por el fango
sus lauros seculares!

III

Tú estás de pié. Tú escuchas
resonar en los lóbregos confines
la marsellesa de las grandes luchas
en los grandes clarines!
Tú estás de pié. Tú sola,
eon fé que no desmaya,
oyes bramar la ola
con que estremece el huracan la playa!
Tú estás de pié! Tú rujes
sobre la vieja nao
con los recios empujes
de Matta i de Bilbao!

IV

Arriba, Juventud! Es ya el momento
del jeneroso corazon que late
con el sonoro, formidable acento
del bronce del combate!
cuando el derecho grita
i la conciencia estalla,
la idea es dinamita,
la palabra es metralla!
Firme como los vástagos soberbios
de los soberbios troncos,
templa tus recios nervios
con tus clarines roncos.
Esculpe tu decálogo en tu tabla
con el verbo que vive
de la tribuna que habla,
de la pluma que escribe!
Es tuya la grandiosa i santa herencia
de inmarcesible gloria
de la marcha triunfal de la conciencia
a traves de la historia!

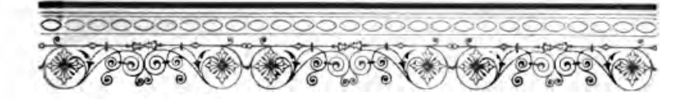
V

Salve a tí, Juventud, que nunca olvidas,
en los dias supremos,
que los que no batallan son suicidas,

que los que son suicidas son blasfemos!
Salve a tí, que a la oscura muchedumbre
que en el abismo llora,
le muestras una cumbre,
le muestras una aurora!
Salve a tí, que en tu intrépida tarea
alzas el pueblo siervo
al trono de la idea
en las alas del verbo!



POESÍAS VARIAS



El Toqui

FRAGMENTO PRIMERO

I

Cien lustros desde entónces!—El sol cae,
dejando sobre el mar en lontananza,
delante de la tierra *Promaucae,*
la enorme mancha roja de una lanza!

La luna se alza en pos—de risco en risco—
sobre la cresta de los Andes pardos,
mostrando el haz de su siniestro disco
como un carcaj de flechas i de dardos!

Las olas de los golfos, tras las brumas,
sus cárdenos penachos despedazan.

I rujen, tras las cúspides, los *pumas*
debajo de los *cóndores* que pasan!

Sacuden los laureles i los robles
el ancho ruedo de sus copas sordas,
remedando el fragor de los redobles
del choque estrepitoso de cien hordas!

El *Lonquimai* i el *Llaima,* desde el seno
de sus ardientes i atrevidos conos,
arrojan el relámpago i el trueno,
como reyes erguidos en sus tronos!...

II

Dos *Úlmenes* de frente ya caduca,
encorvándose al peso de su espalda,
se alejan en silencio de una *ruca*
por el zig-zag de una escarpada falda.

Son dos esfinjes de granito i nieve
que no revelan ni dolor ni alegro
debajo de la noche que se mueve
con un vago i estraño temblor negro.

Suben.—Penetran en un vasto bosque.
I el Austro—que los árboles arranca—
bate sobre sus hombros el enrosque
de su salvaje cabellera blanca.

Llevan asida con su mano inerte
la mano de un doncel i una doncella.
El doncel es gallardo, altivo i fuerte.
La doncella es jentil, graciosa i bella.

Llegan al pié de una jigante roca
que conserva en sus ásperos soslayos
las agrias huellas de la furia loca
del recio contragolpe de cien rayos.

En un peñasco que su cuello alarga
en la penumbra lóbrega de él mismo,
con una majestad fatal i amarga,
sobre las soledades de un abismo.

En un peñasco secular que encierra,
debajo de su abrámide de sauco,
todos los ecos del Pean de guerra
de los antiguos hércules de Arauco.

Es cóncavo i glacial. Le da el encuentro
de la pálida luz de su vestíbulo
con la lívida sombra de su centro,
tintes de tabernáculo i patíbulo.

Templo del Dios *Pillan* i su Aquelarre,
no hai una piedra en su recinto infausto
que la leyenda bárbara no narre
de algun sangriento i fúnebre holocausto!

Cuando soplan a un tiempo de los Polos
el Austro vencedor i el Bóreas fuerte,
tambien él i el abismo entablan solos
un formidable diálogo de muerte!...

III

Los dos *Úlmenes* juntan sus mejillas
a las mejillas de los dos mancebos,
cuyas almas agrestes i sencillas
arden i hierven como dos Erebos.

Los dos entran con ellos paso a paso
a la estraña caverna de granito,
despues de haberse vuelto hácia el Ocaso,
murmurando las fórmulas de un rito.

Atraviesan el antro como espectros,
mezclando el coro de su voz convulsa
al ronco romaten de los cien plectros
que al borde del abismo el Austro pulsa!

Se pierden como fúnebres siluetas
en su ámbito recóndito i oscuro,
haciendo resonar entre sus grietas
el compas de un monótono conjuro.

Se hunden allá en sus bóvedas tranquilas,
escrutando sus lóbregos contornos

con la antorcha febril de sus pupilas
que resplandecen como ardientes hornos!

Se detienen delante de una piedra,
debajo de la trémula penumbra
de una vetusta enmarañada yedra
que desde el vasto mar la luna alumbra.

Ven entónces temblar de hueco en hueco
cada destello de la luna escasa,
como un lejano, pavoroso fleco
del último sudario de su raza!...

IV

Es la piedra del antro un Altar sacro
que en un ángulo erial, que el Austro barre,
muestra en relieve el doble simulacro
del fiero Dios *Pillan* i su Aquelarre.

El fiero Dios *Pillan* crispa su diestra,
dilatando sus músculos potentes.
I ostenta en torno de su sien siniestra
un horrendo penacho de serpientes.

Descuella por el alto i ancho porte
de su rijido molde lapidario.
Está de pié. Desplega contra el norte
la temible actitud de un Sajitario!

Su Aquelarre fatal es una orjía
donde arde el corazon i el alma estalla.
Tiene espamos de triunfo i de agonía,
delirios de festin i de batalla.

Los *Machis* de los verdes archipiélagos
celebran sus misterios subterráneos.
I orlados de fatídicos murciélagos,
liban brevajes en enormes cráneos.

Los *Toquis* representan una danza
sin derrotero, ni compas ni yugo,
en derredor de una tremenda lanza
clavada en las entrañas de un verdugo.

Es el verdugo un gladiador ya inerte
que sus arpones en sus carnes hinca
i evoca entre sus vértigos la muerte!—
Es un Monarca del Imperio *Inca!*

V

Los Úlmenes de frente ya caduca
juran delante de su Dios sin émulo,
en nombre de su patria i de su *ruca,*
con eco a un tiempo amenazante i trémulo.

El uno jura así:—Primero se abra
bajo mis piés la tierra *Promaucae,*

ántes que ser traidor a la palabra
que al altar de *Pillan* mi labio trae!

Ulmen:—Hoi no podemos como ancianos
defender como ayer nuestros terruños,
sin sentir resbalar de nuestras manos
la lanza que blandieron nuestros puños!

Ya no podemos descargar la maza!—
Somos dos presas de la edad inerme!—
I hoi que el *Inca Tupac* nos amenaza
toda la tierra *Promaucae* duerme!

Tupac prepara ya su postrer horda
con todo el formidable empuje suyo.
I sobre el *Bio-Bio* ya desborda
las huestes del feroz *Tavantisuyo.*

Ya no puede abrigarse duda alguna
del presajio fatal que el Bóreas trae.
Habrá lucha ante el Sol i ante la Luna,
entre *Tavantisuyo* i *Promaucae.*

¡Ai!—Pero nuestra raza ya no existe!
No es ya mas que una momia! No se mueve!
Brota la hiel de mi pupila triste
como brota el arroyo de la nieve!

¡Oh dolor!—Yo recuerdo i tú recuerdas
cómo tus hijas i mis hijos ciertos
fueron atados con horrendas cuerdas
i fueron ellas siervas i ellos muertos!

El raudal de mis lágrimas se agota
siempre que con los ojos en tí fijos
evoco la fatídica derrota
que ayer perdió tus hijas i mis hijos.

No pudimos triunfar de la pujanza
de que entónces como ántes hizo alarde,
al cruzar con su lanza nuestra lanza,
la magnitud del número cobarde!

Pero si la edad tuya con la mia
el negro luto en nuestras almas siembra,
podemos consolarnos todavía!—
Yo conservo un varon i tú una hembra!

Desposémoslos, pues! Los dos son bellos.
Ella vibra ya el laqui i él la maza.
Renacerá de las entrañas de ellos
mas audaz i mas fuerte nuestra raza!

Yo juro por *Pillan* que si ella quiere
mezclar su sangre con la sangre suya,
él en las manos de su padre muere
si no mezcla mi estirpe con la tuya!...

—I el otro jura así:—Bendita sea
mi última hija entre mis hijas todas
si unirse a tu hijo último desea!
si son sus bodas unas mismas bodas!

Yo juro por *Pillan*—ante el abismo—
que ella tambien, si acaso lo rechaza,
muere en las manos de su padre mismo
por vil traidora de su misma raza!

Ulmen.—Yo como tú tambien celebro
la union de nuestros vástagos mas caros.
I a los piés de *Pillan* mi lanza quiebro
con todos mis postreros bríos raros!

Pero es preciso que tambien sus bodas
cumplan las formas del solemne rito
que a los connubios de las tribus todas
por nuestros *Machis* les está prescrito.

Es preciso que él mismo la rescate
como un guerrero valeroso i apto,
empeñando el intrépido combate
de su atrevido i temerario rapto.

Si sus bodas el rito no cumplieran,
el sol les negaria sus destellos;
i por la luna para siempre fueran
malditas ellas i malditos ellos!

VI

Se acercan el doncel i la doncella
al Altar de *Pillan* con aire noble,
viendo él la gracia de la palma en ella,
viendo ella en él la majestad del roble.

El ruje entónces:—¡Oh Úlmenes bravíos!
Juro por la Estacion de los laureles
en que yo al Sol abrí las ojos mios
seros siempre el mas fiel de los mas fieles!

Ella i yo somos niños todavia!—
Pero ella i yo, desde el albor mas tierno
unimos su alegría i mi alegría
con la promesa de un amor eterno!

Despues sopló el dolor!—Cayeron juntos
allá, en su juventud soberbia i bella,
mis cien hermanos, como cien difuntos!
como cien siervas las hermanas de ella!

Cayeron en la arena del palenque
donde, contra los libres i los bravos,
amontona *Tupac* con su rebenque
sus hordas de *Curacas* i de esclavos!

Entónces ella i yo lo unimos todo:—
el recuerdo, el amor i la esperanza,
i la sangre, i las lágrimas i el lodo!—
I juramos el odio i la venganza!

I oyeron nuestro eterno juramento
contra el cruel i feroz *Tavantisuyo*,
el *Lonquimai* i el *Llaima* allá en su asiento;
i la Luna i el Sol allá en el suyo!...

—I ella suspira:—Juro por mi cuna
i la Estacion de los nevados lirios
en que yo abrí los ojos a la Luna,
que son mi Patria i él, mis dos delirios!...



FRAGMENTO SEGUNDO

I

Aurora!—Pronto el sol desde los Ortos
quebrará su primer destello brusco
en los viejos alcázares absortos
de la meseta colosal del *Cuzco*.

El *Cuzco* es el Olimpo de los reyes
del gran *Tavantisuyo*—siempre en guerra.

El dilata sus dogmas i sus leyes
hácia los cuatro vientos de la tierra!

La enorme multitud de la Cosmópoli
se agolpa en la llanura larga i ancha
desde donde se impone a la Metrópoli
con sus cúpulas de oro el *Caricancha*.

Aguarda entre el asombro i el desmayo,
como un pálido mónstruo multimembre,
la gloriosa esplósion del primer rayo
del sagrado solsticio de diciembre.

Aguárdala en silencio.—Lleva galas
alternadas de múltiples maneras
con todos los arpones i las alas
de su fauna de buitres i panteras.

Hasta el mismo monarca en su marasmo,
con los ojos clavados en la cumbre,
siente vibrar sobre su trono el pasmo
que ajita como un mar la muchedumbre.

Está de pié sobre su trono.—Lleva
en cada rejia mano soberana
un terso cáliz que temblando eleva
hácia la majestad de la mañana.

De sus láminas de oro—que se embuten—
salta el licor que el *yanacona* estrae
del virjinal, inmaculado glúten
del *magüei* de la tierra *Promaucae.*

II

Crece la turbacion.—El sol estalla
sobre los Andes de nevados ámpagos,
vibrando sobre el piélago sin valla
su formidable cetro de relámpagos.

Brota de todas las ardientes bocas
un mismo i solo i jigantesco grito
que hace repercutir todas las rocas
de todas las montañas de granito!

Rueda sobre los páramos resecos,
mas allá de las cúspides de escarcha,
con los estraños, pavorosos ecos
de una lejion de truenos puesta en marcha!

El gran Monarca—con respeto sumo—
lleva a su labio el cáliz de su diestra,
presentando a su vez al *Villacumo*
el cáliz de su trémula siniestra.

Los mil *Curacas* con sus mil coronas
deponen sus espíritus protervos,

libando con los viles *yanaconas*
que son los siervos de sus mismos siervos.

Abre el baile sus círculos neuróticos
debajo de la atmósfera serena
al compas de los cánticos eróticos
con que rasga los céfiros la *quena!...*

III

La noche se levanta en las colinas
con su pálido *llauto* de topacios,
en medio del fragor de las bocinas
con que el Bóreas recorre los espacios.

El *Misti* allá a lo léjos reverbera
los rayos de sus trájicos enconos,
encima de la eterna Primavera
que se estiende a los piés de sus cien conos.

Cruzan sus llamaradas estentóreas
el *Titicaca* inmenso de olas glaucas
sobre las roncas ráfagas del Bóreas
hácia la vasta tierra de los *Aucas.*

Cada gran llamarada que ilumina
las nubes que del polo el Bóreas trae,
lleva envuelta en su cólera la ruina
de la soberbia raza Promauce!

IV

El palacio imperial alza i dilata
hácia la roja púrpura de lo Alto
sus cien bruñidas cúpulas de plata
sobre sus mil columnas de basalto.

Sus cúpulas de vértices ciclópicos
que ignoran el baldon i el vilipendio,
fulguran en las brumas de los trópicos
como los cien fanales de un incendio.

El gran Monarca—valeroso i cauto—
preside en la mas vasta de sus salas,
armado de su cetro i de su *llauto*,
sus mil *Curacas* de penachos de alas.

Cuando yergue la sien i alza la diestra,
brilla con un estraño fulgor tetro,
en medio de la atmósfera siniestra,
el oro de su *llauto* i de su cetro!

Los mil *Curacas* como recios troncos,
temiendo todos que la tierra se abra,
sienten vibrar entre los muros roncos
como rebote de hacha su palabra!

Les recuerda de pié, bajo la gloria
de su docel de misteriosas plumas,
los Dogmas, i las Leyes i la Historia,
entre golpes de rayos i de espumas!

No sacudió jamas el mar huraño
con sus trombas de fuego el promontorio,
como él sacude con su acento estraño
el salvaje volcan de su auditorio!

V

Dice *Tupac:*—¡Oh mi glorioso imperio
que besas mis sandalias i mis huellas!
Yo desciendo al arcano del Misterio
i leo tu destino en las Estrellas.

Yò desciendo al arcano de las *Huacas*
que como tabernáculo Tú encomias!
i siento resonar bajo sus placas
el monólogo eterno de sus Momias!

¡Oh mis *Curacas* ínclitos! Es bello
dilatar bajo el Sol las altas Leyes
que de *Manco Capac* i *Mama Oello*
recibió la lejion de vuestros Reyes!

Es bello alzar la Enseña que redime
de la vil podredumbre de su carie

las ruines tribus nómades que oprime
con sus garras de buitre la barbarie!

Es bello abandonar las blancas tiendas:
i unir bajo los bélicos equipos
una Leyenda mas a las Leyendas
que desde cada Atlas narran los *Quipos!*

Los *Quipos* con sus nudos de colores
narran la gloria secular sin mancha
con que ante el Sol mis diez predecesores
penetraron en triunfo al *Caricancha.*

Ellos llevaron su pujante brazo
por rejiones estériles i arbóreas:
los unos hácia el Orto i el Ocaso;
los otros hácia el Austro i hácia el Bóreas!

Si el dia que en la *Huacas* yo me escombre
su leyenda i la mia no son una,
maldiga el Dios *Pachacamac* mi nombre
como padre del Sol i de la Luna!

¡Oh mis Curacas ínclitos!—Existe
detras del caudaloso *Bio-Bio*
una indómita raza que resiste
al golpe arrollador del brazo mio!

Es una fuerte i arrogante raza
que allá en su audacia temeraria i única
usa rodela en cambio de coraza
i arrastra el *poncho* en cambio de la túnica.

Es la bárbara raza *Promaucae*
que al ronco somatin de sus bocinas,
cuando en los charcos de su sangre cae
se alza siempre mas grande de sus ruinas!

De las tribus que atruenan con sus voces
el vasto *Bio-Bio* de olas glaucas,
descuellan por el odio a nuestros Dioses
los cuatro *Butalmapus* de los *Aucas*.

La siniestra lejion de sus guerreros—
siempre sorda a los nuevos infortunios—
ultima sin piedad sus prisioneros
a la luz de los blancos Plenilunios.

Los ata contra el pié de sus laureles,
de sus robles, sus olmos i sus lumas,
con el nudo fatal de los cordeles
de los recios tendones de sus *pumas*.

Los hiere entre sangrientos devaneos
con sus hondas, sus picas i sus hachas,
entonando salvajes *chevateos*
que arrastra el Austro con sus roncas rachas.

Los inmola despues de que el martirio—
sin escepcion de muchos ni de pocos—
los ha lanzado a todos al delirio
i uno por uno los ha vuelto locos!

¡Oh mis *Curacas* ínclitos!—Les narran
llenos de horror mis *chasquis* a mis greyes
la cólera brutal con que desgarran
los cuatro *Butalmapus* vuestros reyes.

Los *Butalmapus* en sus iras locas
arrojan en las lóbregas vorájines
de las infames i malditas bocas
del *Lonquimai* i el *Llaima* sus imájenes!

Raza del cruel *Pillan!*—Hai que abatirla
para poder un dia levantarla,
para poder un dia redimirla,
para poder un dia iluminarla!

Yo he resuelto lanzarme contra ella
para que desde el último misterio
contemple con asombro cada Estrella,
los remotos confines de mi Imperio!

Yo he resuelto vengarme del insulto,
del insensato i miserable ultraje
con que arroja a los Dioses de mi culto
la espuma de su cólera salvaje!

No me importa la arena ni la escarcha!
Yo he resuelto querer si ella no quiere.
Yo he resuelto marchar si ella no marcha.
Yo he resuelto morir si ella no muere!

Yo juro por mi *llauto* i por mi cetro
que solo escapará de mi alto encono
si abjura de rodillas su odio tetro
ante el Altar del Sol i ante mi trono.

¡Oh mis *Curacas* ínclitos! Arriba!
los *Úlmenes* de larga crin deshecha,
de montaña en montaña primitiva,
hacen ya contra Mí *correr la flecha!*

Sé que celebran con fragores de ola
el connubio de Reyes—no de esclavos—
del hijo solo i de la hija sola
de los dos viejos *Úlmenes* mas bravos!

Celébranlos con músicas estrañas,
porque—segun los *Machis* del Dios suyo—
saldrá de sus fatídicas entrañas
el Verdugo del gran *Tavantisuyo!*

Arriba, pues, mis ínclitos guerreros!
Es un negro baldon—que yo rechazo—
que una raza que insulta nuestros fueros
ponga a raya mi brazo i vuestro brazo!

Es una eterna, colosal vergüenza
que una raza sin dogmas i sin Leyes
insulte siempre la grandeza inmensa
de vuestros Dioses i de vuestros Reyes!

Juro que por vencer el odio tetro
de sus tribus indómitas i agrestes,
haré fundir el oro de mi cetro
para forjar las lanzas de mis huestes!

Arriba, pues, mis ínclitos *Curacas!*
Lanzad vuestras lejiones tras mis huellas!
Yo leo en las Estrellas i en las *Huacas!*
Lanzadlas sin temor!—Yo voi con ellas!

VI

El *Curaca* mas jóven i mas fuerte
avanza ante *Tupac* i se arrodilla,
despidiendo un relámpago de muerte
que por la vasta sala rueda i brilla.

Es el *Curaca* de *Arequipa.*—Nadie
contra la raza de los *Aucas* tiene
un odio igual, que como el suyo irradie;
un odio igual, que como el suyo truene!

Es su sangrienta i única esperanza
aventar entre vértigos i asombros.

bajo el ronco huracan de su venganza,
hasta sus negros i últimos escombros!

Liba en un ancho cráneo al pié del *Misti*,
como la hirviente sangre *Promaucae*,
la espuma del fatal *Lacrima Cristi*
que del *maguei* el *Yanacona* estrae!

Dice el *Curaca* de *Arequipa*:—¡Oh fuerte!
Vos llevais con la paz o con la guerra
la enseña de la vida o de la muerte
desde un límite al otro de la tierra!

Os proclaman de pié vuestras Comarcas
del *Maule* al *Guayas*, de *Atacama* a *Cuyo*,
el primero de todos los Monarcas
del soberbio i audaz *Tavantisuyo!*

Una sola de todas vuestras sendas
basta para eclipsar con sus fulgores
los fulgores de todas las Leyendas
de todos vuestros diez predecesores!

Yo no temblé jamas cuando sin valla
crucé el desierto i escalé el picacho,
bajo la tempestad de la batalla,
detras de vuestro fúljido penacho!

¡Oh recuerdo fatal!—Era un crepúsculo.
Batíame detras del *Bio-Bio.*
I caí sin aliento—sin un músculo—
prisionero del *Úlmen* mas bravío!

Me ataba ya contra un vetusto roble
para herirme i romperme i ultimarme,
cuando sonó de súbito el redoble
con que marchasteis Vos a libertarme!

I el *Úlmen* vive aun! I es hijo suyo
el gladiador que con siniestro alegro
unió contra el audaz *Tavantisuyo*
al odio de una vírjen su odio negro.

El jóven gladiador es hoi el *Úlmen*
del remoto i salvaje *Carelmapus.*
I es tambien por su talla de alto cúlmen
el *Toqui* de los cuatro *Butalmapus.*

Antes que el odio miserable i ciego
que rompe la corteza de su taima,
se apagará primero el mar de fuego
del corazon del *Lonquimai* i el *Llaima!*

Mandad a los *Curacas* que me escuchen!
Juro por vuestro mismo gran mandato
que las lejiones que por Vos no luchen
son dignas de la muerte!—I yo las mato!...

FRAGMENTO TERCERO

I

Noche.—Los blancos astros reverberan
desde sus vastas órbitas tranquilas.
I parecen llorar como si fueran
millares de millares de pupilas.

Avanzan cien lejiones estertóreas
con un silencio sepulcral de claustro:
las unas desde el Austro contra el Bóreas;
las otras desde el Bóreas contra el Austro...

Madre Naturaleza.—Si tú miras
marchar tus hijos llenos de odios grandes,
alza, pues, con tu amor entre sus iras
una valla mas alta que los Andes!

Si no abres a traves de los abismos
los brazos de tu amor como custodios,
no podrán detener los Andes mismos
el bárbaro estallido de sus odios!

No verá nunca ni la misma Zona
que abre al Sol tropical sus lontananzas,

chocar las nubes de su gran corona
como las rojas puntas de sus lanzas.

Van a estrellar con ímpetu bravío
contra su pecho audaz su brazo fuerte.
Será su estraño cuerno el *Bio-Bio*.
Será su estraño símbolo la muerte!

II

El *Úlmen* del remoto *Carelmapus*,
avanza como el *Toqui* de las hordas
de los cuatro soberbios *Butalmapus*,
cruzando un negro mar de selvas sordas.

Lleva sueltos los lóbregos enrosques
de su larga i revuelta cabellera,
bajo el trájico soplo de los bosques
del pié de la nevada Cordillera.

Avanza en pos de su lejion de *pumas*
al vasto *Bio-Bio* de olas glaucas,
que aguarda entre relámpagos i espumas
el choque de los *Incas* i los *Aucas*.

Cuando bate su larga i ancha penca
estremeciendo al *Cóndor* del picacho,
estalla en sus pupilas de ancha cuenca
un volcan que ilumina su penacho!

Cuando a la léjos su índice levanta
desde las altas cúspides arbóreas,
siente su audaz lejion bajo su planta
temblar la Tierra desde el Austro al Bóreas!

III

El Rei *Tupac* conduce desde el Norte
sus mil *Curacas* como mil atletas
marchando como un Sol ante su corte
de soberbios i fúljidos planetas.

Entre sus mil *Curacas* ciclopeos,
cuya silueta el ámbito disipa,
descuella por su talla i sus arreos
el ínclito *Curaca* de *Arequipa*.

El gran *Curaca* evoca el gran crepúsculo
en que detras del ronco *Bio-Bio*
él cayó sin aliento—sin un músculo—
prisionero del *Úlmen* mas bravío.

Evócalo en silencio.—Lo recuerda
bajo la negra imájen de la muerte,
bajo la negra imájen de la cuerda
ya próxima a tronchar su cuello inerte.

Jura por las Estrellas que iluminan
el lóbrego horizonte en lontananza

que hasta las huestes que tras él caminan
temblarán bajo el choque de su lanza!

Jura que el hijo colosal del *Úlmen*
bajo su lanza—que *Tupac* encomia—
rodará con su talla de alto cúlmen
delante de sus piés como una Momia!

IV

Los trájicos i fieros Sajitarios
van detras de *Tupac* i los *Curacas,*
evocando los Manes funerarios
que se ciernen en torno de las *Huacas.*

Al lento son con que la noche hieren,
evocan en la sombra lo que adoran:
unos sus padres que a lo léjos mueren;
otros sus hijos que a lo léjos lloran.

Les parece en su cólera guerrera
que el *Chasquis* misterioso de los vientos
en sus ráfagas sordas les trajera
murmullos de agonías i lamentos!

Evocan como un eco que se pierde,
la lluvia de los trémulos hisopos
con que un dia rociaban la mies verde
de sus amenos i fecundos *Topos!*

Le gritarian a *Tupac:*—No luches!
Detente en tu fatídico desfile.
Vas contra los indómitos *Moluches*
del negro Valle donde grazna el *Trile!*

Pero ninguno con su voz se atreve
a gritarle a *Tupac* lo que medita.
El jesto de *Tupac* pone la nieve
en cada atrevimiento que palpita!

V

Tupac con su agrio látigo—que eleva—
avanza en pos de sus *Curacas* bravos,
como un tirano que sus pueblos lleva
al mercado del triunfo como esclavos.

Escucha que le grita la victoria
siempre *Adelante!* nunca *Vade retro!*
I avanza altivo a redoblar la gloria
del oro de su *llauto* i de su cetro.

Lanzará sus enormes multitudes
al pais del *Copihue* i de la yedra
como otros tantos bárbaros aludes,
no dejando ni piedra sobre piedra!

Cruzará montes, páramos i abismos,
arrollando Aquelarres i Fetiches,

hasta llegar a los confines mismos
del lóbrego pais de los *Huilliches!*

Llevará siempre incólume la Enseña
con que bajo los astros Él lejisla.
Irá a clavarla en la mas alta peña
que alza en el mar la mas remota isla!

Tupac marcha soñando sueños grandes
ante la inmensidad que en torno abarca.
Ya ve alzarse mas alta que los Andes
su talla de guerrero i de Monarca!

VI

Saluda el *Bío-Bio* desde abajo
con la música ronca i primitiva
de su jigante *Quena* de cascajo
al Sol que lo saluda desde arriba.

Semeja con sus ondas i sus crestas
una llanura colosal i huraña,
cubierta con fantásticas fiorestas
de una púrpura trájica i estraña.

Tupac i el *Toqui*—bajo el Sol que oscila—
llegan a sus riberas de ancho trecho,
con un lampo de sangre en la pupila,
con un trueno de cólera en el pecho.

Llegan los dos a un tiempo.—I al mirarse,
lanzan los dos el estridente grito
con que el Bóreas i el Austro al estrellarse
bambolean las moles de granito!

Responden los *Curacas* i los *Úlmenes*
con una tempestad de acentos roncos,
empinando ante el Sol los altos cúlmenes
de sus tallas robustas como troncos!

Responden enseguida sus lejiones
de siniestra i famélica tarasca,
con el sordo fragor de los ciclones
con que azota los mares la borrasca!

Tiembla la Tierra i el Espacio truena
a traves de los ámbitos nefastos
de la pálida atmósfera serena
de los profundos horizontes vastos!

VII

El *Toqui* aposta su lejion de *pumas*
detras del *Bio-Bio* de olas glaucas,
hácia lo largo del cordon de espumas
que azota los peñascos de los *Aucas.*

No abriga duda ni temor.—La aposta
delante del estremo del estadio

que separa una costa de otra costa
con su mas amplio i accesible radio.

Deja solas las márjenes cercanas
hácia la apuesta i escarpada márjen,
porque no hai ni habrá nunca caravanas
que provoquen sus olas i las tarjen!

Sus olas apretadas por sus bordes
de líquenes i helechos i cilantros,
arrojan a las nubes sus acordes
con la voz pavorosa de cien antros!

El *Toqui* no se mueve.—*Tupac* ruje
desde un agrio peñon de su ribera,
ante el soberbio, temerario empuje
del impávido *Toqui* que lo espera.

El *Toqui* está de pié.—Sus *pumas* bravos
serán el recio i áspero baluarte
donde verá *Tupac* con sus esclavos
estrellarse su último estandarte!

Para cruzar el *Bio-Bio* mismo
Tupac envano invocará sus *Huacas!*
Tendrá primero que teñir su abismo
con la sangre de todos sus *Curacas!*

VIII

Los mil *Curacas*—con silencio estático—
forman al Sol—que sus penachos dora—
un vasto semi-círculo emblemático
en torno de *Tupac*, que los perora.

Tupac prorrumpe con terrible acento:—
¡Oh mis *Curacas* ínclitos!—Que asombre
al *Lonquimai* i al *Llaima* allá en su asiento
con su esplosion de gloria vuestro nombre!

El Sol es con nosotros!—El Sol brilla
para guiar al triunfo vuestros pasos,
bruñendo las mil lanzas sin mancilla
de vuestros firmes i potentes brazos!

Vais a marchar por las abruptas sendas
que a traves de las flechas que desgarran
conducen a las ínclitas Leyendas
que desde cada Altar los *Quipos* narran!

Cantará vuestro nombre ante los Dioses
entre nubes de aromas i de rayos,
atronando el espacio con sus voces,
el coro de los cien *Quipocomayos!*

Los cien *Quipocomayos* de mi Imperio
lo irán a descifrar entre olas de humo
allá en las urnas de oro del misterio
que recibió del Sol el *Villacumo!*

Oh mis *Curacas* ínclitos!—Os digo
que el mismo raudo *Cóndor* que se espacia,
será pronto el atónito testigo
del prodijio mayor de vuestra audacia!

Mi fé no tiene límites!—Es justa!
Yo sé que vais a entrar a la palestra
con la conciencia indómita i augusta
de que al fin la victoria será vuestra!

Yo sé que vais a entrar a la batalla,
llevando en vuestras lanzas el empuje
del formidable rayo con que estalla
el gran *Tavantisuyo* cuando ruje!

Tendreis despues—como ínclitos Vasallos,
en la sacra penumbra del misterio
de vuestros mil espléndidos serrallos,
las vírjenes mas bellas de mi Imperio!

Partiré con vosotros las Comarcas
que van a contemplar vuestro desfile.
I yo seré un Monarca de Monarcas
sobre la Tierra del *Huemul* i el *Trilé!*

Pero ántes os declaro que vosotros,
con la lejion que cada cual equipa,
debeis marchar los unos i los otros
a la voz del *Curaca* de *Arequipa!*

Oh gran *Curaca* de *Arequipa!*—Espero
que el ronco *Bio Bio* de olas glaucas
verá alzarse tu talla de guerrero
mas alta que los robles de los *Aucas!*

Espero que la lanza que fulminas
cruzará por los cuatro *Butalmapus*,
amontonando ruinas sobre ruinas,
hasta llegar al mismo *Carelmapus!*

Espero que la lanza que tú blandes
contra el pais del *puma* i el murciélago
llegará, con asombro de los Andes,
hasta el confin del último Archipiélago!

Arriba, pues! Recuerda el gran crepúsculo
en que detras del ronco *Bio Bio*
caiste sin aliento—sin un músculo—
prisionero del *Ulmen* mas bravío!

FRAGMENTO CUARTO

I

Sol meridiano.—Como un dardo a plomo
cada destello de su disco cae
sobre el abrupto i escarpado lomo
de la gran cordillera *Promaucae.*

El Austro por los ámbitos resbala.
I ruje i vuela. I amenaza i sopla.
I sacude i ajita cada ala
como una recia i colosal manopla!

La cordillera *Promaucae* siente
temblar sus promontorios de agrios flancos
al fragor con que el piélago rujiente
bate a las nubes sus penachos blancos!

II

Alza *Tupac* su trono de campaña
sobre un peñon de la ribera inculta,
para observar desde su cresta huraña
la derrota del *Toqui* que lo insulta.

Los *Curacas* empujan con firmeza
la gran lejion que cada cual equipa,
i llevan con orgullo a su cabeza
al ínclito *Curaca* de *Arequipa*.

Cruzan el caudaloso *Bio Bio*.
I dejan tras su paso—sobre el agua—
cigzajes que enrojecen el vacío
con sangrientos relámpagos de fragua.

Abren la marcha audaz los sajitarios—
a cual mas empinado i mas derecho—
desgarrando los cárdenos sudarios
con que azota la espuma su ancho pecho.

Despues desfilan las enomes huestes
de lanza i hacha, de macana i maza,
atronando los ámbitos agrestes
con los himnos guerreros de su raza.

Tupac está de pié.—*Tupac* conserva
en derredor de su fatal tizona
la formidable, colosal reserva
de la Guardia Imperial de su persona.

III

El *Toqui* ve a los fieros sajitarios
crusar el *Bio Bio* de olas glaucas.

I él opone a sus arcos temerarios
los mortíferos arcos de los *Aucas*.

Aguarda inmóvil—tras un ronco sauce
batido por cien ráfagas deshechas—
que lleguen hasta el centro de su cauce
para envolverlos en un mar de flechas.

Los ve llegar al fin.—I a un tiempo mismo
del arco de los *Úlmenes* gallardos—
él hace rebotar contra el abimo
un torbellino de sangrientos dardos!

IV

Los sajitarios rujen.—Mas no arredra
la lucha desigual su atrevimiento.
Avanzan sin cesar—de piedra en piedra—
con el carcaj al sol i al arco al viento!

Atraviesan impávidos los charcos
con que tiñe las raudas olas glaucas
la tempestad que parte de los arcos
de la lejion mas fiera de los *Aucas!*

Las rocas de los *Aucas* los atraen.—
Marchan clavando en ellas las pupilas,
sin mirar los cadáveres que caen
dejando negros huecos en sus filas.

El disco cenital del sol se esconde
tras el diluvio de los roncos dardos
con que su arco fatídico responde
al arco de los *Úlmenes* gallardos!

Se detienen de súbito.—Comprenden
que solo abordarán la costa brava
los lívidos cadáveres que tienden
los arqueros del *Toqui* con su aljaba!

Es que llenos de horror—delante de ellos,
en medio de las olas que porfian—
ven caer—dando al viento los cabellos—
uno de los *Curacas* que los guian!

V

El gran *Curaca* de *Arequipa* avanza
ante los sajitarios de altos cúlmenes.
I les infunde la viril pujanza
que deben desplegar contra los *Úlmenes*.

Él estorba su pánico.—Lo estorba
con su bárbara i trájica elocuencia,
arrastrando con ella su alma torva
hasta el loco furor de la demencia!

Él misma salta sobre el rojo charco
donde flota el cadáver del *Curaca*.

I le arranca la aljaba con el arco.
I el centro de los *Úlmenes* ataca!

Se vuelve a sus arqueros—Les ordena,
con voz que en las dos márjenes se escucha,
que desde la vorájine que truena
continúen inmóviles la lucha!

No se puede abordar la abrupta playa
del *Toqui* sanguinario i altanero,
sin barrer la siniestra i negra raya
de los pérfidos *Úlmenes*, primero!

Ábrese la batalla como nunca
bajo los roncos dardos instantáneos
con que la muerte audaz la vida trunca
rasgando el viento i horadando cráneos!

Jamas los sajitarios—ya deshechos—
sintieron arrebatos mas bravíos
que los que pone entónces en su pecho
el ínclito *Curaca* con sus bríos!

VI

Los *Úlmenes* vacilan un instante
bajo los dardos con que el Sol disipa—
en medio de su estrépito jigante—
el arco del *Curaca* de *Arequipa*.

Retroceden atónitos.—Su pulso—
bajo las alas de su roja savia—
palpita i arde—trémulo i convulso—
con la fiebre del vértigo i la rabia.

Los dardos del *Curaca* i sus titanes
rebotan en sus pechos descubiertos,
como lanzados por los altos manes
de los siniestros sajitarios muertos!

VII

El *Toqui* avanza entónces.—La melena
que corona su enorme i recia talla
ondea bajo el Sol—sobre la arena—
como una negra enseña de batalla!

Ondea bajo el soplo de los bosques
i de los archipiélagos salóbregos,
lanzando en derredor de sus enrosques
un torbellino de fulgores lóbregos!

Avanza ante los *Úlmenes*.—Les dice
con voz en que la rabia truena i arde:
Úlmenes!—Escuchad!—*Pillan* maldice
al pecho ruin i al corazon cobarde!

Guarda despues silencio.—I paso a paso
de peñon en peñon, de raya en raya,

sin doblegar ni su arco ni su brazo,
él se adelanta solo hácia la playa!

Atónitos los *Úlmenes* lo miran
disparar una flecha i otra flecha;
i abrir en los *Curacas*,—que deliran,—
una sangrienta, pavorosa brecha!

Sus mortífiros dardos van derechos
a rebotar contra las anchas placas
de las corazas de los anchos pechos
de los mas impertérritos *Curacas!*

Alza cada tremendo dardo suyo
una espiral de espuma cuando cae.
I hace temblar al gran *Tavantisuyo*
delante de la tierra *Promaucae!*

VIII

Los *Úlmenes* de larga cabellera
sienten bajo su pánico de escarcha
tronar i arder como un volcan la hoguera
que el *Toqui* enciende en ellos con su marcha!

Lo ven marchar a solas bajo el dia
al soplo del colérico derroche
con que han visto en su loca fantasía
marchar al Dios *Pillan* bajo la noche!

Se lanzan tras el *Toqui:*—van resueltos—
con una furia, cada vez mas densa—
a dejar sus cadáveres envueltos
en la arena que azota su vergüenza!

Se lanzan—con asombro de los buitres—
entre los *chivateos* de agrios sones
con que cruzan sus quiscos i sus litres
llevando a sangre i fuego sus *Malones*.

No arrastra mas veloz el torbellino
su fantástico carro de ancho pértigo,
como entónces arrastra en su camino
la lejion de los *Úlmenes* el vértigo!

IX

Los *Úlmenes* se agolpan a la falda
desde donde—soberbio como un *puma*—
el *Toqui* siembra, sin volver la espalda,
de lívidos cadáveres la espuma!

Hacen bien en llegar.—Ya el *Toqui* acaso—
ante las huestes que con él se baten—
siente temblar el arco allá en su brazo,
cansado de matar sin que lo maten!

Al semblante del *Toqui*—que no finje—
brota un jesto de imperio i de dominio

que le da la grandeza de la esfinje
de la desolacion i el esterminio!

El *Toqui* con su diestra el arco estruja.
I en tropel a los *Úlmenes* disipa
en pos del litoral que ya dibuja
la sombra del *Curaca* de *Arequipa*.

Vuelan ellos con ímpetu violento,
dejando tras su indómita melena
el zumbido del trueno allá en el viento,
la cauda de un cometa allá en la arena!

X

El *Toqui* denodado—desde lo alto—
i el *Curaca* tenaz—desde el abismo—
se lanzan al rechazo i al asalto
con un mismo valor i un odio mismo!

Retumba el litoral de roca en roca,
como una jigantesca i sorda placa,
bajo el vaiven de la avalancha loca
del furor que resiste i del que ataca!

No importa, nó, que el *Toqui* en pos se lance!
Los arqueros del gran *Tavantisuyo*
no retroceden en su firme avance,
confiados en el número—que es suyo.

No importa, nó, que por un *Úlmen* rueden
veinte *Curacas* de imponente cúlmen;
si otros veinte *Curacas* les suceden;
i ningun *Úlmen* le sucede al *Úlmen*.

Recrudece la lid.—Los choques fieros
hacen enmudecer todas las voces.
I dan a los intrépidos arqueros
la excelsa talla de los mismos Dioses!

XI

Las dos reservas de las otras armas—
del *Toqui* i del *Curaca* de *Arequipa*—
avanzan a la márjen entre alarmas
bajo el Sol que a lo léjos se disipa.

Se detienen.—Se quedan en acecho
con aire amenazante i taciturno,
esperando de pié—con hosco pecho—
el somaten de su sangriento turno.

Guardan silencio tenebroso i hondo.
Solo de cuando en cuando se levanta
del antro de su cólera sin fondo
un grito que a los *cóndores* espanta!

XII

Los arqueros no amainan. Si sucumbe
bajo sus roncos dardos una fila,
redobla el huracan de su derrumbe
el volcan i su pecho i su pupila!

No son séres de humanos protoplasmas!
Son sombras del delirio de la guerra!
Son séres imposibles! Son fantasmas
de un vértigo que cruza por la tierra!

Las espumas arrastran como rollos
en sus largos i múltiples cigzajes—
a traves de los ásperos escollos—
cadáveres, penachos i carcajes!

Los grandes charcos, rojos como fraguas,
resplandecen al Sol como ascuas grises,
simulando a lo léjos—en las aguas—
fantásticas i enormes cicatrices!

XIII

Cesa al fin la batalla.—La reserva
del ínclito *Curaca* se abre paso,
haciendo torpe ostentacion proterva
de su número ruin—nó de su brazo!

El intrépido *Toqui* se retira
ante el turbion de la avalancha sorda
que desde la vorájine que jira
sobre la vasta playa se desborda.

Se retira cubierto de prestijio,
batiendo el sol poniente su matraca,
despues de hacer cien veces el prodijio
de barrer las columnas del *Curaca*.

El *Toqui* retrocede porque busca
mas allá de la playa—que lo enerva—
una zona mas áspera i mas brusca
que le asegure el triunfo a su reserva.

El ínclito *Curaca* aborda i toma
el escarpado litoral enjuto
con la actitud de un Hércules que doma
la salvaje altivez de un monstruo hirsuto!

Revista sus lejiones bajo el viento
que sopla en torno suyo desde el polo.—
Se alzan de los *Curacas*... solo ciento!
I de los sajitarios... ni uno solo!





El Proscrito



INTRODUCCION

....
....
....
....

II

Hace ya mucho tiempo. Mas, entero
yo guardo en la memoria
el triste cuadro que ofreció el anciano
en el instante aterrador, sin nombre,
en que el fulgor postrero
del astro de la vida transitoria
del negro velo del eterno arcano
ve descorrerse para siempre el hombre.

III

Temblorosa la voz; la frente mustia,
reflejando en la lóbrega mírada
una espresion de indefinible angustia,
quizas la eternidad, quizas la nada...
él me llamó con misterioso acento
junto a su cabecera;
i, concentrando su postrer aliento
para estrecharme por la vez postrera,
puso en mis manos con afan profundo
los revueltos fragmentos en que escrito
el drama inmenso estaba
de su fatal jornada por el mundo,
donde mártir como él, como él proscrito,
tambien, como él, yo sin cesar vagaba.

IV

Ni rúbrica ni nombre los fragmentos
de este poema finaliza i cierra.
Son hojas ignoradas que los vientos
arrastran por la tierra.
Son un doliente, funeral jemido
que sin cesar mi corazon escucha
en las horas de afan, como de olvido;
en las horas de paz, como de lucha.

FRAGMENTO PRIMERO

I

Yo en la cumbre nací de las montañas,
al eterno fragor del mar bravío,
i al rayo de la luna.
Entretejidas con agrestes cañas,
de un roble añoso en el follaje umbrío
suspendieron mi cuna.

II

En mi fugaz niñez, con cuánto anhelo
no corrí de una sierra en otra sierra
por alcanzar el linde donde el cielo
se junta con la tierra.
Mas siempre, siempre, en mi carrera insana,
desgarraban mis plantas los abrojos,
i como sombra vana
se alejaba aquel linde de mis ojos.

III

Bien pronto en lo interior de mi alma in-
con acento profundo [quieta

sentí vibrar una solemne voz.
Aquella voz recóndita, secreta,
era la gran revelacion de un mundo,
era la gran revelacion de un Dios.
—Del mundo de la intelijencia soberana
a cuyo vasto cielo
jamas podrá la ciencia humana
término hallar ni en su mas alto vuelo.
—Del Dios inmenso que su nombre ha escrito
en los radiantes soles
que con eterno ritmo en lo infinito
balancean sus moles.

IV

Amante de la gran Naturaleza,
yo, en su seno salvaje,
me consagré de su inmortal grandeza,
a interpretar el inmortal lenguaje.
Vagando en su estension desconocida,
siempre sentí bajo su inmensa calma,
confundirse mi vida con su vida,
mi alma con su alma.

V

Del viento alado que con mudo jiro
sobre la excelsa cima
de los montes graníticos se queja,

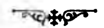
yo traduje el suspiro:
el suspiro infinito con que rima.
en las tardes calladas,
el llanto de la ola que se aleja
hacia playas remotas, ignoradas.

VI

Los últimos reflejos
que el sol lanzaba al sumerjir sú frente
en la noche sombría,
su triste adios me enviaba desde léjos,
despertando con él en mi alma ardiente
honda melancolía.

VII

Eran mi hogar las vastas soledades;
mi eterno dogma, el ideal bendito;
mi santa biblia, el universo inmenso;
mi música, las roncas tempestades;
mi Dios, la luz; mi templo, lo infinito;
la niebla azul, mi incienso.



FRAGMENTO SEGUNDO

I

Yo siempre, siempre, con afan intenso
ví, cuando niño, en mi ilusion de gloria,
darme la humanidad su aplauso inmenso;
su eternidad la historia:
en la ilusion febril del alma mia,
yo soñé batallar con fé sin nombre
por la idea fecunda,
que en la mente de Dios es armonía;
i en la mente del hombre
es gran revelacion, es voz profunda.

II

I el vuelo dilaté con el empuje
soberbio i altanero
conque, a compas del huracan que ruje,
el águila caudal remonta el ala,
siguiendo audaz el vasto derrotero
que el rayo le señala.

III

I la lira pulsé. I en mi alma, luego
la inspiracion bendita
desató su raudal de ardiente fuego,
su ráfaga infinita.

IV

I canté los eternos ideales
con entusiasmo que rayó en delirio.
Enzalcé la grandeza
del noble apóstol que del vil tirano
provoca sin temor la torpe zaña:
que las gradas fatales.
de las aras sombrías del martirio,
coronada de rayos la cabeza,
encarnacion de un dogma soberano,
con el torrente de su sangre baña.

V

Canté el ritmo del yunque omnipotente
con que yendo en la noche en que camina,
en confidencia eterna con Dios mismo,
elabora en la fragua de su mente,
el rayo que ilumina
las oscuras entrañas del abismo.

VI

I canté la ilusion que, sin sosiego,
cadenciosa i sonora,
vaga junto a la vírjen que ama i sueña;
que en sus ojos de fuego
refleja, cuando rie i cuando llora,
el resplandor profundo
de un mundo cuya aurora se diseña
mas allá de las sombras de este mundo.

VII

Mas ai! Mi canto descendió al alvido,
como la triste, funeral plegaria
que, distante del nido,
alza en la noche el ave solitaria;
como el rumor incierto
con que el silencio de la noche hiere
la ola que en la arena del desierto
en las tinieblas se retuerce i mueve.

VIII

I al dilatar los ojos
no ví mas que siniestras multitudes,
que con su pié, los últimos despojos
hollaban de las últimos virtudes.

IX

I bajo el peso de mi amarga cuita
proseguí mi camino,
viendo a mi paso en cada ser escrita
la irrision del destino.

X

Ya no quedaba de mi fé ni rastros.
Los sacrosantos nombres
que, remontando a Dios el pensamiento,
yo aprendí a murmurar bajo los astros,
eran tan sólo en boca de los hombres
un sarcasmos sangriento.

XI

¡Ai! Cuántas veces no bajé al arcano
de mi propia conciencia
en medio del clamor de mis pesares,
por si ella con su acento soberano,
aún me revelaba la presencia,
de Dios en sus altares!

XII

Me hallé tan solo ante la negra duda:
ante un abismo de tinieblas lleno.
La voz de mi conciencia estaba muda:
¡ya Dios no hablaba en su profundo seno!

FRAGMENTO TERCERO

I

Era una noche.—Yo con paso incierto
vagaba entre las sombras, cabizbajo.
Todo estaba desierto.
Ni un astro arriba. Ni un rumor abajo.

II

Sacudida mi sien por golpes rudos;
mi corazon sin fé; la Tierra helada;
mi conciencia sin Dios; los orbes mudos;
sentí las atracciones de la Nada.

III

Vino a librarme, al fin, de mi tormento
el murmullo sombrío
de una trémula ráfaga de viento
que espiró sollozando en torno mio.

IV

I avancé con afan hasta una puerta
donde posé temblando la mirada.
Ella de par en par estaba abierta.
Era libre la entrada.

V

Una mujer de sonrosada boca,
jentil como una flor del valle ameno,
voló a mi encuentro, delirante, loca,
i me estrechó contra su ardiente seno.

VI

Allí, mofando a Dios i a sus deberes,
mofando a carcajadas al Destino,
juntos vaciaban hombres i mujeres
la hirviente copa del amor i el vino.

VII

En un vasto salon de seda i oro,
a la luz de cien lámparas candentes,
en raudo, inmenso coro;
secas las fauces, húmedas las frentes,
las mejillas bermejas;
al estruendo de báquicas canciones,
jiraban cien parejas,
como errantes, fantásticas visiones.

VIII

I con vaiven vertijinoso i blando,
por la crujiente, dilatada alfombra,
nos deslizamos ella i yo, formando
con nuestras sombras una misma sombra,

IX

I los dos respirábamos apénas
con nuestros jiros de arrebato ciego.
I la sangre bullia en nuestras venas
como las olas de un raudal de fuego.
I adelante seguíamos sin tino,
sin darnos ya ni de nosotros cuenta;
como arenas que empuja el torbellino,
como nubes que azota la tormenta.

X

Después los dos en una misma copa,
igualmente sedientos,
un mismo hirviente líquido apuramos.
I en desorden la ropa,
torpes los piés, los ojos soñolientos,
sobre un ancho sofá nos desplomamos.

XI

I yo en sus brasos recliné la frente,
nervioso, delirante,
anhelando dormirme eternamente
al ritmo de su seno palpitante.

XII

I ella clavó en mi faz sus negros ojos
con loco desvarío,
i en mis labios hundió sus labios rojos,
haciendo arder su aliento con el mio.
I ambos rodamos a un sopor profundo
oyendo ir a morir en lotananza,
como vagos rumores de otro mundo,
los dulces cantos de la alegre danza!...

FRAGMENTO CUARTO

I

Despues de que apuré los falsos goces
del amor i del vino,
comprendí tristemente, cuán veloces
en la nada sin fin se precipitan
los instantes que roban al destino
las almas yertas que sin fé se ajitan!

II

Algo sentí como el tormento mudo
con que el águila jime
al ver rotas las alas con que pudo
audaz cruzar la inmensidad sublime.

III

Quemantes gotas de profundo llanto
mojaron mis mejillas.
De mi conciencia tuve horror i espanto
i caí de rodillas.

IV

Comprendí que la gloria,
la excelsa gloria, no era mas que un nombre;
un terrible sarcasmo de la historia;
un miserable vértigo del hombre.

V

Comprendí que la tierra
no era mas que un teatro de batalla,
donde nunca se escucha
otro rumor de vida que el de guerra,
otro salmo a la luz que el hondo grito
con que solloza el corazon que estalla;
con que solloza la razon que lucha,
en su eterna ascencion al infinito.

VI

Busqué la soledad. En su ancho seno,
nadando en una atmósfera de oro,
en presencia de Dios léjos del mundo,
a mi arpa entónces, de entusiasmo lleno,
yo arrancaria un cántico sonoro,
yo arrancaria un cántico profundo.

VII

Allí, las castas flores;
los frescos, murmurantes arroyuelos;
los vientos bramadores;
las montañas que se hunden en los cielos.
Allí, las pardas brumas;
los raudos astros que en silencio jiran;
el piélago sin fin con sus espumas
que rujen i suspiran.
Allí los misteriosos llamamientos
del espacio a la tierra:
del monólogo inmenso del abismo,
cuyos vastos acentos
son la revelacion de cuanto encierra
el pensamiento eterno de Dios mismo.

VIII

Léjos del mundo encaminé mis pasos,
sin otra compañía,
sin otro amor que el libro que redime.
Al confundirnos en eternos lazos,
creí que contraia
un desposorio celestial, sublime.

IX

Yo iba a saciar mi sed devoradora,
aspirando a mi antojo en mi aislamiento,
el raudo efluvio de la eterna aurora
en la copa de luz del firmamento.



FRAGMENTO QUINTO

I

Sensaciones estrañas
conmovieron mi ser, cuando a lo léjos
volví a ver destacarse las montañas
donde yo de la luna a los reflejos,
i al estruendo del piélago infinito,
en una triste fecha, ya perdida,
con el hondo sollozo del proscrito
saludé las tinieblas de la vida.

II

Llanto de fuego se agolpó a mis ojos,
cuando ví, sin verdor, sin hoja alguna,

ya reducida a fúnebres despojos,
el lóbrego ramaje
del roble secular, donde mi cuna
entretejida con agrestes cañas,
con ternura salvaje
columpió el huracan de las montañas

III

¡Qué recóndita pena
me partió el alma, cuando vi la fosa
donde mi madre con la paz serena
del hondo sueño del no ser, reposa!

IV

Con qué doliente, melodioso acorde,
con qué rumor tan tierno,
iban las olas a morir al borde
de su sepulcro eterno!

V

Reina un silencio funeral, profundo,
en el lóbrego seno
de aquellos altos montes de granito.
En vano intenta el piélago iracundo,
de formidables amenazas lleno,
turbar la paz de aquel rincon bendito.

VI

En sus jigantes, seculares rocas
van a morir con lánguido desmayo,
los raudos vientos, las tormentas locas
las cóleras del rayo.

VII

En la grandiosa calma
de sus selvas eternas i sombrías,
resonar en su seno siente el alma
solemnes armonías.
Siente brotar del fondo de las cosas,
en inmensos raudales,
vibraciones de liras misteriosas,
palpitaciones de almas inmortales.

VIII

Pero en medio del cántico bendito
que alza allí cuanto existe,
mi negra duda levantó su grito,
su grito ronco i triste.

IX

¿Con qué fin la inmortal naturaleza
modulaba aquel cántico sublime

de armonías sin nombre?
¿Era para calmar la cruel tristeza
con que se arrastra i jime
desde la cuna hasta el sepulcro el hombre?

X

Ah! No podia ser! Hoja marchita
que por ignoto i aspero camino
entre nubes de polvo precipita
el raudo torbellino:
nube fugaz que apénas se dibuja,
cuando ya el mismo viento que la mece,
al desierto la empuja,
i en la nada sin fin la desvanece:
tal es el hombre. Sueña cuando piensa
que a consolarlo en su destino adverso,
del pedestal de su grandeza inmensa
desciende el universo.

FRAGMENTO SESTO

I

¡Cuántas veces la noche con la aurora
no me encontraron ante el libro abierto,

luchando con afan horas tras horas,
de ardientes gotas de sudor cubierto!

II

Yo, con la santa fé que el alma inunda
de luz desconocida,
buscaba en él la salucion profunda
de los grandes misterios de la vida!

III

Por el vasto horizonte de la Historia
dilaté la recóndita mirada.
I de su hondo sarcófago de escoria
se levantó ánte mí la edad pasada.

IV

Vi desfilar el mártir i el verdugo,
los siervos i lòs reyes,
encadenados al siniestro yugo
de un mismo Díos i de unas mismas leyes.

V

Vi desfilar hácia una misma fosa,
bajo un mismo anatema,
la virtud que solloza
i el vicio que blasfema!...

VI

¡Ai, de la Humanidad!—Ella no sabe,
i a comprender no alcanza,
ni de donde partió su errante nave,
ni por qué rumbó ni hácia donde avanza.

VII

Ella interroga en vano
en su negro camino
el insondable arcano
de su propio destino...

VIII

El ideal se aleja ante sus ojos
como una eterna esfinje fujitiva.
¡I se aumentan abajo los abrojos
i las sombras arriba!...

FRAGMENTO SÉTIMO

I

En mi noche sombría
de cuando en cuando, vagorosa i leve,
una fugaz aparicion batia
sus alas de oro i nieve.

II

Era la tenue, la impalpable sombra
del querubin bendito
que allá en la tarde, cuando el sol se escombra
en el mar infinito,
yo cuando niño, resbalar miraba
envuelto apénas en el blanco velo
de cada rauda nube que cruzaba
la inmensidad del cielo.

III

Era la imájen pura i misteriosa
de la vírjen divina
que, de los sueños de color de rosa
que se forjó mi juventud temprana,

vagaba entre los tules,
como vaga la estrella peregrina
en la bruma lejana
de los tibios crepúsculos azules.

IV

Era la forma, fujitiva, incierta
de la mujer celeste con que a solas,
en la playa desierta,
al dulce ritmo de las mansas olas,
un tiempo yo con lánguido desmayo,
mudo el laúd, sin vibracion alguna,
iba a soñar al tembloroso rayo
de la pálida luna.

V

Mas la vision que entónces me arrobaba,
hondo raudal ahora
de lágrimas acerbas me arrancaba.
Ahora me traia
el cruel recuerdo del afan profundo
con que despues en noche sin aurora,
en vano el alma mia
su hermoso orijinal buscó en el mundo.

VI

Al batir, junto a mí, siempre constante,
sus alas peregrinas,
me hacía la impresion del ave errante
que anida entre las ruinas.
Del ave que sus íntimas congojas
viene a llorar, desde rejion lejana,
sobre el árbol, ya mustio, ya marchito,
desde cuyas alegres, verdes hojas,
una feliz mañana
alzo su primer canto a lo infinito.

VII

I miéntras tanto, sin zozobra alguna
en un sublime arrobador idioma,
todo hablaba de amor en torno mio.
De amor hablaba con el mar la luna;
de amor el cielo azul, con la paloma;
de amor con la violeta el sauce umbrío.

VIII

I, mostrando, a lo léjos.
sobre su casta, inmaculada frente
la cosona nupcial de sus reflejos,
las fúljidas estrellas

delante de Dios mismo que las mira,
de amor hablaban con afan ardiente
a la pálida tierra, que con ellas,
como un ensueño por el éter jira!...

IX

Todo hablaba de amor; i todo, todo,
desde los astros mismos
hasta los negros átomos del lodo
que llena los abismos;
todo encontraba en la corriente ignota
con que el amor al universo inunda,
alguna dulce, alguna fresca gota
para su red profunda.

X

Yo, solamente, en mi fatal jornada
hácia el sepulcro frio,
encontré siempre su raudal sin nada,
encontré siempre su raudal, vacío.

XI

Cuando el astro del dia
detras de las montañas de granito
de la desierta costa, ya se hundia;
i junto con los últimos fulgores

con que él teñia la escarpada sierra,
flotaba en lo infinito
el eco de los últimos rumores
que lanzaba la tierra;
imponentes i estraños pensamientos
cruzaban por mi alma,
trayéndome en sus alas misteriosas
los últimos acentos
con que en el fondo de la eterna calma
me convidaban a dormir las cosas!



FRAGMENTO OCTAVO

I

Era una tarde azul i trasparente
en que rasgando con destellos vivos
el velo del crepúculo, su frente
levantaban los astros pensativos:
en que a traves del aura fresca i suave
enviaba al éter vago,
la flor su aroma; su rumor, la abeja;
la fiera, su clamor; su trino el ave;
la vírjen, su oracion; su ritmo el lago;
en que el inmenso piélago jemía,

respondiendo con honda, amarga queja
al adios melancólico de un dia.

II

Yo espaciaba a lo léjos la pupila,
buscando a mi dolor, con hondo anhelo
un dulce olvido en la quietud tranquila,
en la calma profunda
con que envolvía la rejion del cielo
la tarde moribunda.

III

Mi vista errante, de improviso atrajo
una agreste cabaña
que sobre el borde de un inmenso tajo,
labrado por el mar en la montaña,
se alzaba allá distante,
cual águila caudal, que sin recelo,
contemplara la bóveda jigante
en actitud de remontar el vuelo.

IV

Yo en ella entónces, por la vez primera,
los ojos detenia.
Meditaba en el vértigo sombrío
con que su techo la tormenta fiera

estremecerse hacia,
al retorcerse sobre el mar bravío.

V

Me la forjaba una morada sola,
una morada cuya eterna calma
no podria turbar mas que la ola
o el pálido fantasma de alguna alma.

VI

Mas de su fondo, luego,
vi surjir la fantástica silueta
de un ser que parecia un ser humano.
I en medio del magnífico sosiego
la vi oscilar inquieta
sobre el limpio cristal del oceano.

VII

I en su apacible jiro
el raudo viento de la playa umbría
me trajo el melancólico suspiro
de un canto de inefable melodía.

VIII

Aquel canto sublime
tenia las divinas vibraciones

con que en la tumba de la vírjen jime
el ánjel de las blancas ilusiones.

IX

I en pos corrí del tajo
labrado por el mar en la montaña.
Con ímprobo trabajo,
hasta el umbral llegué de la cabaña.

X

I pálida i absorta i pensativa,
envuelta en blanco velo
en las alas del aura fujitiva,
sueltos los bucles de su blondo pelo;
vagando sus pupilas en la bruma
del espacio lejano;
vírjen recien brotada de la espuma
del azul oceano;
de pié sobre una roca, adonde apénas
iba a dejar la ola
un beso i un suspiro en las arenas,
se alzaba una mujer, inmóvil, sola.

XI

Eran sus tersos, lánguidos cabellos
rubios como la nube que el sol hiere

con los rojos destellos
que lanza cuando nace o cuando muere.
I la tinta fugaz de su mejilla,
era mas seductora
que la tinta del lirio cuando brilla
bañado por la tarde o por la aurora.

XII

Miéntras el mar batia la montaña,
i ella gorjeaba al rayo de la luna,
del fondo de la lóbrega cabaña
no brotaba el rumor de voz alguna.

XIII

Yo de la puerta removí las hojas,
i entónces distinguir mi vista pudo,
a las centellas lúgubres i rojas
de agonizante vela,
angustiada la faz, juntas las manos:
la mirana en la sombra; el labio mudo;
fantasmas que el dolor azota i hiela;
delante de un cadáver dos ancianos.

XIV

Eran dos tiernos padres que de hinojos
regaban con su llanto

los macilentos, fúnebres despojos
del hijo que hasta entónces fué su encanto.

XV

Ai! Desde niño, a sólas,
como ellos pescador, tambien, como ellos,
él desafió los vientos i las olas,
en la lóbrega noche, a los destellos
del relámpago mismo,
él siempre contempló con faz altiva
debajo de sus plantas el abismo:
i la tormenta, arriba.

XVI

I hundió a la pobre niña su partida
en un dolor sin fin que no se nombra;
él era su ilusion, su misma vida;
por eso uniendo con la risa el llanto,
la pena con el gozo,
ella evocaba su impalpable sombra,
alzando en su delirio un tierno canto
con notas de zollozo.

XVII

Léjos de la ribera
hizo morir en su ondulante jiro,

las cadenciosas notas
de su inefable voz, el raudo viento;
i entónces ella en actitud sencilla,
i como si ante Dios orar quisiera,
con el rumor del último suspiro
de las alas ya rotas
de su ya moribundo pensamiento,
dobló sobre la roca la rodilla.

XVIII

I en su trasporte se ofreció mas bella
que el errante querube
que al dulce rayo de lejana estrella,
se rinde al sueño sobre blanca nube.

XIX

¿Pensaba en Él? En ese instante acaso,
sus raudas almas en amante cita
se desposaban con un santo abrazo
en la callada bóveda infinita?

XX

Desde aquella fatal noche de duelo,
yo de la niña i de los dos ancianos
ser me propuse un ánjel de consuelo,
mas mis esfuerzos fueron siempre vanos

por hacer jerminar de nuevo en ella
la flor de la ilusion desvanecida;
i hacer brillar de nuevo la centella
de la razon perdida.

XXI

Ai! Cuántas veces a los dos, a sólas,
allá cuando el crepúsculo desmaya,
miéntras iban jimiendo de una en una
a nuestras plantas a morir las olas,
no nos vió vagar juntos por la playa,
desde la eterna inmensidad, la luna!
La blanca luna en cuya faz bendita
ella clavaba con afan los ojos,
dejando oir en la solemne calma
esa voz infinita
con que vibran los últimos despojos
de la lira del alma!

XXII

I al encenderse la primera estrella
que desgarraba el vaporoso prisma
de la bruma azulada,
cuántas veces tambien, a orar por ella,
no fuí con ella misma,
ante la tumba de mi madre amada!

XXIII

Mas ai! como la planta que sin riego,
desde que nace hasta que muere el dia,
está bajo la accion de un sol de fuego,
ella ya sin cesar languidecia.
Era una flor que temblorosa i tierna,
plegaba ante la luz su blanco broche,
para entreabrirlo a la penumbra eterna
de una profunda noche!

FRAGMENTO NOVENO

I

Fué todo, todo, solamente un sueño...
Pero fué un sueño que arrobó mis ojos,
cuando brilló magnífico i risueño,
en mi senda fatal, llena de abrojos.

II

Fué un sueño que al volar léjos del mundo
me dejó errando en la mitad del dia,

en el limbo profundo
de una noche recóndita, sombría...

III

Ella con su presencia
aplacaba la lucha sorda i cruda,
que en la noche interior de mi conciencia
yo, sin cesar, trababa con la duda.

IV

Ella con su mirada,
le retornaba a cada sér la vida;
su hogar perdido, al ave desterrada;
al corazon, su fe desvanecida;
su cándida corola,
a la flor deshojada por el cierzo;
su música a la ola;
su Dios, al alma; su alma al universo.

V

Ella con su presencia i su mirada,
alas me daba para alzar el vuelo;
alas de luz para poblar la nada
con un ánjel i un cielo.

VI

Cuando con mano impía,
arrancó de mis brazos sus despojos
el cruel sepulturero,
me pareció que para siempre huia
de mis nublados ojos
la tierra, el sol, el universo entero.

VII

Mas ¡ai! La creacion indiferente,
contempló mi recóndita congoja:
ninguna estrella encapotó su frente;
ninguna planta se arrancó una hoja.

VIII

Todo siguió, como ántes, su camino,
sin dar la menor muestra
de comprender la pájina sombría,
que el bárbaro destino
agregaba en su cólera siniestra
a la trajedia mia.

IX

La tierra, sobre su eje de granito,
siguió rodando, sin cambiar de polo.

El sol siguió brillando en lo infinito;
y yo en la noche batallando solo.

X

¿Hácia la eterna nada
por el desierto del dolor yo iba?
Cuál era el fin de mi fatal jornada?
Él estaba aquí abajo? Estaba arriba?

XI

¿Era solo ilusion que allá a lo léjos,
de amor temblando, me aguardaba Ella?
Perdida en los magníficos reflejos
de la última estrella?

XII

El culto ardiente de un amor sin nombre,
un mundo eterno presentir me hacía;
un mundo eterno, donde no era el hombre
fantasma melancólico de un dia.

XIII

Cuando Ella ya se hundió detras del velo
del misterio sombrío,
mi única relijion quedó sin cielo;
mi único altar, vacío.

XIV

El eco todavia
en mis oidos tristemente zumba
de las trovas de amor, que placentero,
entre las brumas de la tarde fria,
cuando labraba junto al mar su tumba,
preludiaba el fatal sepulturerò.

XV

I zumba el himno ardiente
que con cadencias misteriosas, suaves,
aquella misma tarde ante mis ojos,
al últ.mo fulgor del sol poniente,
vinieron a entonar dos negras aves
sobre el sauce que cubre sus despojos.

XVI

I en mis pupilas tristemente flota
la tibia luz que desde la alta esfera,
indiferente a mi fatal fortuna,
por entre el velo de la niebla rota,
sobre su tumba por la vez primera,
vertió la blanca luna.
La blanca luna en cuya faz bendita,
ella clavaba con afan los ojos,

dejando oir en la solemne calma
esa voz infinita
con que vibran los últimos despojos
de la lira del alma...

XVII

Indiferente a su profundo sueño,
el jenio de la alegre primavera,
con su arpa de oro al céfiro batida,
sobre su tumba, descendió risueño,
llenando el mar, el éter, la pradera,
de cánticos de vida.

XVIII

Él en su tumba señaló sus rastros,
con rosas purpurinas,
que temblando de amor en el vacío,
se mostraban los astros
en la sarta de perlas cristalinas
de su nupcial diadema de rocío.

XIX

Ante la cruz de piedra
que, coronada por los verdes guías
de trepadora hiedra,
guarda la paz de sus cenizas frías,

¡cuántas veces de hinojos
allá en la tarde, cuando el sol se escombra
en el mar infinito,
no desaté la fuente de mis ojos,
llamando en vano su impalpable sombra
en torno de la frente del proscrito!

XX

Cuántas veces, envano, yo por Ella,
delante de su tumba solitaria,
al encenderse la primera estrella,
no intenté murmurar una plegaria!

XXI

Mi triste acento se apagó sin ruido,
como el suspiro con que el alma hiere
la vibracion que el arpa del jemido
arranca el último ideal que muere...

XXII

Cada vez que rendido a mis congojas,
con loco desvarío
yo traté de evocar mi fé, ya inerte,
bajo el sauce que cubre su morada,
en el sordo murmullo de sus hojas,

creí sentir el diálogo sombrío
que sostiene la vida con la muerte
delante de la nada!

FRAGMENTO DÉCIMO

I

Oh vértigo sin nombre
el vértigo fatal con que se ajita
en las tinieblas de la vida el hombre!
Si audaz pretende dilatar su imperio
el astro errante que sobre él gravita,
va estrellarse impotente en el misterio.

II

Suena perdido en el profundo oceano
del espacio sin fin que le rodea;
medir la inmensidad pretende en vano,
con las frájiles alas de la idea.

III

Bajo la noche cada vez mas densa
con que la duda sin cesar le oprime,

en convulsian desgarradora, intensa,
él siempre lucha, se returce i jime.

IV

Sobre el planeta mismo
dentro de cuyos límites solloza,
le presenta un abismo,
un insondable abismo cada cosa.

V

Es una nota ajena
al himno eterno, unísono, profundo,
con que la inmensidad desconocida
el universo llena:
al himno que levanta cada mundo
con formidable voz en lo infinito
vibrando bajo el soplo de la vida
como una arpa jigante de granito.

VI

Es una ola errante
que cruza la estension del oceano,
sin detenerse nunca un solo instante:
que al viento misterioso que la empuja,
busca, persigue en vano
una playa que nunca se dibuja.

VII

Es un ser que se arrastra por el lodo,
ludibrio del furor de las pasiones
que en sus mismas entrañas él encierra:
que ultrajándolo todo,
provoca sin cesar las madiciones
del cielo i de la tierra.

VIII

¡Cuántas instituciones
en su febril delirio no elabora,
pretendiendo mudar las condiciones
de su suerte fatal que el mismo ignora!

IX

¿Qué fin vino a cumplir sobre el planeta,
cuya costra sombria
con vínculos fatales le sujeta?
Vino a ser costra inerte
predestinado a no ver nunca el dia?
Vino a vivir la vida de la muerte?

X

¿Por qué, por qué batalla
por transformar las leyes misteriosas

cuyo código eterno, escrito se halla
en las mismas entrañas de las cosas?
¿Por qué? Si siempre de las nuevas leyes
con que se impone él mismo
relijiones, gobiernos, dioses, reyes,
pronto se cansa; con voz ronca grita;
i al fondo del abismo
el mismo con su pié las precipita?

XI

¿A qué condujo el insensato empeño
conque el gran Capitan de Macedonia,
cruzando como un sueño
el horizonte azul del mar de Jonia
hasta el fondo llegó del Asia ardiente,
pretendiendo eclipsar en su jornada
los rayos del eterno sol de Oriente
con los rayos de un dia de su espada?

XII

¿A qué condujo el humillante insulto,
que el implacable Capitan romano,
al obligarlo a tributarle culto,
hizo al linaje humano?

XIII

¿A qué condujo la sangrienta escena
con que a su paso enrojeció la historia

el formidable capitan del Sena,
que en hondas maldiciones
hizo estallar contra su infausta gloria
la voz de las naciones?

XIV

Cada lei, cada idioma, cada raza,
cada jigante imperio,
es un fantasma pálido que pasa,
que se hunde en el misterio.

XV

Solo es eterno lo que dicta i crea
el Verbo a cuya voz desconocida
del cáos brota el ser; del ser la idea;
el Verbo a cuya voz las sombras callan,
i se encienden relámpagos profundos
i flotan arreboles;
i en esplosion magnífica de vida
en los inmensos ámbitos estallan,
a centenares jérmenes de mundos;
a centenares jérmenes de soles.

FRAGMENTO ONCE

I

Tornaba una mañana
del fúnebre santuario en que reposa
la vírjen que un instante ver me hizo,
por entre nubes de color de grana,
por entre nubes de color de rosa,
la luz del paraiso.

II

Caminaba con triste, lento paso
pensando en el misterio que envolvía
el invisible pero eterno lazo
entre mi ser i entre su tumba fría.

III

A sólas, a mi mismo,
me interrogaba con afan profundo,
con ansiedad sin nombre,
si mas allá del insondable abismo
en cuya noche inmensa
va como un sueño a sumerjirse el mundo

que riega con sus lágrimas el hombre,
otro mundo comienza.

IV

Pensaba en Dios. Su idea se cernia
en el fondo de mi alma ya desierta,
como el último rayo con que hiere,
en la tarde sombría,
a la nube fugaz que flota incierta
el sol que léjos agoniza i muere.

V

Pasaba por delante
de la modesta i lóbrega capilla
a donde el pescador, con santo anhelo,
ántes de abandonarse al mar jigante,
va a doblar en la tierra la rodilla
i a levantar el corazon al cielo.

VI

Ví junto al ara un sacerdote anciano,
que al mismo tiempo que en silencio oraba,
sobre dos bellos jóvenes la mano,
como en señal de bendicion alzaba.

VII

Consagraba la union, la union sublime
con que dos almas escuchando el grito
del santo amor que del dolor redime,
cumplian ya la lei de lo infinito.
La lei a cuya voz la fresca gota
da su efluvio a la flor, que el viento quema.
i vibrando en la luz, la dulce nota
da su ritmo al poema.

VIII

Los dos en su aire encantador sencillo,
en su aspecto sereno,
reflejaban el terso i casto brillo
que irradian a la faz los corazones
que conservan intactas en su seno
sus blancas ilusiones.

IX

El era un jóven valeroso i fuerte,
que al par mostraba en su pupila oscura
el arrojo del alma que a la muerte
con soberbia altivez siempre desdeña;
i la profunda i lánguida ternura
del alma que ama i sueña,

X

Era ella, una vírjen pudorosa
que a su senda de abrojos
trajo por toda i única fortuna:
en su cándida faz, tintas de rosa;
acentos de ánjel en sus labios rojos;
i en su pupila azul, rayos de luna.

XI

El raudo jenio del amor divino
sus dulces alas con rumor sonoro
batia en su camino;
i a copiosos raudales la ambrosía
de su ancha copa de oro
sobre sus almas desbordarse hacia.

XII

Enviábanse sus lánguidas miradas
un resplandor profundo:
algo como un efluvio de alboradas
donde flotaba la vision de un mundo:
del mundo acaso que con ansia inquieta,
entre caricias locas,
ve brotar en sus sueños el poeta,
del beso ardiente que se dan dos bocas.

XIII

Fué un indecible, un inefable arrullo
el sí que al pié del ara murmuraron:
se pareció al murmullo
con que en un tiempo al rayo de la luna,
voces de amor a mí tambien me hablaron
de un ánjel i una cuna.

XIV

Sus almas inocentes,
flotando juntas en un mismo rayo,
abriéndose ámbas a una misma aurora,
soñadoras i ardientes,
miraban, ya, con lánguido desmayo
venir, temblando, la suprema hora:
la santa hora en que ante Dios condensa
el santo amor con místico embeleso,
la eternidad inmensa
en la esplosion de luz del primer beso!

XV

En mí rujió el dolor...Tuve sonrisas...
Me alejé pensativo...
Iba a encender, allá en mi hogar desierto,
las pálidas cenizas

del fuego que al partir, yo dejé vivo,
i que al volver encontraria muerto.

FRAGMENTO DOCE.

I

Ya con honda, mortal melancolía
detras de las montañas iba a hundirse
el sol de fuego del ardiente dia
en que yo, lamentando mi fortuna,
delante del altar ví confundirse
dos tiernas almas para siempre en una.

II

Vagaba por la playa solitaria,
buscando a mi dolor un refrijerio
en el rumor de tímida plegaria
con que el mar siempre jime,
al avanzar la sombra i el misterio
de la noche sublime.

III

Yo sentia vibrar, creer en mi alma,
al regar con mi llanto,

en el misterio de la tarde en calma,
las arenas que a solas,
en su eterno, recóndito quebranto,
riega el mar con sus olas.

IV

Meciéndose a compas sobre los bordes
de sus flotantes nidos,
las aves al espacio sus acordes
enviaban confundidos.

V

I sus tiernos hijuelos entre tanto,
estremeciéndose con hondo anhelo,
escuchaban su canto,
para ensayarlo con su voz divina
al desplegar sus alas hácia el cielo
a los besos del sol que lo ilumina.

VI

Al grito de las voces misteriosas
con que cada profunda, oculta fibra
del alma de las cosas
el verbo del amor estalla i vibra,
tambien aquellos séres peregrinos,
inocentes i tiernos,

habian confundido sus destinos
con vínculos eternos.

VII

I no tuvo su union sublime i santa,
mas esplendor, mas pompa, que el acento
con que al pié de las rocas de granito,
delante de los astros, la ola canta
el abrazo que el mar i el firmamento
se dan ante Dios mismo en lo infinito.

VIII

Nadie representó sobre la tierra
la excelsa potestad del Dios sin nombre
que en los designios múltiples que encierra
hace que amen las aves, que ame el hombre.

IX

El céfiro sonoro
que ellos batian con su raudo vuelo,
les trajo en el rumor de su arpa de oro
la santa i pura bendicion del cielo.

X

El hombre solamente
prolongando el baldon de su caida,

sueña desviar la colosal corriente
de las jigantes olas de la vida.

XI

El, solamente, suplantar intenta,
cediendo al grito de su afan perverso,
con las leyes efímeras que inventa
el código inmortal del universo.

XII

Vino la noche, al fin. Con voz estraña
parecieron de amor hablar en ella,
con el grano de arena, la montaña;
con la nube, la estrella.

XIII

No era un crespon sombrío, funerario,
su impenetrable velo.
—Era el tul infinito del santuario
de la union de la tierra con el cielo.

XIV

Bien pronto allá a lo léjos,
indiferente a mi fatal fortuna,
coronada de májicos reflejos
se alzó la blanca luna.

XV

I al beso de los pálidos celajes
de su pálida frente desprendidos,
con vértigos de amor en los follajes
palpitaron los nidos.

XVI

Del fondo inmenso de la niebla rota.
repercutiendo intensa
en medio del magnífico sosiego;
dominando los ámbitos profundos;
algo brotó como una inmensa nota;
como el rumor de una caricia inmensa;
como un beso de fuego
que estremeció en sus órbitas los mundos.

XVII

Turbado el corazon; el paso incierto;
yo emprendí la partida
al triste seno de mi hogar desierto.
Ai! Todo hablaba en la solemne calma
el lenguaje sublime de la vida!
Sollozaba en silencio solo mi alma!

XVIII

Sobre el umbral me desplomé sombrío:
me derribó el dolor con que se escucha
el último sollozo que al vacío
lanza ya la conciencia desgarrada
por la tremenda, pavorosa lucha
de la vida i la nada.

XIX

Yo era una nota estraña
al himno eterno, unísono, profundo,
que con ritmo diverso
alzaba el mar, la estrella, la montaña.
Fantasma de otro mundo,
me hallaba ante otra noche, negra i muda;
allá en la inmensidad de otro universo:
ante la noche de la eterna duda!

FRAGMENTO TRECE

I

¡Cuántos recuerdos despertarse siento
al contemplar los niños cuando juegan;
cuando a las dulces ráfagas del viento
los cabellos despliegan!

II

Yo fuí tambien un ánjel inocente,
un candoroso niño.
La pureza de mi alma i de mi frente
rivalizar podia
con la pureza del mas puro armiño,
con la pureza de la luz del dia.

III

Aurora casta i bella
del jénesis de luz de un mundo vago,
la infancia tiene el ritmo de la estrella,
la música del lago.

IV

Cuando la dulce infancia se desliza
al ocaso sin nombre,
huye tambien del labio la sonrisa,
i en un fantasma se convierte el hombre.

V

Entónces ¡Ai! Los sueños tutelares
tienden léjos sus alas peregrinas,
dejando solitarios sus altares,
que el jenio del dolor transforma en ruinas.

VI

Entónces ¡Ai! Ya el hombre no reposa;
ya no encuentra jamas tregua ni calma;
pues, siente que algo, sin cesar solloza
en el desierto funeral de su alma.

VII

Cada ilusion que muere,
dejar parece en cada rota fibra
del corazon que el desengaño hiere,
un hondo adios que eternamente vibra.

VIII

Quizas cada ilusion que en flor se hiela,
bajo el sol de la vida,
dentro del corazon del hombre mismo,
es un signo fatal que le revela
que él dentro de su ser lleva escondida
la noche del abismo.

IX

Mi loca fantasía
envano, envano, sin cesar se empeña
en evocar las horas de alegría,
en que se cansa i sueña.

X

Envano, envano, el perfumado ambiente,
cuando el dia a lo léjos, triste acaba,
viene a buscar en mi abatida frente
los negros rizos con que ayer jugaba.

XI

Muerta mi juventud, mi bien perdido,
nada en el mundo que esperar me queda:
soi una ave sin nido,
un despojo que ignora adonde rueda.

XII

¡Oh niños inocentes
que alzar podeis a la radiante altura
vuestras cándidas frentes,
sin mancillar con ellas la luz pura:
si con mi mano, yo tocar pudiera
la bóveda infinita,
yo en ella para siempre detuviera
el raudo sol de vuestra edad bendita.

XIII

¡Ai! La celeste gasa
con que ella vuestras frentes hoi adorna,
es algo que tambien mui pronto pasa;
i algo que cuando pasa nunca torna.

XIV

Tambien vosotros, luego,
vais a tener que batallar a solas,
sin fé, desesperados, sin empuje,
con el torrente abrazador, de fuego,
con el volcan de formidables alas
de la pasion que ruje...

XV

I vosotras, !oh vírjenes hermosas!
que teneis miel entre los labios rojos,
i en las mejillas, purpurinas rosas,
i reflejos celestes en los ojos;
que, cual raudas visiones de ala inquieta,
siempre vagais en el azul santuario
del alma de alas de oro del poeta
que allá en la noche jime solitario;
tambien vosotras, como el ánjel bello
que, ceñido de blancos azahares,
ante mí resbaló como un destello;
tendreis que abandonar vuestros altares.

XVI

¡Ai! Por el dedo del destino mismo
está escrito en el libro soberano,
con sombras del abismo,
que os devore tambien el vil gusano...

XVII

I vos ¿qué haceis, oh juventud ardiente,
que entre las manos el laud divino,
la exelsa inspiracion sobre la frente;
i en el labio los himnos inmortales

emprendeis el camino
en pro de los eternos ideales?

XVIII

¿Qué es lo que haceis, que sin zozobra al-
el semblante risueño, [guna,
confiando en el favor de la fortuna,
vais en pos del ensueño?

XIX

¡Tambien allá en un tiempo,ya lejano,
yo emprendí, como vos, la gran jornada:
hallé delante el insondable arcano;
hallé delante la insondable nada!

XX

¡Luego tambien, con la cabeza baja,
vos cruzaréis el lóbrego desierto,
siendo vos misma la fatal mortaja
de vuestro corazon que habrá ya muerto!



FRAGMENTO CATORCE

I

¡Oh, Tú! Ser misterioso,
que dentro i fuera de mi ser yo siento
siempre en actividad, nunca en reposo!
que en mi conciencia, que en silencio llora,
eres duda, batalla, pensamiento,
i en el espacio azul, rumor i aurora.
¡Oh Tú, Ser soberano,
que a la par te revelas i te escondes;
que a la par eres luz i eres arcano:
que a la par enmudeces i respondes
al perdurable grito
con que te llama en su camino incierto
la humanidad, que rueda en lo infinito
como un grano de arena en el desierto.
Tú, que eres causa, providencia, vida,
permite que un instante,
en mi fatal, recóndita tristeza,
mi humilde voz, resuene confundida
con el himno jigante
que te alza, la inmortal naturaleza!

II

Envano, envano, el hombre
ante la inmensidad que le rodea,
en los estrechos límites de un nombre
audaz pretende contraer tu Idea.

III

Como sombra que el viento desvanece
en las vastas rejiones
donde fulguran los eternos astros;
así desaparece
en la serie sin fin de evoluciones
del espacio i la historia,
dejando apénas fujitivos rastros,
cada sistema, que con torpe esfuerzo,
una forma tallada en vil escoria
pretende darle, oh Dios del Universo!

IV

Tú eres el Ser, en cuya mente vive
el eterno modelo
de cada injente sol, de cada mundo
que formidables órbitas describe
en el fondo sin límites del cielo;
el Ser en cuya mente

vibra la forma, el número profundo,
del poema inmortal que en lo infinito
pregona tu grandeza omnipotente
con notas de granito.

V

Jamas, jamas, en la palabra humana
podrá ningun sistema
hacer caber la cifra soberana
del ritmo eterno de tu gran poema.

VI

¿Qué melodiosa lira
puede espresar el íntimo murmullo,
con que la flor suspira
al desplegar, su virjinal capullo?
¿Traducir las cadencias, una a una,
de la queja de amor, del himno vago,
con que al copiar la imájen de la luna,
rompe el silencio de la noche el lago?
¿Interpretar las notas de la escala,
que preludia risueña.
la primera ilusion que bate el ala
junto a la vírjen que se turba i sueña?

VII

¿Qué sonoro instrumento
las vibraciones remedar podria
de la música estraña
con que pregona su furor el viento,
en la copa sombría
del roble secular de la montaña?
—Del tremendo clarin, con que provoca
la ola ronca i fiera
a la jigante, formidable roca
que inmóvil se levanta en la ribera?
Es la potente voz, con que tú mismo
hiciste ¡oh Dios sin nombre!
brotar de las tinieblas del abismo
la luz, la vida, el universo, el hombre?

VIII

Si mas allá de la radiante esfera
el pensamiento el hombre remontara,
grotescos simulacros no fundiera:
tú serias el Dios que él adorara.

IX

Entónces él jamas intentaria,
con torpe afan, con insensato esfuerzo,

suplantar con sus códigos de un dia,
el Código inmortal del universo.

X

Tú eres el Dios a quien bendice i nombra,
a quien adora i canta,
el astro que del fondo de la sombra
a cruzar lo infinito se levanta.

XI

Tú eres el Sér que el universo llena:
el Sér que con su voz desconocida
da ritmo al mar; al éter claridades.
Tú eres el Sér que ordena
las eternas corrientes de la vida
a traves del espacio i las edades.

XII

A oir no alcanza el hombre en su miseria
los latidos profundos
con que palpita cada inmensa fibra
de la inmortal materia,
que desatada en un raudal de mundos,
de un polo al otro del misterio vibra.

XIII

Miserable gusano que resbala
por un profundo, tenebroso averno,
el no tiene ni una ala
con que surcar la luz ¡oh Dios eterno!

XIV

Sin oriente, sin brújula, sin norma,
sueña envano entrever en su flaqueza,
la última evolucion, la ultima forma
del alma de la gran naturaleza.

XV

Su ciencia es sombra, su poder es nada,
proscrito a cuya voz nadie responde,
él prosigue en la noche su jornada
sin saber hácia donde.

XVI

I en su negro camino,
consigo mismo en perdurable lucha,
ludibrio de un eterno torbellino,
el nunca, ¡oh Dios! su exelsa voz escucha.

XVII

I ¿cuál será el crisol que apartar pueda,
al fin de su existencia transitoria,
lo que en su ser, que entre tinieblas rueda,
hai de oro puro, de lo que hai de escoria?

XVIII

Ante el fatal secreto
que envuelve con sus sombras su destino,
yo, con santo respeto,
yo, con santo pavor, la frente inclino.

XIX

¡Oh Dios! Yo sólo sé que cuando mudo
el hombre se derrumba
al peso del dolor acerbo i crudo,
él sueña ver en su postrera hora,
a traves de la noche de la tumba,
relámpago de aurora!

FRAGMENTO QUINCE

I

La vida es inmortal: es el aliento
que esparce en el abismo
el ritmo con que vibra el pensamiento
en la mente infinita de Dios mismo.

II

La vida es inmortal: es Dios. No es ella
lo que muere en el ámbito profundo,
cuando rueda el cadáver de una estrella,
cuando en nubes de polvo estalla un mundo.

III

Solo muere la forma: no la vida.
La esencia queda. Queda pura, intacta:
íntegra su medida;
la cifra de sus átomos exacta.

IV

La evolucion del Cósmos siempre avanza,
arrastrando en sus ondas la mentira

de la leyenda hebrea
que a comprender la creacion no alcanza,
hablándonos de un jénesis que espira
i de un Dios que maldice lo que crea.

V

Tambien, cumpliendo la suprema norma
que en su alta esencia cada mundo encierra,
por una nueva forma
su vieja forma cambiará la tierra.

VI

Eternidad! Envano te pregona,
ante el negro cadalso,
el torpe rei para su vil corona.
I te pregona envano, con voz fiera,
para su dogma falso,
el impostor de Dios ante la hoguera.

VII

El gran momento llegará bien luego
en que la tierra sienta
en sus entrañas apagarse el fuego:
en que ruede a traves de lo infinito,
ríjida, macilenta,
como una inmensa tumba de granito.

VIII

I al hundirse la tierra, muda, inerte,
en el fatal marasmo
de la insondable, pavorosa muerte,
quedará convertida en sombra vana,
en lúgubre sarcasmo,
la eternidad de la grandeza humana.

IX

Entónces ai! no quedará ni huella
ni pálida memoria
de cuanto monumento el hombre en ella
levantó a la quimera de la gloria.

X

Heridos ai! por el tremendo azote
de un rayo mas sangriento
que el rayo con que el rei i el sacerdote,
en sus negros enconos,
fulminaron la voz del pensamiento,
rodarán las altares i los tronos.

XI

I el laurel que en sus sienes, siempre altivo,
llevó el guerrero con orgullo insano,

i que guardó en sus hojas siempre vivo
el rastro de la sangre del hermano,
se hundirá en las tinieblas infinitas
en consorcio sin nombre
con las pájinas réprobas, malditas,
en que, lanzando a Dios torpes insultos,
el rei i el sacerdote, contra todo,
impusieron al hombre
códigos ruines, miserables cultos
que siempre lo arrastraron por el lodo.

XII

Las altas notas de oro
de los bellos, eólicos cantares
con que, pulsando su laud sonoro,
el ínclito poeta ofició un dia,
cual pontífice augusto, en los altares
de la eterna armonía,
seran quizas el eco postrimero,
la última plegaria,
que, estremeciendo el universo entero,
turbará con su voz, errante, incierta,
las sombra de la noche solitaria
de la tierra ya muerta.........

XIII

Tambien, cumpliendo su profunda norma
la tierra muda i fría,

renacerá bajo una nueva forma
a la luz virjinal de un nuevo dia.

XIV

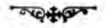
Sin conservar del hombre un rastro solo,
i mostrando otros valles i otros montes,
quizas si entónces, mas veloz, mas bella,
jirando en torno a otro eje, alce otro polo,
en otros horizontes,
hácia los rayos de una nueva estrella.

XV

Quizas si verá alzarse del misterio
otras nuevas auroras;
i cubrirse su vírjen planisferio
de nuevas faunas i de nuevas floras.

XVI

I quizas si ya el hombre habrá quedado,
ante la inmensidad desconocida,
para siempre borrado
del Jénesis eterno de la vida!



FRAGMENTO DIEZISEIS

I

La Tierra morirá!—Sentirá luego,
entre lóbregas ráfagas estrañas,
estinguirse el ardiente i sacro fuego
que ajita sus recónditas entrañas.

II

Los astros ¡ai! contemplarán entónces
desde sus altas órbitas sombrías,
sordos i mudos como inmensos bronces,
sus hondas i espectrales agonías!

III

Entónces ¡ai! cada lejana estrella
cruzará indiferente a su martirio
entre el cielo sin límites i entre ella
como un siniestro, jigantesco cirio!

Cuando ya estaba terminada la impresion de estas POESÍAS, se nos ha facilitado este fragmento, que no hemos querido omitir.

IV

Sus montes, que, como ínclitos titanes,
batieron a los roncos aquilones
su soberbio penacho de volcanes,
se alzarán como fúnebres visiones.

V

Sus mares turbulentos de olas fieras
quedarán enclavados bajo el cielo
en medio de sus ásperas riberas,
como enormes sarcófagos de hielo!...

VI

La Tierra morirá!—Será el asombro
de la tremenda esfinje del abismo
cada monton de ruinas, cada escombro
de su vasto i sombrío cataclismo.

VII

Doblarán el pavor de las cavernas
de su mudo i helado planisferio,
con sus alas inmóviles i eternas,
las lúgubres fantasmas del misterio.

VIII

Su disco batirá la estension honda
con el viejo compas de su alto polo,
sin que desde los ámbitos responda
a su fúnebre ritmo un eco solo.

IX

Allá en los horizontes visionarios
de sus desconocidos derroteros,
flotarán como lívidos sudarios
sus pálidos crepúsculos postreros.

X

Acaso desde su órbita remota,
símbolo de su trájica fortuna,
brillará en torno de su frente rota
como una yerta lágrima la Luna!...

XI

La Tierra morirá!—I entónces ella
rodará por el éter infinito,
a la luz funeral de cada estrella,
como una inmensa tumba de granito.

XII

Ya el huracan veloz de alas sonoras
no turbará con sus acentos roncos
las grutas de sus selvas tembladoras
de altivas copas i soberbios troncos.

XIII

Ya no alzarán al Sol, bajo la bruma,
coronados de cándida guirnalda,
estrepitosos cánticos de espuma
los golfos de sus mares de esmeralda.

XIV

En sus hondas i mudas soledades
no quedarán entónces ni los rastros
con que por su ancho seno las edades
desfilaron en triunfo ante los astros!

XV

Su esfera helada pavorosa i densa
no será entónces mas que un vasto averno
en donde reinará la muerte inmensa
batiendo el cetro del silencio eterno!...





Mi vela

Cerca de mi vela que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga i errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel i vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.—
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trájica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo léjos los tres reyes magos.

¡Quizás soi un mago maldito!—Yo ignoro
cuál es el Mesías eń cuyos altares
pondré con mi lira de alados cantares
mi ofrenda de incienso, de mirra i de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detras de la puerta de mi buhardilla.
I vierte mi vela—que apenas ya brilla—
goteras candentes de lágrimas blancas!...





Fragmentos del poema "Paris i Roma"

FRAGMENTO PRIMERO

LA TIERRA

I

Estremece los ámbitos profundos
un acento jigante, soberano.
A su ronco fragor tiemblan los mundos;
tiembla el astro lejano;
tiembla el radiante sol sobre su centro
de encendido granito;
tiembla la Creacion: viene a su encuentro
el Dios de lo infinito.

II

Viene Dios al espacio.
Le falta un mundo a un último sistema
del Cósmos palpitante.
Dios hará un mundo del mejor topacio
de la ardiente diadema
de la frente inmortal del sol radiante.

III

Inmaculada i bella,
de la frente del Sol la Tierra brota.
I de férvido amor estremecida,
saluda a cada mundo, a cada estrella
con la primera nota
del himno de la luz i de la vida.

IV

La bendicion de Dios, ella recibe,
i surca el éter con la voz del trueno;
i formidables órbitas describe.
I en su carrera siente
estallar el volcan bajo su seno;
bramar la tempestad sobre su frente.

V

I a traves de la lámina bruñida
de su costra de rocas seculares,
siente brotar las ondas de la vida
con rumores de selvas i de mares.

VI

I no desgarrará su costra eterna
el rayo que devora sus entrañas.
I el torbellino formidable i ciego,
revolcando en el polvo su ala rota,
irá a hundirse en la lóbrega caverna
de las altas montañas,
con el sangriento látigo de fuego
con que su frente azota.

VII

Con dulce ritmo bajo el Sol sereno,
ella bate su rubia cabellera.
Es que en el gran misterio de su seno
brotar ya siente la primera flora
i la fauna primera.
Es que siente brotar el primer dia;
i con la luz de la primera aurora,
la primera armonía!

VIII

Con murmullo sonoro,
del fondo de la peña calcinada,
por ancho cauce de esmeralda i oro
precipita sus ondas la cascada.
I sorprendida de su imájen bella,
sobre su ancha corriente cristalina,
temblorosa la estrella,
desde la eterna inmensidad se inclina.

IX

I alza su cáliz a la eterna esfera
la selva primitiva,
sobre sus aras de fundido cuajo.
I entónces ora por la vez primera
ante la inmensa nébula de arriba
con el rumor del jénesis de abajo.

X

I el mar canta i suspira
con todos los acentos del abismo.
I la jigante, formidable lira
con que suspira i canta,
hasta el inmenso trono de Dios mismo
su ritmo apocalíptico levanta!

FRAGMENTO SEGUNDO

EL HUMUS

I

Al ver sin Sacerdote rus altares,
a cada errante estrella,
con la voz de sus selvas i sus mares,
le pregunta la Tierra primitiva
por el gran Dios de abajo que sobre ella
será la imájen del gran Dios de arriba.

II

I la estrella del polo,
degarrando la niebla que la esconde,
surje del horizonte mudo i solo.
I al mar inmenso i a la selva eterna
con jigantes relámpagos responde,
dibujando una sombra misteriosa
dentro de cada lóbrega caverna,
en medio del temblor de cada cosa.

III

La vision que en las rocas seculares
de la caverna lóbrega diseña

la luz de los relámpagos polares,
es la vision sin nombre
del Dios de abajo que la Tierra sueña:
—Es la vision profética del Hombre.

IV

Batiendo abismos, horadando montes,
desde la redondez desconocida
de todos los radiantes horizontes,
a unirse entónces en un mismo centro
van las múltiples ondas de la vida
en formidable encuentro.

V

Sus ondas, a traves del universo,
con ritmo cristalino,
a un mismo tiempo unísono i diverso,,
filtran del corazon de cada mundo
un efluvio divino
que arrastran con estrépito profundo.

VI

Ellas lo filtran de la luz primera
con que el verde cristal del mar sonoro
el Sol vírjen, de rubia cabellera,
tiñe de ópalo i oro.

Lo filtran del peñasco solitario
que oye mudo i sereno
palpitar el arroyo en el santuario
de su calizo seno.
Lo filtran de las ráfagas inciertas
con que fugaz, bajo la niebla oscura,
en las selvas desiertas
el aura melancólica murmura.
Lo filtran del metal que, ante los astros,
en anchas espirales retorcido,
aun revela en cada tersa fibra
los pavorosos rastros
del crisol del volcan que estremecido
en las entrañas de la tierra vibra.

VII

Del recóndito centro
donde chocan las ondas de la vida
con formidable encuentro,
—mas puro que el efluvio de la aurora,
que la espuma en las rocas escondida,
que el rayo de la estrella tembladora,
que el íris vago de la llama inquieta
con que brillan las hebras virjinales
del oro i del platino,—
a traves de los poros del planeta,
desatado en magníficos raudales
brota el Humus divino.

VIII

I el celaje, i el ruido i el aroma,
cuanto la eterna inmensidad encierra,
todo saluda en su mas santo idioma
al mas santo misterio de la Tierra.
Lo saluda la flor en el murmullo
con que de casto amor estremecida,
recuerda la esplosion de su capullo
al ósculo primero de la vida.
Lo saluda la ola tras la bruma
de la estension desierta
en el ritmo caótico en que ensaya
el cántico de espuma
con que, de roja purpura cubierta,
recuerda el primer beso de la playa.
I en el fulgor crepuscular i vago
con que recuerda la primera tarde
en que su blanca imájen besó el lago,
absorta lo saluda desde léjos
la estrella vírjen que palpita i arde
bajo su ancha diadema de reflejos.

IX

Es que en el Humus inmortal, fecundo,
que del Cósmos estrajo

la eterna Vida en su labor sin nombre,
atónito contempla cada mundo
brillar la aurora del gran Dios de abajo,
resplandecer el jénesis del Hombre.





Las Perlas i las Uvas

I

Sube en silencio el bardo
las nítidas escalas
de un esquife gallardo
cuyas velas son alas.

Va en busca de unas perlas
a un pais del Oriente,
delirando ponerlas
en una réjia frente.

—En la frente divina,
i de nimbo sedeño,
de una Musa arjentina
del Olimpo del Sueño.—

Boga al Pais de plata
en donde las lagunas
de ópalo i escarlata
las cuajan como Lunas.

Navega al pais de oro,
de tamiz de arreboles,
en donde el mar sonoro
las cuaja como Soles...

II

Pero en su viaje el bardo
aspira el sacro efluvio
del gran Pais del nardo
i del pámpano rubio.

Ve con febril pupila
que como allá en las lides
a torrentes destila
la sangre de las vides.

Ve a traves de las cubas,
al tiempo de mecerlas,
que el íris de las uvas
eclipsa el de las perlas.

Por fin a su viaje
al Pais de la Aurora

delante del brevaje
que las ánforas dora.

Canta una serenata
bajo el poniente opaco.
I alza un cáliz de plata
sobre el altar de Baco...





La Mujer

FRAGMENTO DEL POEMA LA RAZON I EL DOGMA

El Hombre no está solo. No es el hombre
un réprobo funesto
lanzado sobre un páramo profundo.
Está con él un ánjel cuyo nombre
es la nota mas bella.
Está con él un ánjel en que ha puesto
todas sus armonías cada mundo;
todos sus resplandores, cada estrella.

Es la Mujer. Su sér es un poema
en que rima la nieve con la rosa;
el bucle temblador con la diadema,
la vírjen con la diosa.

Su sér es un misterio en que se abraza
con el recuerdo el rayo de la luna;
la eternidad, con la ilusion que pasa;
Dios, con el hombre; el cielo con la cuna.

Brota de su garganta
algo como un rumor de arpa sonora;
algo como una música que canta
entre rayos de aurora.
De su boca encendida i hechicera,
roja como el cerezo,
mas dulce que la miel de la palmera
brota la miel de un beso.

El Dios de abajo, que no teme ni ama:
que audaz responde con su flecha al rayo,
i con su acento al huracan que brama:
el Dios de abajo, en cuyos ojos brilla
la cólera salvaje;
delante de ella con febril desmayo,
dobla la frente, postra la rodilla
i le rinde homenaje.

Es que en en su voz la excelsa Diosa encierra
algo que lo levanta
a un mundo mas excelso que la tierra
que él holla con su planta.
Es que la excelsa Diosa lo fascina
con sus ardientes soñadores ojos,

llenos de luz divina.
Es que el gran Dios de abajo absorto siente,
cuando delante de ella está de hinojos,
rayos de eternidad sobre la frente.

Él oye entónces un murmullo vago
de algo infinito que en la sombra pasa:
de ósculo inflamador del astro al lago;
de hondo estremecimiento
de la yedra inmortal que al cedro abraza:
de audaz desgarramiento
de las entrañas de las rocas mudas
al choque de volcanes que se ajitan
con sacudidas rudas;
de ensayos de alas que su vuelo tienden
en pos de las estrellas que palpitan;
de cantos de crepúsculos que flotan
en medio de las vastas soledades;
de sollozos de nòches que se encienden
al temblor con que brotan
del abismo del tiempo las edades!



Rimas

Lucha el mar con los flancos de las rocas
i con las sombras de la duda el alma.
I Dios desde el recóndito misterio
contempla la batalla.

Pero al fin los peñascos se derrumban
i las sombras se rasgan.
I el mar a nuevas costas se abre paso,
i a nuevos mundos se abre paso el alma.





La Trinitaria

La pálida Trinitaria
turbada i trémula jira
en su celda solitaria
a la luz crepuscularia
de la tarde que ya espira.

Ve su lecho de madera
en un ángulo sombrío.
Ve que tras la luz postrera,
él en la noche la espera
siempre mudo, siempre frio!

I se queda pensativa
ante Sirio que ya sube,
ante Sirio que allá arriba
como una lágrima viva
titila tras una nube!

Piensa que ella fué una palma
mas esbelta que ninguna.
Piensa que ella soñó en calma
unir su alma con otra alma,
como dos rayos de luna.

Piensa que oyó entre las frondas
el *Cantar de los Cantares*,
miéntras el aura en sus ondas
bañaba sus hebras blondas
de un fresco olor de azahares.

Unos bárbaros sayones
la victimaron con dolo.
Si ella, bajo sus crespones,
tuviera cien corazones
para maldecirlos solo!

Se esfumó como quimera
su esperanza dulce i cara.
Alzóse allá en la pradera
de su ardiente Primavera,
en vez del tálamo, el ara!

La mente vaga insegura
como la ola que en vano
se detiene i se apresura
para oir la voz oscura
del alma del oceano.

Su mente de vírjen sueña
una vision que la hiere.
Su cabellera sedeña
flota como estraña enseña
bajo la tarde que muere.

Abrasa sus garzos ojos
la llama que en ellos arde.
Envano cae de hinojos
poniendo en sus labios rojos
el *Angelus* de la tarde.

El *Angelus* se resiste
a musitar en su boca,
que ante un Cristo mudo i triste
contra Dios i cuanto existe
lanza una blasfemia loca.

Ella ante Dios no responde
de la injuria que le arranca
el hondo infierno que esconde.
Que su alma Dios mismo sonde
i Él verá que su alma es blanca!

Su errático pensamiento
melancólico se asoma
hácia un mundo soñoliento
que esparce no sé qué acento
que esparce no sé qué aroma.

La brisa de alas veloces,
meciendo sus blondos rizos,
le habla con lánguidas voces
de desconocidos goces
e ignorados paraísos.

No hai en el claustro una cosa
que el pecho no le taladre.
Es su sueño de oro i rosa
acostarse siendo esposa,
levantarse siendo madre!



Hiemal

Noche de Invierno.—La mustia Luna desde el Ocaso
desparramaba como la antorcha de una necrópoli
la luz postrera de su remoto fulgor escaso
sobre las mudas calles desiertas de la metrópoli.

Yo caminaba sin rumbo fijo, con paso lento,
bajo los golpes de las glaciales i húmedas rachas
que descargaba la tenebrosa lejion del viento
como implacables i silbádoras i agudas hachas.

Una serpiente de luminosas roscas de nieve
se dilataba, se retorcia, de flanco en flanco,
sobre el mosaico de las baldosas de alto relieve
de las aceras de los palacios de mármol blanco.

Yo tiritaba bajo los haces de las agujas
de los siniestros i diluvianos dardos de hielo
que desde su alta i oscura selva de nubes mujas
sin paz ni tregua contra la Tierra lanzaba el Cielo.

Vi de soslayo súbitamente tras de mi paso
marchar un bulto tan silencioso como yo mismo.
Se deslizaba pegado al muro, temiendo acaso
turbar mi estraño i hondo coloquio con el abismo.

El bulto errante siguió el calvario de mi agria senda
sin un suspiro, sin una queja, sin un reproche.
Era un mendigo talvez sin patria, talvez sin tienda,
que Dios me enviaba como un hermano para mi noche.

Yo allá en el antro de la nostaljia desconocida
de mi nefasta suerte de mártir pensé en su suerte.
Su inmensa pena tenia el dejo que no se olvida
sino tan solo bajo los brazos que abre la muerte.

Yo compasivo me acerqué al bulto de mi trayecto
sobre la nieve que se estendia como una alfombra;
Yo le llevaba como una ofrenda mi último afecto.
Yo le llevaba mi último llanto... I era mi *Sombra!*...





Occidentales

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi el Austro!
Yo sacudo el Planeta con mi áspero cuerno
cuando lanzo a sus vastos confines mi plaustro
en las lóbregas alas del vértigo eterno!

Yo soi mucho mas viejo que el Tiempo i la Aurora.
Yo vibré con mi cuerno magnífico i hondo
la primer colosal sinfonía sonora
que turbó la estension del espacio sin fondo!

Mas allá de la edad de los siglos profundos
que aguardaban la luz como inmóviles naos,
yo mecí los embriones de todos los mundos
i la sombra de Dios en las aguas del Caos!

Fuí la voz con que Dios dialogó con Él mismo
en la mística noche del éter disperso.
Fuí la voz con que Dios arrancó del abismo
las miriadas de Soles del vasto Universo!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi el alma
de las cien creaciones que atónitas duermen
en las cien Nebulosas que aguardan en calma
la esplosion de los Cosmos que llevan en jérmen!

Yo camino sin tregua de exodo en exodo.
Yo gravito i me cierno. Yo vuelo i me arrastro.
Soi la nota del astro delante del lodo!
Soi la nota del lodo delante del astro!

Yo batí bajo el Sol de la Aurora primera
mi siniestro penacho de negros efluvios,
desplegando mi ronca, flotante cimera
en la marcha triunfal de los grandes Diluvios!

Yo arranqué cien planetas de su eje decrépito,
presidiendo en la noche de su hondo desmayo
con mi trájico cuerno de fúnebre estrépito
las sombrías victorias del trueno i del rayo!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi el soplo
de las hondas i mudas i abruptas cavernas
que el fatal cataclismo labró con su escoplo
en el recio cristal de las nieves eternas!

Soi el fiero Titan del pais de los Hielos.
Yo desquicio i aviento sus lívidas moles,
apagando con ellas detras de las Cielos
la jigante espiral de la luz de los Soles!

Yo acaudillo las nubes del Trópico mismo
en mi audaz i veloz rotacion meridiana,
arrastrando el inmenso temblor del abismo
en el ronco fragor de mi marcha oceána!

Yo paseo el sangriento pendon de las olas,
de confin en confin, con furor siempre nuevo,
bajo el arco triunfal de las cien aureolas
de Eridano i Orion, del Terror i el Erebo!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi el grito
del siniestro i sombrío Prodigio mayúsculo!
Soi la voz del Enigma de espuma i granito
del estraño i solemne pais del Crepúsculo!

Yo dilato la noche caótica i rauda
por las órbitas de oro del éter sereno,
despertando al compas de mi undívaga cauda
las cien roncas i ardientes campanas del trueno!

Yo abro i rompo mi marcha titánica i fuerte
como heraldo veloz de los negros presajios,
arrancando a mi cuerno detras de la Muerte
la salmodia fatal de los grandes naufrajios!

Yo convoco a lo léjos las fúnebres rondas
de los cuervos del agrio, salvaje archipiélago
al festin de las mudas catástrofes hondas
con que aterro a mi paso las sirtes del piélago!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi Eolo!
Yo vi alzarse del Ponto la América informe.
Yo la vi dilatarse de un Polo a otro Polo
bajo el nimbo espectral de un relámpago enorme.

Yo la vi levantarse del ámbito opaco
de la noche sin fondo del vasto Nirvanna.
Yo la vi saludar el inmenso Zodiaco
con la voz colosal del clarin del hosanna!

Yo vi alzarse sus Islas del Ponto sonoro.
Yo las vi desplegarse gallardas i esbeltas.
Yo las vi constelar como pléyades de oro
los caóticos Golfos que azotan sus Deltas!

Yo vi erguirse los Andes detras de la bruma.
Yo los vi descollar como un Rei de cien cascos,
entre cien formidables columnas de espuma,
con su ardiente diadema de abruptos peñascos!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi el Jenio
del pais de cristal del abismo salóbrego.
Yo dilato mi voz mas allá del proscenio
del Pacífico azul i el Atlántico lóbrego!

Yo despliego i enciendo la cárdena mecha
con que estalla i retumba la eléctrica bomba
de la ronca i jigante borrasca deshecha
que desposa en el rayo la nube i la tromba!

Yo arrebato en las alas del vértigo ciego
el salvaje compas de las liras estijias
con que cantan las nupcias de espuma i de fuego
de la Tierra i la Luna i el Sol las Cicijias!

Yo levanto cien negras pirámides de agua
bajo el vasto vaiven del pendon que tremolo,
arrastrando a la cumbre del agrio Aconcagua
la lejion de los cien torbellinos del Polo!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi la Rima
de los hondos i estraños i oscuros salterios
con que canta la Esfinje del antro o la cima
el Enigma fatal de los negros misterios.

Yo llevé de ola en ola con ímpetu ronco
al profundo confin de la Europa remota,
esculpida en la enorme corteza de un tronco
la grandiosa vision de la América ignota!

Yo vi erguirse la Iberia detras de sus barcos;
i lanzarse a las playas del gran Mundo Edenio;
i escalar sus volcanes de fúljidos arcos,
i clavar en sus nubes la enseña del Jenio!

Yo vi enanos sus hijos despues de ser grandes.
Yo los vi ser infames despues de ser justos.
Yo los vi transformar el altar de los Andes
en cadalso brutal de cien pueblos augustos!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi el Gonce
que rodar en sus antros los siglos escuchan,
cuando marchan soplando sus trompas de bronce
entre nubes de fuego los pueblos que luchan!

Cuba sierva batalla!—Convoca sus Iras,
tremolando en la arena su enseña de gloria!
Yo recojo en mi cuerno la voz de sus Liras,
i la lanzo en las alas del trueno a la Historia!

Mi hondo cuerno retumba!—Que vibre! Que vibre!
Que atraviese la noche! Que suba! Que suba!
Que fulmine el baldon de la América Libre
ante el trájico altar de las Hostias de Cuba!

Soi el látigo rojo que azota i que hiere.
Soi el índice eterno que se alza i que manda:
—¡Oh vil Pueblo Opresor! Arrodíllate i muere!
—¡Oh gran Pueblo Oprimido! Levántate i anda!

Soi el viejo Monarca del Sur!—Soi la Alfanje
que sacude Dios mismo con ira siniestra
cuando sobre la torpe, rebelde falanje
de los pueblos insanos descarga su diestra!

Soi la inmensa venganza de Dios!—Yo derribo
los imperios malditos que Él mismo me nombra.
Yo anonado su orgullo soberbio i altivo
aventando sus ruinas, borrando su sombra!

Yo llevé las tinieblas del hondo desmayo
a las negras pupilas del Águila ibérica,
encendiendo la llama del cárdeno rayo
en las rojas pupilas del Cóndor de América!

Yo atroné con mi cuerno recóndito entónces
a Eridano i Orion, al Terror i al Erebo,
entonando los coros, batiendo los bronces
del primer Himno Libre del gran Mundo Nuevo!

—América! Salve! Ya se alza la raza de bravos titanes
que allá en tus jigantes i ardientes entrañas tú alientas i ani-
[mas.
Ya mide sus iras con tus formidables, sangrientos volcanes!
Ya mide su tallo con tus colosales, graníticas cimas!

—América! Salve!—Ya cruzan tus huestes de audaces gue-
[rreros
tus pampas de arenas, tus cumbres de nieve, tus vastos con-
Ya llevan tendidos al arco del rayo sus tersos aceros! [fines!
Ya llevan tendidos al arco del trueno sus roncos clarines!

Son todas las hondas de tus voladores, crinados corceles
borrascas que ruedan al lóbrego empuje de cien aquilones!

Son todas las selvas de tus diluvianos, gallardos laureles
miriadas de liras que arrojan al viento miriadas de sones!

Tus pardos leones desfilan rujiendo por donde tú avanzas.
I parten dejando los rastros sangrientos de sus espumajes.
I cruzan las mudas llanuras de fuego de tus lantananzas,
batiendo en la bruma sus largas melenas de reyes salvajes!

Tus cóndores negros desfilan graznando por donde tú su-
[bes.
I escalan contigo de abismo en abismo tus agrios peñascos.
I entonan soberbios i roncos Peanes detras de las nubes,
encima del cráter que enciende tus lanzas i alumbra tus cascos!

Tú trazas con hondo fulgor cometario tus cien trayectorias,
llevando en las alas de tu visionaria, sublime neurósis,
los rojos trofeos de cien luminosas i excelsas victorias
delante del ara del gran Capitolio de la Apoteosis!





Sombra



I

¡Ema! Perdona que yo a solas llore
cuando tu imajen en silencio evoco.
Perdona que yo te ame, que te adore
con el delirio de un poeta loco.

Perdona que te cuente la agonía
de mi existencia que a la tumba avanza,
i turbe tu reposo i tu alegría
con el ¡ai! de mi amor sin esperanza.

Perdona que me atreva a confesarte
que no puedo vivir sin comprenderte;
que no puedo vivir sin adorarte;
que no puedo vivir sin poseerte...

II

Detras de las fatídicas sonrisas
con que finjo ante ti la paz i el gozo,
allá en mi corazon, hecho cenizas,
vibra siempre un recóndito sollozo.

Desterrado del cándido santuario
que tú celeste corazon encierra,
yo voi como un espectro solitario
a traves de las sombras de la tierra...

III

Perdona que te cuente mi martirio
i haga brotar el odio a tus mejillas.
Perdona que en mi trájico delirio
yo caiga ante tus plantas de rodillas.

Yo no puedo luchar contra la fuerza
con que tú me doblegas i quebrantas;
con que tú me haces, en mi suerte adversa,
caer como un esclavo ante tus plantas...

IV

¡Ema! Con qué amargura yo me postro
al evocar las noches vibradoras

en que, mirando estático tu rostro,
vi brillar ante mí dulces auroras!

Tú recitabas mis ardientes versos
con la celeste voz de los querubes
que vuelan por los vastos universos
perdiéndose a lo léjos en las nubes.

Yo, entónces, oh jentil i esbelta Ema,
vi tus bucles sedeños i castaños
flotar como una olímpica diadema
en tu frente de virjen de quince años...

V

Mas ¡ai! ¿a qué evocar en mi retiro
las horas de mi dicha ya pasada,
si ellas fueron mas raudas que un suspiro,
si ya se hundieron en la eterna nada?

VI

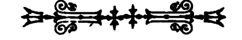
¡Ema fatal! ¿te ofenderá mi ruego
si te pido que tú, cuando sucumba,
derrames una lágrima de fuego
sobre la humilde piedra de mi tumba?

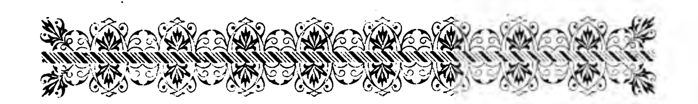
Tú no te ofenderás. No eres severa.
¿Qué te puede importar, si eres dichosa,

derramar una lágrima cualquiera
bajo el fúnebre sauce de mi fosa?...

VII

¡Sé feliz! Desde el ámbito sin nombre
de mi profunda, tenebrosa calma,
yo tendré bendiciones para el hombre
por quien me arrojas del altar de tu alma!..





Última estrofa del poeta

Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa i vaga.
Quizas cuando la Luna se alce incierta
yo ya esté léjos de la luz que vierta.
Quizas cuando la noche ya se vaya
ni un rastro haya de mí sobre la playa.
Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.
No sé quién de otro mundo al fin me llama
de este mundo que no amo i que no me ama.





Índice

Noctámbulas

Temas

Poesías varias



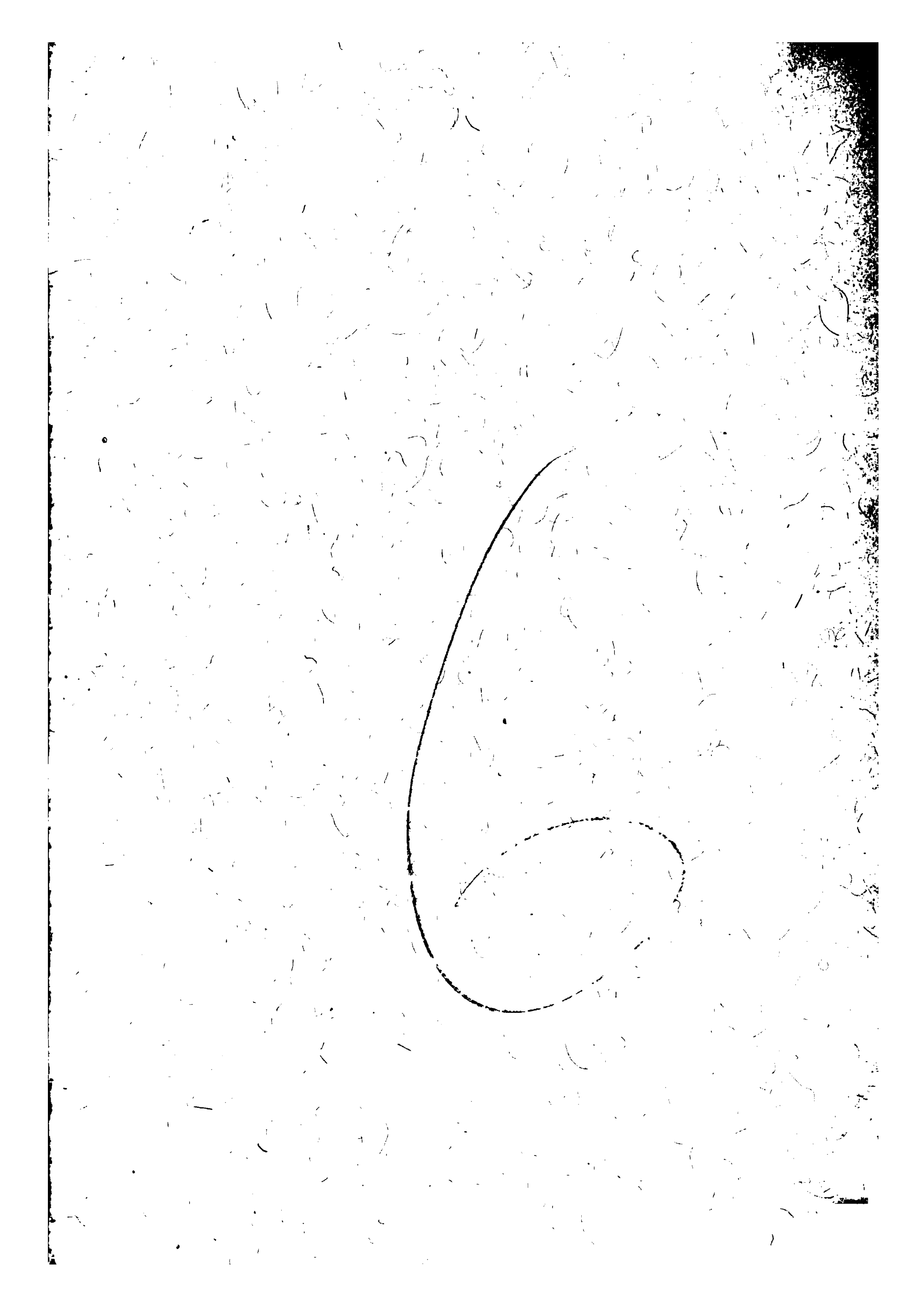
Obras publicadas por la Librería

Phineas Taylor Barnum.—*El Arte de ganar dinero*...	$ 0 20
E. de la Barra.—*El Padre López*........................	0 20
Roman Vial.—*Una noche de remolienda*..................	0 20
R. Marchant Pereira.—*Vida de Fray Andrés*..........	0 20
Duquesa Martell.—*Cocina de cuaresma*..................	0 20
B. Vicuña Mackenna.—*El oríjen de los Vicuñas*......	0 20
José Batres i Montúfar.—*Las falsas apariencias*......	0 20
G. Núñez de Arce.—*El Vértigo*..........................	0 20
Núñez de Arce.—*Última lamentación de Lord Byron.*	0 20
G. Núñez de Arce.—*Idilio*............................	0 20
G. Núñez de Arce.—*Raimundo Lulio*.....................	0 20
» » » » —*La Selva Oscura*......................	0 20
» » » » —*La Vision de Fray Martin*........	0 20
» » » » —*Maruja*.............................	0 20
» » » » —*¡Sursum Corda!*....................	0 20
» » » » —*Hernán el Lobo*........................	0 20
» » » » —*Poemas cortos*..........................	0 20
José Antonio Soffia.—*Las dos hermanas. Recuerdo del Magdalena*..................................	0 20
Novena a Nuestra Señora de Guadalupe................	0 20
Ruben Darío.—*Azul*.....................................	0 30
José Zorrilla.—*El puñal del godo*, drama en un acto.	0 40
Roman Vial.—*Una votacion popular*, Apropósito cómico..	0 40
Mateo Martínez Quevedo.—*Los comediantes políticos en vísperas de elecciones*, a propósito cómico-satírico-político en un acto i en prosa..............	0 40
Vital Aza.—*Todo en broma*, poesías festivas.........	0 50
Luis Thayer Ojeda.—*Santiago de Chile. Origen del nombre de sus calles*..................................	0 50
Id. id.—*Navarros i Vascongados*........................	0 50
Julio Vicuña Cifuentes.—*Contribucion a la historia de la imprenta en Chile*............................	0 50
B. Vicuña Mackenna.—*Los Jirondinos Chilenos*.....	0 50
„ „ „ —*El jeneral O'Brien*............	0 50
„ „ „ —*Las calles de Santiago*.........	0 50
„ „ „ —*Doña Javiera de Carrera*......	0 50
„ „ „ —*Historia de la calle de las Monjitas*..	0 50

¡Ojo! Á la vuelta! ☞

M. L. Amunátegui.—*El Diario de la Covadonga*...... $ 0 50
Alberto Blest Gana.—*Juan de Aria*, novela............ 0 50
Ambrosio O'Higgins.—*Chile en 1792* (edicion de 50 ejemplares).. 0 50
José Zapiola.—*La Sociedad de la Igualdad*............ 0 50
G. Núñez de Arce.—*La Pesca*, poema..................... 0 50
Alberto Edwards.—*Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*.. 1 00
P. Ruiz Aldea.—*Los Araucanos* 1 00
Aníbal Echeverría Reyes.—*Ensayo bibliográfico sobre la revolucion de 1891*.. 1 00
Rosendo Vidal Garcés.—*Ejecutores testamentarios o albaceas*.. 1 00
J. Gabriel Palma R.—*Las implicancias i recusaciones segun la Lei de Organizacion i Atribuciones de los Tribunales*.. 1 00
Cárlos Nebel Fernández.—*Artículos 1.º i 466 del Código de Procedimiento Civil*............................ 1 00
Antonio Gonçalves Dias.—*Poesías americanas*, traducidas por Julio Vicuña Cifuentes.................. 1 50
Enrique O'Ryan G.—*Nociones de Jeografía de Chile*, 1 vol. en 8.º, cartoné.................................. 1 50
Reclus.—*Jeografía de Chile*, cartoné 1 50
B. Vicuña M.—*Los oríjenes de las familias chilenas*.—Rústica $ 1.50, empastado.............................. 2 00
Recopilacion de leyes i decretos supremos sobre premios de instruccion primaria, secundaria i superior, pasta de tela.. 2 00
Domingo Santa María.—*Vida de don José Miguel Infante*... 2 00
B. Vicuña Mackenna.—*Vida del jeneral don Juan Mackenna* 2 00
„ „ „ —*Vida del jeneral San Martin*. 2 00
Fuenzalida Alejandro.—*Los 60 primeros Artículos del Libro III del Código Civil, Estudios i comentarios*, pasta.. 2 50
José Zapiola.—*Recuerdos de treinta años*............. 3 00
Aureliano Quijada B.—*Quiebras. El Libro IV del Código de Comercio complementado con lo pertinente del Código de Procedimiento Civil*, pasta.......... 3 00




6